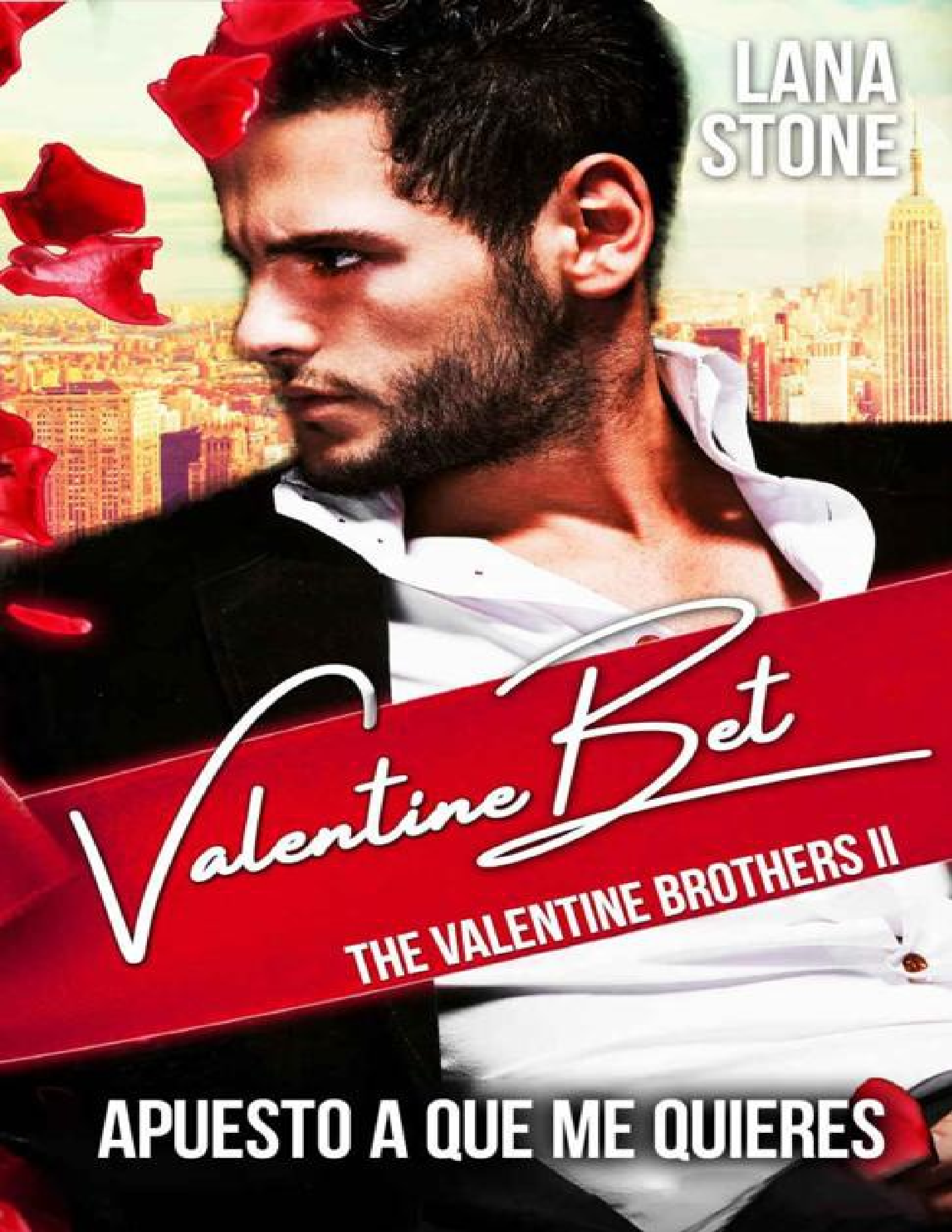




LANA
STONE

Valentine Bet

THE VALENTINE BROTHERS II

APUESTO A QUE ME QUIERES

Valentine Bet

¡Apuesto a que me quieres!

Lana Stone

Copyright © 2022 por Lana Stone

Loving Hearts Publishing LLC

2880W Oakland Park Blvd

Suite 225C

Oakland Park, FL. Us 33311

Foto de portada: #137142980, #472334859 proporcionadas a través de Adobe Stock

Índice

Dedicación

1. Capítulo 1 - Cloe
2. Capítulo 2 - Eben
3. Capítulo 3 - Cloe
4. Capítulo 4 - Eben
5. Capítulo 5 - Eben
6. Capítulo 6 - Cloe
7. Capítulo 7 - Eben
8. Capítulo 8 - Cloe
9. Capítulo 9 - Cloe
10. Capítulo 10 - Eben
11. Capítulo 11 - Cloe
12. Capítulo 12 - Eben
13. Capítulo 13 - Cloe
14. Capítulo 14 - Eben
15. Capítulo 15 - Cloe
16. Capítulo 16 - Eben
17. Capítulo 17 - Cloe

18. Capítulo 18 - Eben

19. Capítulo 19 - Cloe

20. Capítulo 20 - Eben

21. Capítulo 21 - Cloe

22. Capítulo 22 - Eben

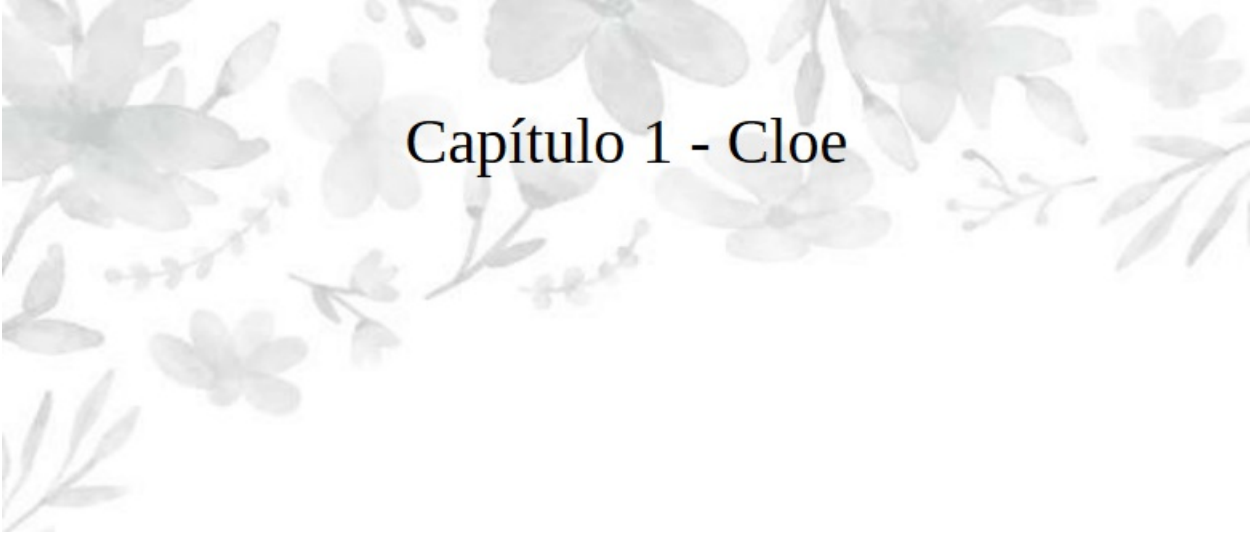
23. Capítulo 23 - Cloe

24. Capítulo 24 - Eben

25. Capítulo 25 - Cloe

26. Epílogo - Chloe

Como siempre, dedico este libro al amor de mi vida.



Capítulo 1 - Cloe

Sonriendo, miré los brillantes cisnes de hielo plateados, que eran el punto visual culminante de la zona de recepción, de la boda de Addam y Eva Valentine. Me encantaba esculpir esculturas de hielo, crear algo tan ligero como una pluma a partir de bloques fríos. Era mi pasión.

"¡Eh, Cloe! No te pagan por mirar!", resopló la detestable Amy detrás de mí. Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco cuando me enfrenté a lo que realmente hacía para ganarme la vida.

Suspirando, cargué nuevas copas de champán en mi bandeja y continué mi camino a través de la fiesta nupcial que estaba sirviendo, junto con otras tres docenas de camareros.

Trabajo para *la Cozy Catering Company*, que lo era casi todo, pero desde luego no era un lugar para sentirse bien, al menos no para el personal.

Sólo quedaban dos eventos. Llevaba días sin pensar en otra cosa porque, como muy tarde, me iban a ascender en una semana. Tras dos años de duro trabajo, por fin conseguí la calificación que necesitaba para montar mi propio negocio.

Dos años de humillación, degradación y horas extras no pagadas que pronto, podría dejar atrás. Y una vez que tuviera el trabajo, las cosas cambiarían.

"¡Te has superado!", susurró Mia mientras corría a mi lado a paso ligero.

Sin mi mejor amiga, hace tiempo que habría tirado la toalla y me habría mudado de nuevo a casa de mi madre. Sólo había aguantado gracias a su optimismo inquebrantable y a las tardes de Netflix con palomitas de caramelo.

Mis labios formaron un silencioso *agradecimiento*. Al mismo tiempo, toqué el auricular en mi oreja que llevábamos todos y cambiamos de frecuencia en secreto. Me quedé en la zona delantera y repartí vasos mientras ella se dirigía a las zonas del personal, en la parte trasera. Todo funcionaba como un reloj, así que había pocas posibilidades de que el Sr. Vázquez nos gritara órdenes.

"¿Vas a dejarme sola en este tanque de tiburones?", pregunté en un susurro.

"Ahora vuelvo. Amy me ha enviado a por una botella de flautín para el discurso del padrino".

"¿Estás haciendo de chico de los recados? No dejes que se aprovechen así de ti". Sacudí la cabeza sin perder la sonrisa que estaba grabada en mi rostro."¿Di la verdad!", replicó Mia. Su voz empezó a quebrarse porque estaba merodeando por los almacenes, que estaban casi fuera de alcance.

"No por mucho tiempo, el Sr. Vázquez me ascenderá". Asentí con convicción porque sabía que el puesto que buscaba había quedado vacante y que yo estaba en la lista de preseleccionados.

"Al menos será mejor que lo haga si no quiere perder a su chica encantadora para todo". "¿Chica modelo para todo? Hoy vuelves a estar increíblemente graciosa".

Mia exhaló con fuerza. Oí el ruido de las botellas en el fondo.

"En realidad lo decía como un cumplido. Lo siento, es que estoy tan cansada que apenas puedo pensar". "No pasa nada", dije conciliadora. Mi mejor amiga tenía mucho trabajo, porque no sólo tenía que pagar sus gastos de manutención, sino también la medicación de su padre, el seguro no se hacía cargo. Al menos yo me había librado de esa preocupación, porque mi padre biológico nos había abandonado a mamá y a mí hacía siglos y nunca había vuelto para ponerse en contacto conmigo.

A veces imaginaba que volvía a encontrarme con él en uno de esos eventos de peces gordos y me preguntaba qué me dolería más. Si ni siquiera me reconocía, o si me intentaba aplacar con excusas que no compensaban sus errores.

Corregí mi sonrisa torcida en uno de los espejos de pared y me armé de valor con renovado entusiasmo. Después de repartir el champán, cogí una bandeja de canapés que tenían buenísima pinta y me recompuse, porque era la única forma de lograr mi objetivo. Abrir mi propio negocio.

"¿Por qué tiene que haber tanto desorden aquí? No encuentro al estúpido Piccolo".

"Cuando por fin tenga mi propia empresa, las cosas serán diferentes, ¡lo prometo!". A diferencia de nuestro jefe, no iba a ser una negrera, sino alguien que escuchara y valorara profundamente a sus empleados. Mia me confirmó"¿Vas a arrasar nena!".

"Y si me convierto en *la señorita Vázquez*, tienes que cumplir con tu deber como mi mejor amiga y partirme la cara, ¿verdad que lo harás?". De ninguna manera quería convertirme en uno de los monstruos comerciales a los que servía actualmente.

"Te lo prometo, aunque no creo que llegues a ser una mala persona nunca". Las palabras de Mia sonaban tan convincentes que casi me las creí.

"¿Cómo puedes estar tan segura?", pregunté.

"Mi instinto nunca se equivoca en estas cosas".

"Tú y tu instinto", murmuré.

"¿Tenía yo razón o no, con lo de *la loca de Amy*?", preguntó señalando. Amy, que había empezado a trabajar con nosotras hacía poco, sabía hacer pasteles fantásticos y al principio nos había engañado, pero su verdadero carácter salió a relucir y era aterrador.

"Eso no era tan difícil de adivinar". Quería a mi mejor amiga, pero no creía en los milagros ni en la energía ni en nada que no fuese La Ciencia.

"¿Y la tormenta en el partido de los Giants?", siguió indagando. Recordaba demasiado bien lo estúpida que me había sentido caminando con un chubasquero a pleno sol porque Mia no me había dejado salir de casa sin él. Al final, fuimos las únicas en el estadio que no acabamos caladas hasta los huesos.

"Creía que eso es lo que significa cuando te pica la rodilla".

"A veces simplemente pica. Es mi instinto el que interpreta correctamente el picor".

"Vale, de acuerdo. Admito mi derrota, tienes una rodilla mágica".

Ella jadeó satisfecha y yo respiré hondo mientras los invitados tenían cada vez más sed. "¡Lo encontré!" exclamó Mia triunfante. "Ah, y mi rodilla no es mágica, soy una médium". Soltó una risita ante nuestra discusión y mi corazón se animó. Si algo alegraba este trabajo opresivo, era la risa de Mia.

"No tardes en venir", dije, dejando caer que todos estaban esperando a que Mia trajera el champán. Los invitados se estaban reuniendo lentamente en torno a un podio esperando al orador.

"Voy de vuelta. *Cambio y corto*".

Ésa fue nuestra señal para volver a la frecuencia abierta en la que todos podían escucharnos. Justo a tiempo, porque me llamaron a la zona de personal para repartir más vasos.

No perdí de vista a Mia, que acercó el Piccolo al atril. Uno de los hermanos Valentine estaba allí de pie, al menos a juzgar por el traje y el aura asociada a él. Estaba de espaldas a mí, pero la cara de Mia bastó para decirme que algo iba mal.

Poco después, se retiró discretamente para hablar por la radio.

"Amy, ¿no me dijiste que llevara un flautín al atril?".

"¿Un flautín? ¡Esto no es una fiesta de cumpleaños infantil! El Sr. Valentine quería un Matusalén", replicó Amy angelicalmente.

Tenía el corazón en la boca. Mia había traído la botella más pequeña en lugar de la más grande. ¡Eso suponía una diferencia de casi seis litros!

"¡Mia Mason, ven aquí!" La profunda voz del Sr. Vásquez me atravesó. No había duda, estaba a punto de recibir un poderoso rayo de ira olímpica de nuestro jefe, aunque fuese culpa de Amy que le había tendido una trampa. No tenía ninguna duda, porque Amy nos había estado saboteando desde el primer día mientras intentaba envolver a Vásquez como una zorra. Con éxito, al parecer.

"Me ocuparé yo del Matusalén", dije por radio y me dirigí directamente al almacén. Tenía que calmar la situación para que no echaran a Mia de la *empresa*. ¡Necesitaba el trabajo!

Habían arreglado todo el local, todo estaba reluciente, pero las zonas del personal eran un desastre. ¿Cómo ibas a orientarte? Sólo había una sala para los distintos vinos tintos, por no hablar de todo el vino espumoso que repartíamos.

Rebusqué en la estantería de madera, donde se guardaban las botellas de champán más caras, para encontrar el Matusalén. La botella de seis litros era más fácil de pasar por alto de lo que uno hubiera creído posible. "Será mejor que te des prisa o serás la próxima en ser despedida", susurró Amy detrás de mí. Una prueba más de que lo había planeado todo con mucha antelación para deshacerse de nosotros.

"¡Será mejor que me ayudes o nos echarán a todos!". Vásquez no era de los que esperaban mucho tiempo. En mi segundo día de trabajo, había despedido a toda la brigada de cocina porque uno de los platos intermedios había tardado cinco minutos más de lo previsto.

"Estoy ocupada, lo siento. Pero ha sido un placer trabajar contigo".

La sarcástica respuesta de Amy no mereció más que un bufido por mi parte. Canalicé la ira para rebuscar aún más rápido entre las cajas. Cuanto antes tuvieran los Valentines su botella, más posibilidades tendría Mia de seguir sirviendo mesas.

En cuestión de segundos, había llenado el suelo del almacén de lana de madera, que protegía las botellas durante el transporte. Parecía una jaula de hámster, no me preocupé por el desorden, mis prioridades estaban en otra parte.

Casi había perdido la esperanza cuando por fin encontré el Matusalén en la última caja.

Cargué la pesada botella en el carro de servicio y salí corriendo cuando la rueda delantera se bloqueó y la botella se inclinó peligrosamente hacia delante y hacia atrás. En el último momento, la sujeté por el cuello y evité que cayera al suelo.

"¡Qué putada!", maldije e intenté averiguar por qué se había bloqueado el carrito. Rápidamente encontré la causa. La rueda estaba torcida y ya no servía.

No tuve más remedio que llevar la botella yo misma. Dicho y hecho. Metro a metro, avancé a duras penas con la botella hasta que llegué al pasillo que conducía de nuevo al salón principal.

La botella pesaba cada vez más, y aún tenía que cruzar el vestíbulo principal. Si hubiera sido tan disciplinada con el ejercicio como con mi *dieta de Ben&Jerrys*, habría sido pan comido. Pero tal como estaban las cosas, cada paso que daba era una batalla de David contra Goliath.

Para no llamar tanto la atención, me mantuve al margen de los invitados. Y justo cuando pensaba que ya había pasado lo peor, vi por el rabillo del ojo a una anciana perder el equilibrio con sus zapatos excesivamente altos y amenazaba con caerse.

Sin pensarlo, agarré a la anciana por el brazo y dejé caer la botella que me habría salvado el trabajo. Pero mejor una botella rota que una cadera rota. Si el Sr. Valentín tuviera algo parecido a un corazón, lo entendería y brindaría con el flautín que le había traído antes. Al fin y al cabo, lo que contaba eran las palabras, no el precio del líquido que las acompañaban.

Para mi asombro, la botella resistió la caída y rodó por la alfombra roja mientras la anciana se estrellaba contra mí. Tuve que esforzarme mucho para absorber la fuerza del impacto.

Tardó un momento en ordenar sus pensamientos y darse cuenta de lo que había ocurrido. "¿Estás bien?", pregunté.

"¿Por qué no iba a estar bien?". Cuando vio mi uniforme, se apartó de mí y me miró despectivamente. "¿O debería preocuparme por tus manos sin lavar?".

"¿Qué?", pregunté, frunciendo el ceño y bajando la mirada hacia mis manos brillantes. Me esperaba cualquier cosa, pero el hecho de que su reacción fuera tan despectiva me dolió más de lo que quería admitir. Otro invitado se unió a nosotros y preguntó por ella.

Me mordí el labio inferior, cogí la botella y desaparecí antes de tener que soportar más insultos. Al menos la botella había permanecido intacta, de lo contrario ahora tendría problemas aún mayores. Me sacudí la frustración en los últimos metros. No tenía sentido enfadarse, simplemente debía concentrarme y hacer un trabajo el doble de bueno que de costumbre para apaciguar al jefe.

Al llegar al estrado, el orador esperaba con un traje hecho a medida. Llevaba una encantadora barba de tres días y su peinado tenía un aspecto excelente. Pero cuando me fijé en sus ojos, me quedé sin habla. Nunca había visto unos ojos tan hermosos que me escrutaron con curiosidad.

"¿Puedo?", preguntó el Sr. Valentine, pero no respondí porque estaba demasiado ocupada mirándolo boquiabierta. Nunca había tenido ojos para la gente a la que había servido, pero por alguna razón no podía apartar la vista de él.

Buscó en vano una etiqueta con mi nombre en el pecho, porque, claro, nosotras *sólo éramos sus sirvientes*. Sombras sin nombre que se aseguraban de que los actos para los que nos contrataban se desarrollasen sin problemas.

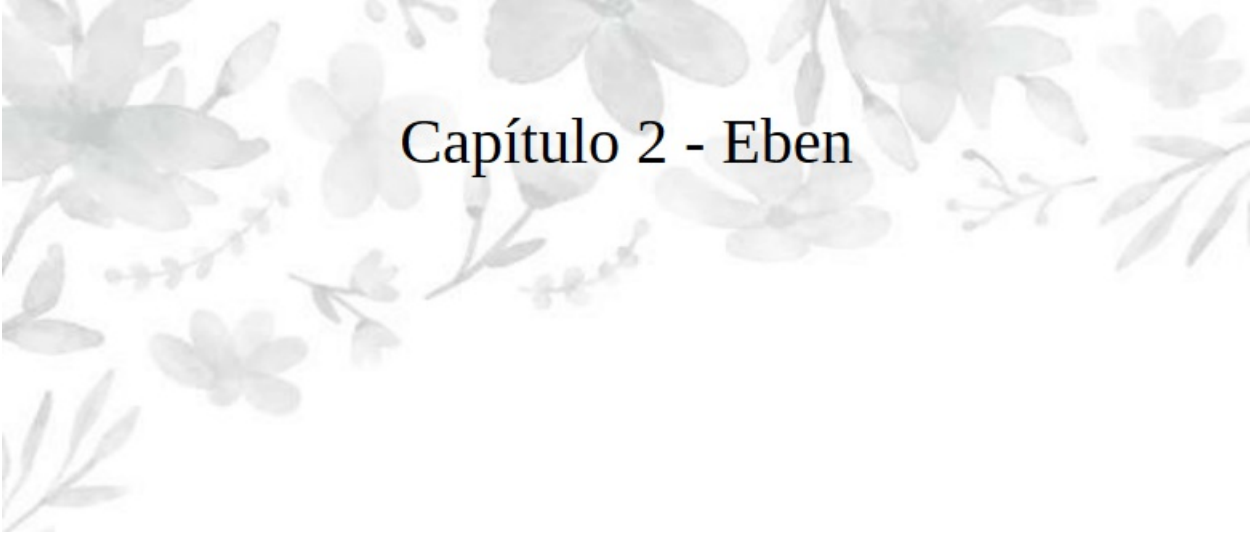
No fue hasta que el resto de los invitados me miraron expectantes cuando le entregué la botella al Sr. Valentine y él me guiñó un ojo cuando nuestras manos se tocaron.

Dios mío, me había guiñado un ojo y temí desmayarme como una groupie. No estaba lejos de jadear. Aún podía sentir su mano sobre mi piel, era casi el doble de grande que la mía.

Estaba fuera de mí cuando empezó su discurso. Y justo cuando pensaba que había mejorado la situación para Mia y para mí, ocurrió el mayor desastre de toda mi carrera.

El Sr. Valentine abrió el Matusalén y el contenido explotó literalmente. Incluso la gente de la primera fila se mojó.

El Sr. Valentine también estaba cubierto de champán de arriba abajo. Tenía un aspecto increíblemente sexy. Su camisa entallada se ceñía a su cuerpo de acero y su mirada era tan oscura que anhelé tocarle y ver que rugía en su interior. Sólo lentamente mis sentidos volvieron al presente y me di cuenta de lo que había ocurrido. Estaba despidida.



Capítulo 2 - Eben

No sabía si reír o llorar cuando el final de mi discurso terminó con una lluvia de champán. Toda la maldita velada había sido un desastre, sobre todo después de las malas noticias que nos había dado papá, palabra que yo aún intentaba reprimir. De todos modos, si no hubiera sido por mi hermano mayor, nadie me habría subido al atril. No se me daba muy bien hablar, pero hice una excepción para la boda de Addam. Mientras los invitados cuchicheaban en voz baja, Happy -mi hermano pequeño- hizo lo que mejor sabía hacer. Enderezó los músculos de su estómago riéndose a carcajadas. *Infantil.*

Sólo cuando Eva empezó a aplaudir se reconoció mi discurso anterior, porque hoy en día nadie cuestionaba la opinión de la novia. A juzgar por la expresión de su cara, sentía más simpatía por la camarera que yo. Por supuesto, yo no sentía ninguna simpatía, el champán había estropeado mi traje de Brando Bertani de sesenta mil dólares. Debería avergonzarse sólo por eso. Y no me hagas hablar de derramar champán por valor de cincuenta mil dólares.

"Jesucristo", susurró la camarera que me había traído el Matusalén. No se atrevió a mirarme. "¿Qué tal unos pañuelos?", pregunté impaciente. Ella se quedó totalmente sorprendida. "¡Sí, claro!" Se sacudió el caos de la cabeza, me cogió de la mano y tiró de mí para sacarme del andén. Normalmente me habría resistido, porque nadie tiraba de mí hacia ningún sitio, pero cuando pude ver sus ojos brillantes, me olvidé de todo.

Tiró de mí para que pasara junto a Happy, que estaba grabando mi salida en su smartphone para la posteridad. Mi hermano pequeño podía ser molesto cuando se trataba de recordar situaciones delicadas. "¡Dile a Vic que me traiga un traje nuevo!", gruñí en su dirección.

Me introdujo en un almacén. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó con la espalda en ella, como si pudiera dejar fuera al resto del mundo.

"¿Cómo te llamas?", le pregunté al no encontrar una etiqueta con su nombre en su immaculado uniforme. "¿Yo?" Jadeó y se apretó el pecho.

"¿Hay aquí alguna otra mujer sin nombre rociando champán por ahí?"

"No, señor". Sus mejillas enrojecieron y se mordió el labio inferior pensativa. Estaba realmente avergonzada, pero mi enfado quedó relegado al olvido porque aquella chica tenía un efecto en mí que no podía comprender. "¿Y?" Le dirigí una mirada seria, indicando que no estaba acostumbrado a repetir preguntas. "¿Vas a poner una reclamación?", preguntó ella con cautela. "Lo siento muchísimo". A diferencia de la mayoría de las personas que había conocido hoy, sus palabras eran sinceras. "No me voy a quejar, solo quiero saber tu nombre".

"Chloe Rush", respondió ella mansamente.

Cuando me quité la camiseta y dejé al descubierto mi abdomen, Chloe aspiró bruscamente. "Tu nombre lo dice todo. ¿Verdad, señorita Rush?"

"La verdad es que no". Sonriendo tímidamente, se encogió de hombros. Sus rizos rubios, recogidos en una apretada coleta, rebotaron.

"No lo creo". Dudé de sus palabras, lo que la hizo estremecer.

"Mi currículum está impoluto, es el primer *accidente que me ocurre*". Volvió a morderse el labio inferior, lo que casi me vuelve loco.

"¿Nunca te habías precipitado?". Levanté una ceja interrogante.

"No soy ese tipo de persona, Sr. Valentine".

"¿Qué clase de persona eres entonces?" Chloe era un libro en blanco para mí y quería conocerla de verdad. "Me meto en lugares de los que no puedo salir".

Sonriendo, cogí la toalla que ella había estado sujetando desde el principio de nuestra conversación para secarme el cuerpo.

Cogió el paño más cercano y lo frotó suavemente sobre mi pecho desnudo.

Sus manos eran tan delicadas que parecían perdidas sobre mi cuerpo. Puse mi mano sobre la suya para frenarla. "Puedo hacerlo yo mismo".

Cloe hizo una pausa, sin moverse.

"Entonces, ¿qué puedo hacer para conservar mi trabajo?". Era casi dos palmos más baja que yo, por eso tuvo que levantar la cabeza para mirarme a la cara.

"Derramar menos champán sería un comienzo".

"¡Eso fue estúpido accidente!", soltó.

"En retrospectiva, debería haberme conformado con el flautín después de todo", murmuré pensativo. No podía concentrarme. No mientras siguiera sintiendo su mano en mi pecho.

"¿Mia también puede conservar su trabajo?", preguntó mansamente.

"Hoy no despedirán a nadie por mi culpa, te lo prometo". Puse cara hombre de negocios, que convencía incluso a los más críticos. Y cuando daba mi palabra, la cumplía.

Exhaló aliviada y apoyó la frente en mi pecho. Me sentí bien, pero cuando Cloe se dio cuenta de lo íntimos que acabábamos de ser, retrocedió dos pasos.

"Gracias, Sr. Valentine".

"Exacto", la corregí inconscientemente. En realidad, me gustaba que se dirigieran a mí por mi apellido, porque resonaba con el poder que habíamos acumulado durante décadas en mi familia. Pero, por razones que no podía explicar, quería oírla usar mi nombre de pila.

"Gracias, Eben". Las palabras fueron como fuegos artificiales que me hicieron estallar, aunque no lo dejara traslucir. Siempre había ocultado mis sentimientos al mundo. En Valentine Tower, era la fría y calculadora empresa experta financiera que ganaba más dinero en un segundo que otros en toda una vida, no cabían las emociones como la ternura.

"¿Qué ha pasado con la botella?"

Chloe respiró hondo, señal de una larga explicación. Pero no nos quedaba mucho tiempo. Yo no podía desaparecer durante la boda de mi hermano y Chloe no podía evitar hablar con su jefe para siempre. "La versión corta, por favor".

"Debido a coincidencias estúpidas y confusiones aleatorias, tuve que llevar el Matusalén a mano. Todo habría ido bien si esta anciana con tacones de locura no se hubiera tropezado".

Supe inmediatamente de quién hablaba y lloré aún más por mi champán.

"¿Has dejado caer a mi Matusalén por la vieja Verna?". No había duda de la incredulidad en mi voz. "Por supuesto. ¿Hice bien no?" Chloe me miró, frunciendo el ceño, confundida.

"Joder, no", bloqueé.

Se quedó boquiabierta. Maldita sea, tenía que pensar que era una mala persona. Todos los caballeros de los pasillos de los Valentine habían tenido que aprender por las malas que era mejor no intentar ayudar a Verna. Su arrogancia era tan exagerada, que prefería caerse a que la ayudaran.

"¿La recogerías una segunda vez?", pregunté.

"Bueno, no era exactamente amistosa, ¡pero no me cabe duda de que si puedo ayudar a alguien, la ayudo!". Chloe siguió defendiendo su acto heroico. No sabía si admirar o compadecer este rasgo. "Así que te gusta ayudar, ¿eh?". Inmediatamente tuve una idea de cómo podíamos convertir esta debacle en una situación en la que todos saliéramos ganando.

"Esa pregunta suena como si me hubiera vuelto a meter en uno de mis famosos rincones". Chloe me miró con los ojos muy abiertos. Esos ojos de diamante me atormentarían antes de dormir esta noche, sin duda. "Seguro que has oído el farragoso discurso de mi padre sobre el legado de nuestra empresa". No era una pregunta, sino una afirmación. Cuando Maxwell Valentine hablaba, todos escuchaban. "Estaba ocupada trabajando". Me sonrió disculpándose, pero aún así me sorprendió su respuesta. "¿De verdad no te has dado cuenta?" Me resultaba difícil no oír a papá gritar por toda la empresa que más nos valía a Happy y a mí tener una esposa para la próxima Gala de San Valentín o los tres, incluido Addam, podríamos buscarnos otro trabajo y nos quedábamos sin herencia.

"Mi trabajo es servirte y hacer que tu velada sea lo más agradable posible. No formo parte de *tu* empresa". Me pareció oír algo despectivo en su voz baja, pero apenas podía creerlo. ¿A quién no le gusta pertenecer a los ricos y guapos? El dinero es una llave universal que abre todas las puertas y, si había algo que me gustaba de mi vida, eran las puertas abiertas.

"¿Te gustaría participar?", pregunté.

"¡Cielos, no!" Agitó las manos en señal de pánico, que fue acompañada de una risa histérica. Chloe Rush estaba llena de sorpresas, de eso no cabía duda. Parecía convencida, cosa que no le reprochaba, aunque estuviera equivocada.

"¿Por qué no?" Tenía curiosidad por ver qué pasaba por su bonita cabeza.

Miró a su alrededor un momento antes de bajar la voz para que nadie más que yo pudiera oírla. "Cuando contemplo estos acontecimientos, sólo veo diamantes de verdad y sonrisas falsas". Durante un breve instante, la tristeza se reflejó en sus ojos, antes de enjuagarse las comisuras de los mismos con la palma de la mano.

"Hay mundos intermedios", respondí.

"La verdad es que no".

No sabía de dónde había sacado esa actitud, pero me sentía aún más desafiada.

"Eres una dura negociadora, Chloe Rush".

"Es un juego de niños cuando la base de la negociación consiste en billetes de dólar". "No tienes ni idea de lo que estás hablando", dije con firmeza.

Su expresión seria me dejó claro que estaba realmente convencida de su opinión. Sin embargo, sabía con certeza que ni siquiera ella rechazaría una oferta adecuada.

"Demasiado dinero estropea el carácter, y punto". Chloe intentó poner fin a la discusión con eso, pero no iba a dejarme engatusar tan fácilmente. Al contrario, despertó mi instinto lúdico y quise averiguar hasta dónde sería capaz de llegar si tenía el incentivo adecuado.

"Creo que yo he salido bastante bien. ¿O no estás de acuerdo?"

Jadeó al darse cuenta del insulto que resonaba en su tesis general.

"Por lo que sé, más o menos". Ladeó la cabeza, pensativa.

"Es el cumplido más extraño que he recibido nunca". Había diversión en mi voz.

Chloe me sonrió tan grande que aparecieron hoyuelos. Aunque sonara atrevido decirlo en la boda de Eva, Chloe era la mujer más guapa de la velada, su sonrisa la hacía única.

Nos quedamos allí, intercambiando miradas significativas y el crujido en el aire era innegable. Hasta que Chloe se aclaró la garganta y señaló la puerta.

"Debería irme, seguro que mi jefe quiere darme una conferencia".

"Hablaré bien de ti si admites que el dinero siempre influye en la felicidad".

"Bien, por mí está bien. Puede que el dinero desempeñe un papel en tu mundo, pero desde luego no en el mío". No sirvieron de nada mis razonamientos, tuve que atraparla para ganar la discusión.

"Entonces, seguro que no te importará pagar el Matusalén".

"No, no me importa". Había mordido el anzuelo. Muy bien, ahora no le quedaba más remedio que darme la razón.

Saqué una tarjeta de visita del bolsillo y se la di.

"Puedes transferir los cincuenta mil dólares cuando quieras a esta cuenta".

Chloe cogió la tarjeta y se la metió en el bolsillo. Sus ojos se agrandaron como lunas cuando supo el valor de la botella.

"¿Cincuenta mil?", preguntó ella, esperando haber oído mal.

"Cincuenta mil".

"Son casi dos años de sueldo".

En realidad, quería restregarle por la nariz que probablemente el dinero también jugaba un papel para ella, como para todo el mundo pero lo dejé pasar. Yo, Eben, que era llamado *Ebenezer* por Addam y simplemente *Scrooge* por Happy, perdí la oportunidad de demostrar al mundo que todo era cuestión de dinero. "No para mí", respondí sobriamente.

"Eso ha sido mezquino, Eben". Intentó disimularlo, pero mis palabras la habían golpeado de verdad. Normalmente se me daban bien las mujeres, pero Chloe me tenía con los ojos vendados y bailando en un campo de minas.

"Quizá mi oferta te haga sentir mejor". Me meto las manos en los bolsillos del pantalón. "¿Qué tipo de oferta?"

"Mi padre quiere que tenga una relación hasta la próxima gala. Sé mi novia trofeo para que pueda apaciguarle y cancelo tu deuda, más cincuenta mil dólares extra para que puedas lanzar al próximo Matusalén en la próxima boda".

Los rasgos de Chloe se deslizaron cuando hice mi oferta.

"Vaya, qué mal gusto". La risa y toda la calidez desaparecieron de su rostro.

"Pretendía ser gracioso", respondí. A decir verdad, seguía pareciéndome gracioso.

"Pero no lo es". Cruzó los brazos delante del pecho. Me dio un rechazo tras otro. Increíble. "¿No te parecen suficientes cincuenta mil dólares? ¿Qué te parecen cien mil?". No suelo subir mis ofertas, pero no me dejas otra opción.

"¿Estás loco? No soy una mercancía que puedas comprar sin más".

Nunca nadie me había hablado así. Pero Chloe parecía defender sus estúpidos principios con uñas y dientes. Me miró penetrantemente. "Si crees que puedes comprar cualquier cosa, le quitas valor a las cosas importantes". "Y si lo regalas todo, te quitas valor a ti misma", repliqué inmediatamente. Con esta actitud, no cabía duda de que Chloe siempre se vendía por poco y sólo su sonrisa era más valiosa que cualquier diamante. "No podría mirarme al espejo si me vendiera", susurró.

Realmente me preguntaba qué le pasaba a Chloe por la cabeza, ninguna mujer se había quejado de mis ofertas. "¿Qué quieres en su lugar?", pregunté. Todo y todos tenían su precio. Incluso Cloe, aunque no lo admitiera. "Quiero irme ya y volver al trabajo", dijo con firmeza, pero sus ojos decían lo contrario. Seguía pegada a mi torso desnudo y no podía ocultar que me deseaba. El sentimiento era mutuo, yo la deseaba al menos tanto como ella.

"Y una mierda". Sacudiendo la cabeza, la agarré por los hombros, la apreté contra la puerta de la que intentaba escapar y puse fin a nuestra discusión con un beso. No sé qué se había apoderado de mí, pero también se había apoderado de Cloe. Comentó mi posesión con un gemido sensual mientras sus dedos recorrían mis músculos. Exploré sus curvas y gruñí suavemente cuando estiró el abdomen hacia mí.

Costara lo que costara, necesitaba más de ella. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, pero Chloe era diferente. Me hizo pasar un mal rato con sus rechazos, lo que provocó mi ira y despertó mi instinto cazador. Sus modales eran sorprendentes y refrescantes al mismo tiempo, un cambio más que bienvenido en mi monótona vida.

"¡Te deseo!", susurré.

"¡No puedes poseerme!", replicó. Para enfatizar su afirmación, me empujó contra una de las estanterías antes de recibir los besos que deseaba. Sus párpados se agitaron cuando mi lengua

lamió su cuello. "¿Por qué no?" Recorrí su cuello hasta llegar de nuevo a sus labios seductores.

"No pertenezco a nadie. Y menos al que tiene más dinero".

Menudo anuncio. Su conquista resultó ser más difícil de lo esperado, pero yo no era de los que se rinden pronto. Si esto iba a ser algo puntual, por mí perfecto. No obstante, se dejó besar sin oponer resistencia. Mi erección presionaba dolorosamente la tela de mis pantalones, justo cuando iba a desabrochamelos, la puerta que teníamos detrás se abrió de un tirón. Cloe saltó inmediatamente hacia atrás y trató de tapar los rastros de devastación que yo había dejado.

Dos policías entraron en el almacén, seguidos por la vieja Verna, que señalaba excitada a Cloe.

"¡Es la ladrona!", gritó estridentemente.

"¿Qué?" Chloe palideció cuando la acusaron de robo. Y cuando uno de los policías le sacó un broche del bolsillo del delantal, casi se desmaya.

"¡No he robado nada!", afirmó Chloe. Luego se volvió hacia mí con una mirada de búsqueda de ayuda que casi me rompió el corazón, cuya existencia había negado públicamente durante años.

Me levanté, pero Happy dobló la esquina con un traje nuevo y el rostro serio. No era buena señal que mi hermano pequeño no tuviera su sonrisa habitual en la cara.

"Te necesitamos, Eben".

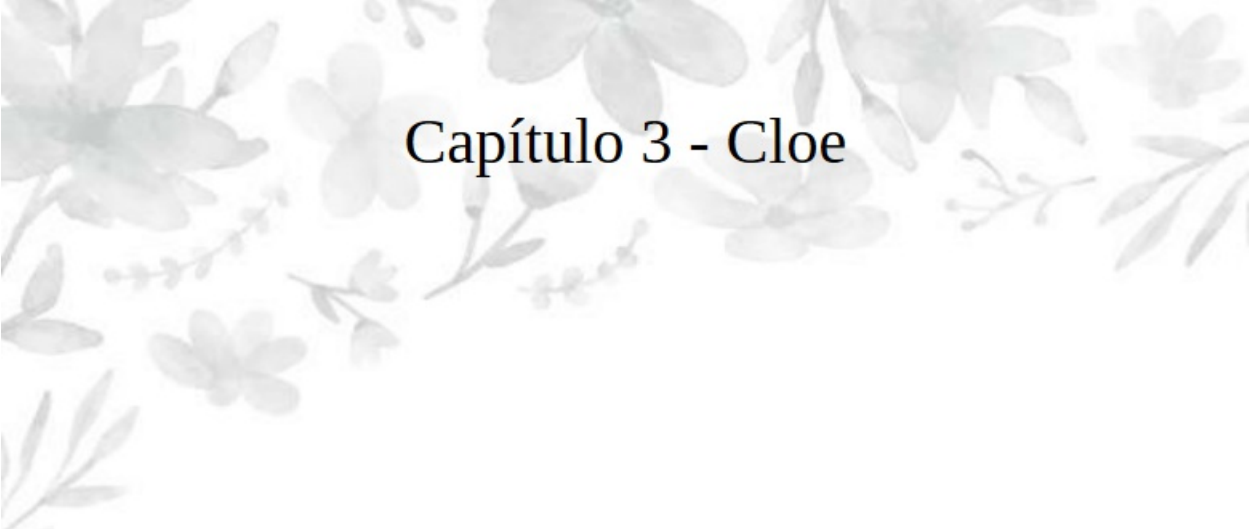
"En un minuto", intenté apartar a mi hermano para ayudar a Chloe.

"Papá quiere hablar con nosotros. Ahora", replicó con insistencia.

Maldita sea. Hacer esperar a papá nunca era buena idea, y menos hoy. Llevaba todo el día de *muy mal humor*. Cogí la ropa nueva y me la puse.

"Me ocuparé de todo en un minuto", le dije a Chloe, que intentaba desesperadamente explicar la situación a los policías, y seguí a mi hermano.

"¡Eso le dices a todas!", gritó tras de mí mientras las esposas chasqueaban, pero yo mantuve el ritmo. No podía permitirme caer aún más en desgracia con mi padre.



Capítulo 3 - Cloe

Me paseaba inquieta arriba y abajo por la sala de interrogatorios. No tenía ni idea de cuántas horas llevaba aquí, pero me parecía una eternidad. La luz tenue me cansaba y el gran espejo de la pared me inquietaba. Tal vez alguien me estuviera observando detrás de él, así que esperaba que mi pánico no me hiciera parecer sospechosa. Yo era inocente. Por supuesto, mucha gente decía eso aquí, ¡pero conmigo era cierto! Sólo intenté ayudar a esa señora, aunque nadie me creyera.

Fue, con diferencia, el mayor accidente de mi vida. Vale, quizá el segundo peor, porque lo de la escuela eclipsaba incluso mi experiencia en la cárcel. Todavía me entraban rabietas cuando pensaba en Jonathan Summers, que me había contagiado piojos dos días después de entrar en el equipo de animadoras. Mamá había probado todo tipo de remedios, pero lo único que había servido de algo fue el corte de pelo, justo antes de las fotos del anuario.

Bueno, esta vez no era una estrella del fútbol, sino el mismísimo Eben Valentine quien me había metido en este lío. Era uno de esos peces gordos que sólo piensan en sí mismos y en su dinero, sin pensar en los demás. Por muy carismático que hubiera sido y por muy sexi que le quedara aquel traje a medida, en el fondo no era más que uno de esos ricos a los que no les importaban un comino los demás.

Aún podía sentir las finas crestas de su cuerpo bien entrenado y suspiré suavemente. Por muy racional que fuera mi cabeza, mi cuerpo era estúpido y anhelaba el calor de Eben y que acabara lo que había empezado. Me temblaba todo el abdomen cuando pensaba en aquel beso, que no se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Nunca me habían besado así en toda mi vida.

La verdad es que Eben me había dejado sola. Era de esperar, realmente no nos conocíamos de nada. Además, le había estropeado el traje y un champán de cincuenta mil dólares. Probablemente yo también debería estar agradecida de que no presentara más cargos.

Estaba en una liga inalcanzable para mí. Una liga con la que además, no quería tener nada que ver porque sólo la asociaba con la pérdida. Él también se dio cuenta de que no estábamos al mismo nivel. Si no, no me habría dejado allí plantada.

Lamentablemente, me sentí mejor cuando vi confirmada mi visión del mundo, sobre los egoístas y superficiales que son los hombres con dinero, aunque en secreto, quería gustar a Eben.

En realidad, no sabía nada de él, pero había presenciado un caso convincente de carácter profundo. Nadie se limitaba a empujar a una mujer contra la pared en una discusión y callarla con un beso. Ese tipo de cosas requerían confianza en uno mismo y carisma, y Eben tenía ambos de sobra.

Valentine había conseguido que deseara equivocarme.

Sigue soñando, Rush. Mi subconsciente cínico intentaba proteger mi corazón, que estaba más implicado de lo que quería admitir, y no estaba del todo equivocado.

Estaba en la cárcel, ¡por el amor de Dios! Y todo por intentar ayudar. Pero ahora era yo la que necesitaba ayuda, y no tenía a nadie. Ningún caballero de brillante armadura, ni ningún multimillonario cachondo y empapado de champán que viniera a salvarme.

Mia era mi bote salvavidas de emergencia, y no podía sacarme de la cárcel así como así, aunque quisiera. La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y entró arrastrando los pies el agente Walker. Él había dirigido el interrogatorio. De alguna manera. La mayor parte del tiempo me había preguntado sobre chismes. "Puede irse, señorita Rush". Cerró la fina carpeta que había sobre la mesa y la cogió. Luego me sonrió con confianza y abrió la puerta.

"¿Puedo salir?", pregunté con incredulidad. Estaba tan desmoralizada, que la perspectiva de la libertad me parecía surrealista.

"Te han soltado". El agente Walker me miró como si fuera lenta de entendederas.

"¿Entonces soy libre?" Mi corazón latió más rápido y recordé que también lo había hecho con Eben. Incluso más rápido, si era sincera conmigo misma.

"Eso es". Me empujó a través de la puerta y salió al pasillo, casi como si quisiera deshacerse de mí. No creía que el frágil policía tuviera tanta fuerza. Probablemente yo era el obstáculo que se interponía entre él y el final de su turno. No obstante, me tomé el tiempo necesario para inclinar la cabeza hacia atrás y exhalar con alivio. Afortunadamente, ¡me sentí aliviada! Espera un momento, vacilé.

"Agente, ¿quién me ha exculpado?" Me mordí los labios y esperé que mi mejor amiga no hubiera hecho algo estúpido para ayudarme. Por supuesto que era inocente, pero las pruebas estaban en mi contra. "Sr. Valentine, ¿quién más iba a hacerlo?"

¿Quién más? Buena pregunta. ¿Me había precipitado al juzgar a Eben

Por mi mente pasaron mil preguntas, pero decidí guardarlas para mí. El agente no podía ayudarme y, con mi suerte actual, seguro que volvía a ponerme en un aprieto.

Walker me entregó una bolsa con mis objetos y salí de la sala de interrogatorios con una sonrisa en la cara porque, después de todo, Eben me había ayudado. Quizá los multimillonarios no eran tan horribles como yo había pensado.

Seguían siendo el número uno de mi lista de seres deleznales, pero al menos ya no estaban subrayados en tinta roja.

Me escoltaron hasta la salida, y entonces sopló hacia mí el aire fresco de la mañana. Dios mío, había pasado toda la noche en la comisaría. No me extraña que me sintiera tan mal. Estaba tan destrozada y cansada que no quería ni pensar en que pronto tendría que empezar mi siguiente turno. No había nada que necesitara más que un baño caliente y una buena noche de sueño. Por desgracia, sólo tenía tiempo de darme una ducha rápida y cambiarme de ropa antes de que empezara mi turno.

Antes de darme cuenta, Mia se abalanzó sobre mí para darme un fuerte abrazo.

"¡Chloe! Gracias a Dios que estás bien!"

Le devolví el abrazo, que me hizo sentir *como en casa* automáticamente. Me sentí bien al volver a estar rodeada de seres que no me acusaban de delitos que no había cometido.

"En realidad no llamaría *bien* a mi estado, pero al menos estoy viva". Me aparté de la cara un mechón rubio que se me había soltado de la coleta. No sé cuántas veces me había golpeado la cabeza contra la mesa de aluminio del guardia, pero seguro que mañana tendría un chichón.

Mia abrió la boca para gritar en silencio.

"Nunca habías sido tan pesimista. La cárcel te ha cambiado de verdad". Me apartó de ella para escrutar me de arriba abajo. "¿Llevas tatuajes? ¿Ya extorsionas?"

"Jaja, muy graciosa", respondí secamente.

"¿Quién iba a pensar que Chloe Rush, de entre todas las personas, la mujer más respetuosa con la ley del mundo, acabaría en la cárcel?"

Puse los ojos en blanco mientras Mia seguía burlándose de mí.

"No estuve entre rejas", dije despreocupadamente, con la esperanza de que Mia se cansase y cambiase de tema "¿No?" Mia jugó con sus cejas arriba y abajo.

"No, sólo en una sala de interrogatorios que olía a café frío y tinta de impresora".

Preferí no mencionar que allí me había sentido fatal. Ya no había motivo para recordar la atmósfera opresiva que reinaba allí. La pesadilla había terminado y podía volver a mirar hacia

delante.

"¡Qué guay! Daría lo que fuera por tener esa sensación de CSI". Mia se dirigió a su viejo Pontiac y yo la seguí. "Bueno, en realidad no fue como en la tele, pero tienes razón. Sin duda es una experiencia". "Entonces, ¿quién estaba más bueno? ¿El bueno o el malo? Apuesto a que el poli malo". Aunque sabía que hablaba medio en serio, le dirigí una mirada de reproche.

"Sólo estaba el agente Walker y era bastante simpático, aunque estaba más interesado en mis conocimientos chismosos sobre la clase alta que en mi inocencia".

"En una escala del uno al diez, ¿dónde está?". Mia no paraba. Al menos me distraía del drama que estaba viviendo. No sabía qué habría hecho si ahora hubiera estado sola. Probablemente me habría subido al siguiente avión a Alabama y me habría escondido en Mobile hasta que se hubieran calmado las aguas. "Yo diría que un sólido ocho". Hice una pausa. "Si preguntaras en el club de bingo de mi abuela". Mia soltó una risita y su buen humor me contagió. Subimos al coche y me dejé caer en el asiento del copiloto. Cuando Mia hubo incorporado el Pontiac al tráfico, el ambiente se calmó un poco.

"¿Te metiste en muchos problemas?", pregunté al recordar cómo había empezado el desastre.

"¿Eso es lo que te preocupa?". Ella frunció el ceño sin apartar los ojos de la carretera. "Sé lo mucho que necesitas este trabajo, así que sí, me preocupa".

"Eres mona, pero será mejor que te preocupes por tu propio pellejo. El Sr. Vásquez estuvo a punto de estallar cuando te llevaron esposada".

"Las esposas parecían muy dramáticas, ¿verdad?".

"¡Parecías una delincuente!"

"Mia, en estas situaciones mientes y dices: *No, no. Nadie te hizo caso y tu pelo estaba perfecto*, o algo así". "Eso es lo que podrían decir los conocidos superficiales, pero como tu mejor amiga, tengo el deber de decirte la verdad, por dolorosa que sea". Ella asintió con decisión para reforzar su afirmación. Tenía razón, sólo las verdaderas amistades pueden soportar la despiadada honestidad a la que tenemos que enfrentarnos. "Me alegro de que, después de todo, Eben me salvara del lío. Con cargos de robo en mis antecedentes penales, mi carrera habría acabado antes de empezar". Bajé la ventanilla. La primavera estaba dando paso lentamente al verano y me moría de ganas de volver a pasear por Central Park con vestidos cortos.

"¿Eben? ¿Te refieres a Eben como Eben Valentine?". Mia frenó en seco y me miró asombrada.

"A ése me refiero". Fingí que no era para tanto. Nuestro breve encuentro quedó grabado a fuego en mi memoria. No había duda de que ningún hombre podría volver a besarme como Eben Valentine. Pero, ¿a quién quería engañar? Él y yo vivíamos en mundos diferentes que nunca

podrían armonizar. Para ahorrarme muchos disgustos, reprimí el sentimiento que me gritaba que acababa de perder la oportunidad de mi vida. "¡Dios mío! ¡Chloe! ¿Qué ha pasado en el almacén para que llames a uno de los Valentines por su nombre de pila? Quiero saber todos los detalles". Había un destello de locura en sus ojos que me asustó, porque implicaba preguntas incómodas que no quería responder.

"¿No preferirías saber cómo me detuvieron?", pregunté con expresión inocente.

"Vamos, cuéntame todo lo importante". Desechó mi pregunta como si una condena por un delito casi grave no tuviera importancia. Volvió a meter el coche en su carril, pero resopló con fuerza para indicarme que nuestra conversación aún no había terminado.

"Sea como sea este robo, debe de haber sido un accidente".

"Volveré sobre eso la próxima vez que uno de mis vasos de Ben & Jerry's desaparezca así", murmuré con la cara contrita y los ojos sospechosos de gato. Sabía que mi mejor amiga no cejaría hasta oír todos los detalles de mi encuentro con Eben.

"¡Dilo ya, Chloe! ¿Qué hay entre tú y el sexy Valentine?".

"¿Tú también crees que es sexy?" Por supuesto, yo pensaba que Eben estaba buenísimo, pero no quería darle a mi mejor amiga ningún motivo de preocupación porque estuviera desarrollando una obsesión malsana por alguien a quien nunca podría alcanzar.

"Hay algo más en un buen partido que la buena apariencia, ¿no crees?" Era una pregunta retórica que hizo sonreír a Mia.

"¿Quieres decir dinero? ¿Poder? ¿Una enorme suite en el ático?"

Sonrió aún más. Aunque sabía que me estaba tomando el pelo, no pude evitar decirle los valores que eran importantes para mí.

"Hablo de carisma, humor y encanto".

"¿A sí?" La mirada de Mia me atravesó.

"Sí", admití a regañadientes. Eben era perfecto. El único defecto que le afeaba era su riqueza y la creencia de que eso se lo daba todo.

"Entonces, ¿qué te impide volver a verle?"

Mi corazón se preguntaba lo mismo, pero mi cabeza se aferraba a sus principios.

"Me ofreció dinero a cambio de una relación. Por mí, que se quede donde crece la pimienta".

Mia se atragantó al oír mi respuesta.

"¿Quieres matarme? ¿El señor sexy quiere salir contigo e incluso darte dinero por ello y tú te niegas? Creo que has perdido la cabeza en la cárcel. Yo en tu lugar habría aceptado inmediatamente".

"No te fuerces, puedes tenerlo", dije con frialdad. Para ser sincera, no sabía si realmente podría permanecer tan tranquila cuando viera a otra mujer con Eben, aunque fuera mi mejor amiga.

"No voy a abrir una brecha entre vosotros", respondió Mia con firmeza.

"No tenemos una relación".

"¡Todavía no, pero esos encuentros fatídicos tienen un significado de destino!". Dio una palmada con la mano en el volante, lo que me hizo estremecer. Mia estaba realmente encendida por mi no relación. "Quizá en las novelas y las películas, pero no en la vida real". No quería ser tan pesimista, pero no podía evitarlo. ¿Por qué demonios Eben tenía que ser multimillonario? Si me estuviera sirviendo mis perritos calientes favoritos en la cuarenta y dos, le habría pillado hace tiempo.

"Precisamente porque estos encuentros son tan raros en la vida real, tienen mucha más importancia". Sacudí la cabeza y miré frenéticamente por la ventana, como si las respuestas que necesitaba estuvieran flotando en el río Hudson.

"Inténtalo, Chloe. O te arrepentirás el resto de tu vida".

"Al menos podría darle las gracias por jugar la carta *de libre de la cárcel*", dije pensativo.

"Buena chica". Me dio unas palmaditas en la cabeza como si fuera un cachorrito.

"¿Dónde está mi galleta?". Incliné la cabeza e imité a un perro haciendo cosas juguetonas.

"Acariciar no es para recibir una galleta".

"Lo dice la que siempre lleva consigo una enorme provisión de caramelos".

Abrí la guantera, que estaba mejor surtida de dulces que la bandeja de cualquier vendedor de Broadway. Entonces saqué una chocolatina de coco y vainilla, arranqué el envoltorio y le di un buen mordisco. "¿Sabes ya lo que quieres decir?", preguntó Mia.

"Gracias".

"Gracias, ¿y?"

"¿Y qué más quieres que le diga?" Me encogí de hombros. Pero antes de que Mia pudiera responder, mi smartphone, que aún estaba en la bolsa de plástico, vibró.

"¿Es tu nuevo amante?", preguntó con voz seductora. Siguieron los besos y las bofetadas. "Casi. Sr. Vásquez". Mia hizo una mueca de inmediato y sus ruidos inapropiados se silenciaron. Inmediatamente se me hizo un nudo enorme en la garganta. Todo se había aclarado, pero seguía esperando una bronca enorme y unas cuantas docenas de horas extras no pagadas hasta que mi jefe volviera a ser indulgente. "Y ha llamado dos docenas de veces", susurré antes de contestar a la llamada.

"Srta. Rush, está despedida".

"¿Qué estoy qué?" Se me cayó la mandíbula.

"No ha hecho lo que estoy pensando, ¿verdad?", preguntó Mia de fondo.

"¿Es la señorita Mason la que está al fondo?"

"Sí, señor", me oí decir. Estaba completamente perpleja y las lágrimas me ardían detrás de los párpados. "Ella también está despedida". El Sr. Vásquez siempre había sido despiadado, pero ahora su voz me heló la sangre.

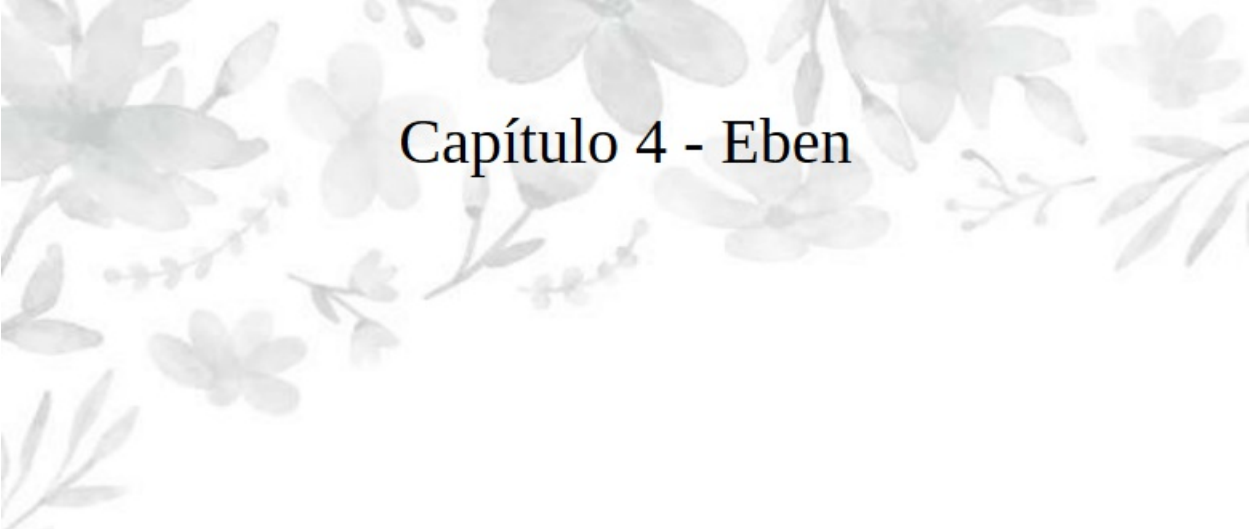
"¡No puedes hacer eso!", protesté. Despedirme a mí era una cosa, ¿pero a Mia? ¡Ella necesitaba este trabajo! "¡Soy inocente y eso se ha demostrado!"

"No me importa, no puedo tener ninguna mala noticia que pueda atribuirse a mi empresa".

"¡Señor Vásquez! I ... "

Tut. Tut. Tut. Había colgado y me había dejado sin habla.

Me equivoqué, hoy era mil veces peor que mi pelo corto y lleno de piojos del anuario del instituto.

A decorative floral pattern with various leaves and flowers in a light, muted color, framing the top of the page.

Capítulo 4 - Eben

Papá no dudaba mucho cuando algo iba en serio. Y se tomaba muy en serio que mis hermanos y yo nos casáramos. De lo contrario, estaría sentado en el despacho en la planta cuarenta y nueve de la Torre Valentine y no en el restaurante más exclusivo del Upper East Side.

Mi padre había concertado una comida con Sharon Hayes, a la que me resistía a asistir porque tenía cosas más importantes que hacer. Además, aún me daba vueltas la cabeza por lo de anoche. Dios sabe qué me había dado cuando había agarrado y besado a Chloe. Normalmente me controlaba, pero aquellos ojos de diamante hicieron saltar todos los fusibles.

Hojeé el menú mientras Sharon despotricaba de todo. Había empezado con la recepcionista, que no le había quitado el abrigo de piel de los hombros con la suficiente rapidez, hasta se había quejado de las sillas donde yo me sentaba como un rey y ella como la princesa y el guisante.

Papá pensaba que Sharon sería una buena pareja para mi, pero era absolutamente insoportable. Mimada, de familia rica y con tanto botox y silicona en el cuerpo que podría envenenar con ellos a medio Nueva York. En marcado contraste con Chloe, que apenas llevaba maquillaje y seguía siendo la mujer más guapa de la velada. Su belleza irradiaba desde dentro.

"Tráeme el champán más caro que tengas". Le espetó Sharon al camarero sin ningún tipo de educación. El camarero señaló un *Veuve Clicquot* en la barra y yo negué con la cabeza.

"No, prefiero un *Moet & Chandon*, sabe mejor".

"¡Me da igual, yo quiero siempre el más caro!", protestó Sharon. "¿De verdad esperas que me beba este licor barato?".

"¿De verdad crees que dos mil dólares es barato?", pregunté frunciendo el ceño.

"Si hay otro champán por cinco mil dólares, entonces el de dos mil es barato, sí. ¿O es que yo no lo valgo para ti?".

El dinero desempeñaba un papel importante en mi vida, a diferencia del precio. Por primera vez, me di cuenta de lo horrible que me parecía la compañía de las mujeres ricas.

Me pregunto si habrá tenido algo que ver que Chloe dejara mi dinero en baja estima. Estaba mil por cien seguro de que sólo era una estratagema para parecer más interesante, de cualquier manera lo había conseguido. "De acuerdo, por mí está bien". Despedí al camarero y envidié el hecho de que pudiera marcharse sin más. Mientras que yo tenía que aguantar al menos tres platos más o papá me lincharía.

Para evitar problemas, pedí la comida de tres platos más cara que había en la carta.

"Qué pena que no tengas tiempo para la comida de ocho platos". Sharon intentó hacer un mohín con sus labios hinchados.

"La próxima vez, pero hoy me llama el trabajo", mentí. Tanto sobre la próxima vez como sobre el trabajo. Prefería que me desheredaran a escuchar a la gente quejarse día tras día de productos de lujo que eran demasiado baratos y que los simples mortales nunca podrían permitirse.

Cuanto más duraba mi cita concertada, más comprendía por qué Happy me llamaba *Scrooge*. Yo también hablaba de dinero todo el día, aunque desde un ángulo diferente. Yo me dedicaba a maximizar nuestros beneficios, no a gastarlos en cosas.

Cucharee con desgana mi sopa de ostras mientras me preguntaba qué tipo de conversación habría tenido lugar si Chloe hubiera estado sentada frente a mí. Ella nunca habría rechazado mi oferta en un ambiente así, eso lo sabía. "¿Me estás escuchando siquiera?" Sharon me había pillado soñando despierta.

"Por supuesto que sí. Nada es lo bastante exclusivo para ti", respondí cínicamente.

"Por fin alguien lo entiende. Creo que tú y yo estamos en la misma onda".

Sharon era una masa de agua poco profunda en la que ni siquiera eran posibles las olas. Cloe, en cambio, me había arrastrado como un tsunami.

¡Maldita sea, Valentine! me reprendí a mí mismo porque mis pensamientos seguían vagando hacia la torpe camarera.

"Supón que te pago para que te hagas pasar por mi novia. Con tarjeta de crédito incluida, todos los privilegios y cien mil dólares, ¿aceptarías?"

Sharon casi se atraganta con la sopa, que apenas había probado.

"¡Claro que sí! ¿Quién no lo haría?"

"Me preguntaba lo mismo". Maldita sea, realmente quería saber más sobre Chloe. Por qué se ponía así y, lo que era más importante, por qué me había apartado tras la oferta.

"¡Sí!", dijo Sharon en voz alta.

"¿Sí?" Me había vuelto a alejar tanto que no me había dado cuenta de nada.

"Aceptaré tu oferta, por supuesto". El símbolo del dólar brilló en sus ojos. En realidad, Sharon sólo quería mi dinero y nada más. Tal vez las palabras de Chloe contenían un atisbo de verdad, que demasiado dinero podía restar valor a las cosas.

"No era una oferta", respondí con obstinación. Puse una cara seria, que enfatizaba que tal posibilidad no existía. "No puedes darme la lata así y luego retirar tu oferta", insistió Sharon malhumorada.

"Sólo era una pregunta teórica". Mis sienes empezaron a palpar dolorosamente. Demoniqué a Addam porque era el culpable de todos los problemas. Si no se hubiera precipitado a casarse con Eva, las hormonas de papá no se habrían vuelto tan locas y yo tendría paz ahora mismo. Mientras yo luchaba con Sharon, mi hermano estaba tumbado en una playa bebiendo cócteles.

"Entonces, ¿por qué lo has preguntado?"

"Para saber qué clase de persona eres", respondí. En realidad me había preguntado qué clase de persona era Cloe.

"Entonces, ¿cumplí tus expectativas?"

"No esperaba otra cosa".

Sharon sonrió orgullosa, sin darse cuenta de que había malinterpretado mi respuesta. Si papá hubiera concertado el encuentro antes, era muy probable que ella hubiera sido mi novia simbólica. Pero después de conocer a Chloe, todas las demás mujeres me parecían rancias e incolores, sobre todo cuando se comportaban como Sharon. Cuando terminé la sopa, eché una mirada irónica al plato lleno de Sharon.

"¿Sigues comiendo la sopa?"

"No, está demasiado fría para mí". Apartó el plato de ella con disgusto.

Cogí el plato, me comí su ración e hice honor a mi apodo. Si iba a pagar ochocientos dólares, no quería desperdiciar nada.

Comimos el siguiente plato en silencio porque ella seguía enfurruñada por mi pregunta mal entendida. Hasta el postre, no recuperó su locuacidad, porque nada era lo bastante bueno para ella.

"Vamos a hablar de tu oferta otra vez, Eben". Me apuntó con el tenedor de postre como si fuera una pistola cargada que quisiera ponerme en el pecho.

"No era una oferta", gruñí en voz baja. Escuchar no era realmente uno de sus puntos fuertes, así que no pude evitar preguntarme si era capaz de algo más que de sentirse maltratada por la plebe.

"¿Y si te hago una contraoferta?". Me sonrió significativamente y fruncí el ceño. A juzgar por su expresión, no quería saber qué quería ofrecerme. Pero el caballero que había en mí me obligó a escuchar. "Dispara", dije, porque el tenedor seguía apuntando en mi dirección.

"Yo acepto tu trato y tú me consigues a mí, mi cuerpo y las ambiciones que esconde y que hacen débiles a todos los hombres".

Ahora casi me atraganto con la comida.

"¿Me estás ofreciendo sexo ahora mismo?". No ocurría a menudo, pero esta pregunta había desgarrado mi cara de póquer, revelando puro horror.

"Todo lo que quieras". Me tendió sus pechos de silicona.

¿Dónde demonios había encontrado papá a esta mujer?

Suspiré porque no tenía ni idea de cómo volver a meter a este genio en la botella. Probablemente debería tratar la situación como un esparadrapo, arrancándolo rápidamente y casi sin dolor.

"Escucha, Sharon. No va a pasar nada entre nosotros". Respiró hondo y pude ver en sus ojos que estaba a punto de montar una escena, que corté de raíz.

"No eres tú, soy yo", añadí y me levanté.

"¡Claro que depende de ti! Avísame cuando recuperes el sentido común!", me gritó Sharon. "En absoluto", le dije entre dientes al camarero, al que pagué la cuenta. Normalmente nunca daba más del diez por ciento de propina habitual, pero en este caso hice una excepción por mis compañeros de fatigas que también habían tenido que soportar a Sharon.

Nunca me había alegrado tanto de haber llegado a la Torre Valentine como después de esta cita. Sharon había agotado mi paciencia como nadie antes. Justo cuando entraba en el vestíbulo, Happy me llamó. Sin duda, había vuelto a sobornar a los de seguridad.

"¿Ya has vuelto?", preguntó, divertido.

"Que te jodan", gruñí. No me importaba que la mitad de la atención del vestíbulo se centrara en mí. Mis habilidades excusaban cualquier comportamiento. Por desgracia, lo mismo ocurría con mi molesto hermano pequeño.

"¿Por qué tan enfadado? ¿Papá no te organizó una buena cita?".

No estaba de humor para las bromas de Happy, pero no colgué la llamada. Era un Valentín, no se dejaba engatusar cuando había algo que discutir. Si no podía darme la lata en mi smartphone, asediaba mi despacho.

"Espera a que papá intente emparejarte con alguien", le dije. La sola idea de que Happy pasara por el aro me levantó el ánimo.

"Relájate, sólo está pasando por una de sus fases. Antes de que te des cuenta, se le pasará". A diferencia de mí, se tomó a la ligera la amenaza de nuestro padre, lo que hizo que tanto Addam como yo entráramos moderadamente en pánico. Era evidente que, aunque consiguiera cumplir las exigencias de papá, todo podía venirse abajo con la cabeza infantil de Happy.

No había duda de que todos teníamos que estar casados antes de la próxima Gala de San Valentín o nos quedaríamos en la miseria.

"Tengo el mal presentimiento de que esta vez papá va en serio", respondí bajando la voz. Definitivamente, no quería pregonar el discurso de boda de papá por el vestíbulo.

"Mientras sólo organice reuniones tan dudosas para ti, me da igual". Vi que Happy se encogía de hombros y ponía los pies sobre la mesa.

"No puedes jugar siempre la *carta del niño de mamá*".

"Lo sé, por eso lo uso tan a menudo como puedo".

Entré en el ascensor. Sólo cuando las puertas se cerraron tras de mí me permití relajarme. Los ascensores de las plantas ejecutivas estaban reservados sólo para nosotros, los de San Valentín.

"Entonces, ¿me estoy preparando para que le rompas el corazón a papá porque tu cita no salió como habías planeado?", preguntó Happy. Había algo sospechoso en su pregunta. Olía a diez millas de distancia cuando mi hermano tramaba algo... y ahora mismo apestaba a gloria.

"¿Qué has hecho?" Incluso por teléfono, mi voz sonaba tan autoritaria que mi hermano dudó. "Nada", dijo mansamente.

"Si *no* fuera *nada*, no pondrías tanto énfasis en que no decepcionara a papá".

"¿Acaso el amor a mi padre no cuenta?". No podía ignorar la ironía de su voz, aunque intentaba parecer genuinamente creíble. Si había algo que mi hermano no sabía hacer, era darse cuenta de la gravedad de una situación.

"Vamos, escupe lo que has hecho". Me senté y esperé las malas noticias que iba a darme. "¿De verdad quieres ser cómplice?", preguntó con cautela.

"Touché". Fuera lo que fuese lo que había estado tramando, era mejor que hablar con papá. "Pero al menos dime si es peor que lo del pingüino".

El silencio. No es buena señal. Aún me sorprende que Happy no fuera castigado de por vida tras el incidente. "Puede que un poco", respondió mansamente.

"¿Qué demonios has estado haciendo? Para, no me digas nada y madura". Si iba a empezar así, no quería tener nada que ver con sus acciones descerebradas. No sé cuántas veces me había llevado una paliza por mi hermano pequeño cuando éramos niños, pero ahora todos éramos adultos y teníamos que vivir con las consecuencias de

nuestros actos. Yo lo había aprendido y si Happy sabía lo que le convenía, aprendería la lección lo antes posible. "Deja de intentar educarme, ese barco ya ha zarpado", dijo Happy con altanería, porque estaba realmente orgulloso de su comportamiento.

"Me temo que yo también". Me masajeeé el puente de la nariz y cerré los ojos.

¿A quién quería engañar? Nunca crecería, el mundo se caería de sus goznes antes de que lo hiciese. Happy se aclaró la garganta como un entrometido.

"Será mejor que me digas cómo vas a desanimar a papá porque sólo te interesa el dinero y no las mujeres". "Eso no es cierto", me defendí.

"Claro que no, Scrooge. ¿Cuándo fue tu última cita?", preguntó desafiante.

"Hace veinte minutos. Gracias por recordármelo".

"¿Y cuándo te diste tu último beso?", siguió preguntando. Me enfadaba que intentara tenderme una trampa. Era estúpido que no tuviera ni idea de lo que había pasado ayer.

"No es asunto tuyo", gruñí.

"Conozco ese tono de voz. Cinco contra uno a que ya tienes a alguien en mente", me retó Happy.

"Tú y tus apuestas". Me froté mi bien cuidada barba de tres días mientras pensaba por qué demonios seguía cayendo en sus desafíos. No importaba cuántas veces rechazara sus apuestas, al final seguía habiendo competición.

"Conozco el tono aún mejor. Diez a uno".

"Bien, por mí vale, ayer me dieron mi último beso", respondí provocativamente. Joder. Acababa de proporcionar a mi hermano carne de cañón sin fin solo porque me había provocado un poco.

"¿Ayer? Ahora se pone interesante". No ocultó lo ansioso que estaba por conocer más detalles.

"No hay nada en lo que profundizar". Para mi vergüenza, era la verdad. Aunque no hubieran detenido a Chloe, no habría vuelto a verla, había dejado claro su desinterés. Aun así, no podía dejar el asunto en paz. Chloe rondaba mi mente, por mucho que intentara bloquearla.

"Entonces... ¿por qué lo has mencionado?" Sonó el chirrido carismático de Happy girando en círculos en su silla de oficina. Genial, cómo para aburrir a mi hermano. Al fin y al cabo, se trataba de sentimientos que nunca había sentido. Pero, de todos modos, él era la persona equivocada para hablar de eso. Tenía más posibilidades con Addam ahora que había encontrado a una mujer capaz de aguantarle.

"Ni idea. Pero no importa, rechazó mi oferta", dije, poniendo fin a la discusión.

"¿Desde cuándo dejas que algo así te detenga?"

Era una pregunta sencilla, pero sacudió algo muy dentro de mí. Happy tenía razón. Incluso me atreví a creer que era la primera cosa sensata que había dicho en su vida. Así que aún había

esperanza para mi hermano. Y si aún había esperanza para el más perdido de todos los casos, entonces también la había para Chloe. La próxima vez, le haría una oferta que realmente no podría rechazar. Y si no era mi dinero lo que la atraía, eran las posibilidades que conllevaba. Quería algo, y cuando supiera qué, tal vez dejaría de rondar por mi cabeza. "Casi no me atrevo a decirlo en voz alta, pero tienes razón".

"Lo dice el *mayor de nosotros*". Happy se aclaró la garganta. "Entonces iré a restregarle a papá que tienes a alguien en mente para salvar nuestra herencia".

"Y dile que el almuerzo fue terrible".

"Joder, no. Una mala noticia al día es suficiente. Y tengo que ponerme manos *a la obra*. Si se enterara él mismo, no tendré que poner de excusa para no hablar de mi parte del trato".

A veces me preguntaba si a Happy lo habían cambiado al nacer, porque era tan diferente de papá, de Addam y de mí, que no había otra explicación. Bastaba con mirarle a los ojos para saber que era la viva imagen de mamá. "Hazme un favor y al menos contrólate hasta que pase la próxima Gala de San Valentín", dije, intentando parecer menos desesperado de lo que estaba.

"Tranquilo". Me atreví a dudar de que Happy pudiera aguantar siquiera cinco minutos sin tomarse algo a la ligera, pero le di crédito por intentarlo al menos.

Terminé la llamada cuando llegué al piso cuarenta y nueve. Mi asistente personal corrió inmediatamente hacia mí, como hacía siempre que yo estaba fuera de casa y me había perdido asuntos importantes. "¿Qué pasa, Florence?", pregunté mientras ambos nos dirigíamos a toda prisa a mi despacho. "Me alegro de tenerle de vuelta, Sr. Valentine. Hubo algunas llamadas importantes y pude reprogramar todas las citas de esta mañana para la tarde".

"¿También la cita con el Sr. Johnson?"

"Sí, señor".

Sonreí con satisfacción porque la oferta de su empresa sonaba prometedora. Tal vez podría apaciguar a papá consiguiendo un nuevo acuerdo que podría duplicar fácilmente nuestros activos.

"Muy bien. Con un poco de suerte, haremos con él el trato de nuestra vida. ¿Algo más?" "Había allí una mujer que quería hablar contigo, pero, *por supuesto*, la rechacé".

"¿Una mujer?" agucé las orejas. "¿Pelo largo y ondulado y ojos de zafiro que te dejan mudo?". Florence frunció el ceño. "Es una descripción extrañamente específica, pero sí, tenía el pelo rubio y los ojos azules".

"¿Cuándo estuvo aquí?" Inmediatamente se me aceleró el pulso y sentí como si alguien me hubiera inyectado adrenalina en el corazón.

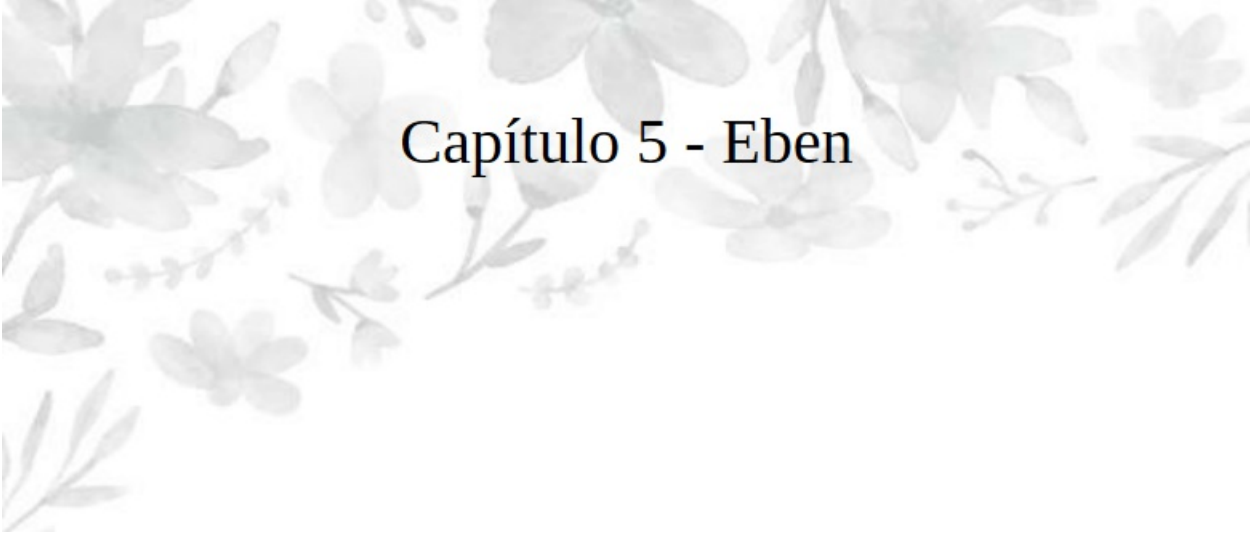
Florence miró el reloj. "Aún no han pasado diez minutos".

Inmediatamente me di la vuelta y volví a entrar en el ascensor. Si Chloe había bajado en el ascensor normal, había muchas posibilidades de que la alcanzara.

"¡Sr. Valentine, la cita de las catorce con el Sr. Johnson está a punto de empezar!".

"¡Cancélalo, tengo algo más importante que hacer!"

Esta vez no iba a dejar que Chloe se saliera con la suya. Todo el mundo tenía su precio y yo consideraba que era mi reto personal averiguar el suyo, ¡costara lo que costara!



Capítulo 5 - Eben

Cuando el ascensor llegó a la planta baja, salí corriendo sin dejar ver que seguía a nadie. Era un Valentine, no corríamos detrás de nadie.

Miré alrededor de la multitud hasta que vi a Chloe. Hoy llevaba el pelo suelto, así que sus rizos naturales se balanceaban a cada paso.

Reprimí el impulso de gritar su nombre por el pasillo y la alcancé.

"Chloe, espera". Le puse una mano en el hombro para frenarla.

Elegante como una bailarina, se dio la vuelta y me hizo hervir la sangre con la mirada. Cuando me reconoció, sus gélidos ojos azules brillaron con calidez.

"Sr. Valentine". Una sonrisa jugueteó alrededor de sus labios.

"¿No habíamos quedado en lo de *Eben*, Chloe?"

"También habíamos acordado que nuestro último encuentro fue algo aislado, y ahora estoy aquí de todos modos". Se encogió de hombros y me sonrió.

Lo dijo como si realmente hubiera roto conmigo, pero yo tenía otra cosa en mente. Quería saber qué pasaba detrás de su cara bonita y quería que admitiera la verdad sobre el dinero.

"¿Has vuelto a pensar en mi oferta?". Intenté mantener la calma, aunque se me aceleraba el pulso. Chloe se rió y los hoyuelos que aparecieron me pusieron en jaque mate.

"¡Dios mío, no! Sólo quería darte las gracias". Se detuvo un momento. "Gracias".

"No hay problema", le dije.

Chloe se inclinó hacia delante para que nadie más pudiera oírla.

"En realidad, es algo muy importante. Me defendiste aunque no sabías si era realmente inocente.

Quiero decir, ¿qué posibilidades había de que el alfiler acabara en mi bolsillo durante la caída? Cero, ¿verdad?" "Simplemente lo sabía y tu reacción consolida mi opinión". Quizá había

demasiada petulancia en mi respuesta, pero sabía juzgar muy bien a las personas. Quizá por eso Chloe me fascinaba tanto. Porque a veces reaccionaba de forma imprevisible.

"Ni siquiera me conoces". Tenía razón, no la conocía y no tenía ni idea de por qué se ponía a ofensiva cuando se trataba de hablar de dinero. Sin embargo, había cosas que podía ver enseguida y que sus ojos brillantes no podían ocultarme.

"Si fueras una ladrona, no habrías rechazado mi oferta", respondí. ¿Era presuntuoso por mi parte desear que, después de todo, Chloe fuera una ladrona? Entonces ya la habría tenido en el anzuelo. "Supongo que sí". Miró a un lado, avergonzada, pero no pudo ocultar lo sonrosadas que se le estaban poniendo las mejillas.

"¿Qué te parece si te llevo a comer?", le pregunté. Era una excusa para pasar tiempo con ella hasta que encontrara su punto débil. Una vez que supe con qué excitarla, tuve un juego fácil.

"Creía que acababas de llegar de comer", respondió Chloe.

Gracias, Florence, por difundir mis asuntos privados al mundo.

"Sería lo menos que podría hacer después de abandonarte ayer". Tomé aire rápidamente porque la conversación de papá me pesaba aún más en el estómago que la comida de tres platos más las raciones de Sharon. "Pero tenía asuntos familiares importantes".

"¡Vale, acepto, estoy voraz!"

Incluso antes de que le hubiera sugerido un restaurante exclusivo, tiró de mí decididamente hacia fuera. "Ven conmigo, mi puesto favorito de perritos calientes está cerca".

Pensé que le había oído mal. "¿Vamos a comer perritos calientes?"

"¡No unos perritos calientes cualquiera, sino los mejores de Nueva York!". Lo dijo con tal convicción que tuve que suponer que el puesto de perritos calientes tenía al menos dos estrellas Michelin. Dejé que tirara de mí hacia la calle. Chloe tardó un rato en darse cuenta de que seguía cogiéndome de la mano, pero disfruté de cada segundo. Sus manos eran tan pequeñas y delicadas, como el resto de su cuerpo. Desencadenó en mí unos instintos protectores que nunca había conocido y no sabía qué hacer con ellos. Chloe no había bromeado, se dirigió al puesto de perritos calientes que había en la esquina de la Cuarenta y Dos y saludó al vendedor, que aplaudió al vernos.

Su peinado ladeado y su barba incipiente combinaban a la perfección con el tenderete desvencijado que se estaba oxidando por las esquinas. Jamás en mi vida se me habría ocurrido comer allí. Ni en ninguna otra comida callejera de Nueva York. En mi situación, no podía permitirme una intoxicación por salmonela, y menos ahora que papá se estaba volviendo loco.

"¡Hola, Hank!" Había una calidez en la voz de Chloe que me puso la piel de gallina. Cuanto más nos acercábamos, más rápidos eran sus pasos.

"Bueno Chloe, ¿lo de siempre?" Cerró las pinzas varias veces con un chasquido significativo antes de sacar un par de salchichas.

"Sí, dos, por favor". Se inclinó hacia delante, conspiradora. "Con extra de la salsa especial secreta". Hank me miró, frunciendo el ceño, como si Chloe hubiera soltado secretos de Estado en mi presencia. "Debes de haberle causado una gran impresión si comparte contigo mi salsa especial secreta".

"Me sacó de la cárcel", respondió Chloe en mi nombre.

Conmocionado, Hank volvió a echar las salchichas al agua caliente.

"Fue solo un malentendido", dije con calma.

"Todo está bien", dijo ella con una sonrisa. "Te lo contaré la próxima vez, ¡ahora mismo solo necesito ese perrito antes de morir de hambre!".

Extendió las manos para coger los perritos calientes que Hank le ofrecía e inmediatamente las retiró. "¡Pero no hagas esperar demasiado a un anciano!"

"Palabra de honor. Después de todo, no mentiría a mi vendedor favorito de perritos calientes".

"No mentirías a nadie". Con eso, pusieron fin a su discusión y Chloe cogió los dos perritos calientes. "En realidad son doce dólares, pero para mi mejor cliente habitual son ocho".

Ocho dólares por dos almuerzos. En relación con el precio, apenas quería oler los perritos calientes, y mucho menos comérmelos. ¡No se podía comprar buena comida en Manhattan por ocho malditos dólares! Chloe se aclaró la garganta y yo saqué un billete de cien del bolsillo del pantalón. Hank tragó saliva antes de rechazarla. "No tengo tanto cambio".

"Entonces considéralo una generosa propina de tu cliente habitual favorito", dije a regañadientes. Por cien dólares, podría haber llevado a Chloe a un café exclusivo en vez de a un rancio perrito caliente en medio de ninguna parte.

Hank cogió el billete y la sostuvo a la luz del sol para comprobar su autenticidad. Intenté no tomármelo como algo personal, lo cual no fue fácil para mi ego. Nadie había puesto en duda mi integridad en toda mi carrera. "Sentémonos en el banco", dijo Chloe, avanzando a grandes zancadas.

La seguí y me senté en el banco del parque, que tenía una bonita vista. Puesto de perritos calientes oxidado o no, pagaría noventa y dos dólares de propina por las vistas.

"¡Cógelo!", me instó y me puso el perrito caliente delante de la nariz. No olía tan mal como había temido. Al contrario, se me hizo la boca agua.

Después de darle un buen mordisco a su perrito caliente, soltó un gemido que intenté ignorar. Seguí observándola mientras devoraba el perrito caliente hasta que me observó.

"¿Por qué no comes?" De la comisura de sus labios colgaba una salsa que quería lamer. El delicioso sabor de la noche anterior, cuando la había besado, seguía en mi lengua.

"Los perritos calientes no son exactamente mi comida favorita", le dije con un gesto.

"Este perrito caliente es una revelación en sí misma", replicó Chloe tan dura como el hierro. Hank podía estar realmente orgulloso de su lealtad. Nunca conocí a un socio que me fuera la mitad de leal que Chloe. "Realmente lo halagas".

"Nada menos sería apropiado. Y ahora, muere de una vez".

Le hice un favor a Chloe, me arremangué y probé una esquinita.

Maldita sea. Fue una revelación. Era, con diferencia, la mejor comida que había probado en media eternidad. La comida callejera de ocho dólares, de entre todas las cosas, rivalizaba con el tartar de ternera Wagyu de la antepenúltima Gala de San Valentín. Papá se iba a quedar alucinado cuando se lo contara. "¿Lo ves? Eso es lo que he dicho". Sonrió satisfecha antes de seguir comiendo.

"Sí, sí. Tenías razón, el perrito caliente sabe bien". A nadie le gusta admitir que se equivoca, y yo no fui una excepción.

Enseguida me di cuenta de que gastaba miles de dólares al mes en comida que no necesitaba. Había heredado la afición de papá por el vino caro y la buena carne, así que nunca se me había ocurrido comer fuera de los restaurantes de lujo.

"Estoy viendo exactamente lo que piensas en tus ojos, Eben".

Me encantaba cuando decía mi nombre. Lo pronunciaba inconfundiblemente, como nadie. "Ah, sí, ¿en qué estaba pensando?". La miré y me preparé para un desafío que tenía que contrarrestar.

"Lo de siempre. *Soy multimillonario y uso comida multimillonaria* y todo eso".

Su imitación, que para mi horror era bastante buena, me hizo sonreír.

"¿Así que crees que toda mi vida gira en torno al dinero?", pregunté.

"¿Me equivoco?", replicó ella con una pregunta. Mientras yo aún comía mi bocado revelador, Chloe casi se había terminado el perrito caliente.

"El dinero desempeña un papel importante, sí", admití con sinceridad. "No llevo una mala vida por ello". "No está mal, quizá, pero es solitario". Dio el último bocado y se lamió los dedos. Maldita sea, no tenía ni idea del efecto que eso tenía en mí. No lo hizo conscientemente, pero la forma en que se pasó la lengua por las yemas de los dedos hizo que se me pusiera la polla dura al instante.

"No puedes saber si me siento solo". Mi voz sonaba extrañamente sincopada.

Cloe hizo una mueca como si hubiera probado algo amargo.

"Siempre es lo mismo. Al final del dinero, todo el mundo se siente solo. Casi se podría decir que es una ley de la naturaleza".

Algo había ocurrido, pero ella no estaba dispuesta a hablar de ello. Quería demostrarle aún más que estaba equivocada.

"Bueno, no importa". Se sacudió a un lado sus pensamientos secretos, bajó la mirada y puso unos ojos enormes. "¡Cuidado con la salsa!"

Había estado tan hipnotizado con ella que no me había dado cuenta de que la salsa especial de Hank corría por mi muñeca y se acercaba peligrosamente a mi traje. Por necesidad, Chloe se inclinó hacia delante y lamió la salsa.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no reaccionar ante su lengua. ¿En qué estaba pensando? Se lamió los labios, se limpió un poco de salsa de la comisura de los labios y me sonrió. "Peligro evitado".

No, había ocurrido lo contrario. Chloe me había dejado muy claro que no podía resistirme a su atracción. Me di cuenta de que no era el perrito caliente, sino ella. La visión que Chloe tenía del mundo aportaba un sabor completamente nuevo del que no podía saciarme.

Toda la situación me hizo estremecer. Yo era *Scrooge* Valentine, ¡no desperdiciaba ni un pensamiento en sentimentalismos!

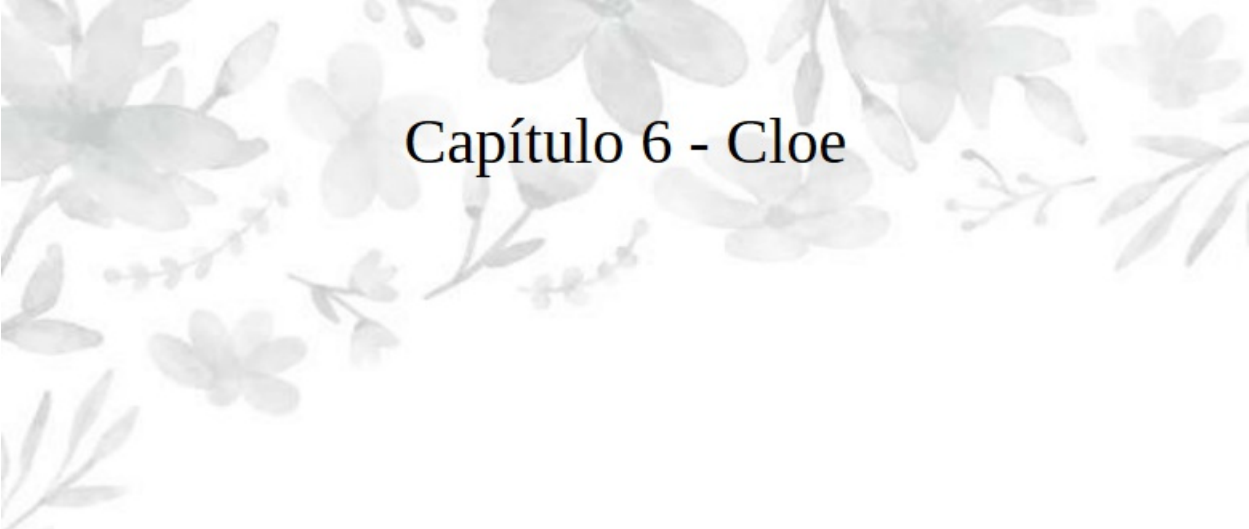
Quizá ése era el problema. Quizá yo era demasiado *Scrooge* para una chica que no valoraba el dinero. Oí la voz de Happy en mi oído diciéndome que debería intentarlo a su manera.

Diablos, estaba tan desesperado que me agarré a la última paja: la estrategia del infantil de mi hermano. "Te creo que no valoras el dinero, Cloe. Pero apuesto a que no querrás prescindir de mi riqueza cuando hayas aprendido a amarla".

"¿Apuestas conmigo?". Ella frunció el ceño.

¿Por qué a Happy le resultaba tan fácil esto de las apuestas? Me atrajo con los retos más estúpidos, cuyas apuestas no nos importaban de todos modos. Estúpidamente, se trataba de algo más que del honor entre hermanos. Podría cambiar por completo la vida de Chloe y, aunque estaba seguro de ganar, calculaba que aún se guardaba alguna que otra sorpresa en la manga.

"Te apuesto lo que quieras a que, después de dos semanas conmigo, no querrás vivir ninguna otra vida", dije con firmeza y vi cómo sus pensamientos se agitaban tras sus ojos, abiertos como platos.



Capítulo 6 - Cloe

No sabía dónde tenía la cabeza. Eben me había cogido por sorpresa con su apuesta. No quería soltarme. Le había dejado muy claro lo que pensaba de su estúpido dinero.

Mientras yo meditaba mi respuesta, él seguía comiéndose su perrito caliente. Por primera vez en toda mi vida, tuve la sensación de que el perrito caliente de Hank no me sentaba bien. Pero no era la salsa especial, sino Eben lo que me revolvía el estómago.

Estuve tentada de aceptar la apuesta. No por los lujos, de los que me alegraba prescindir, sino para demostrar a Eben que el dinero no lo era todo.

"¿Aceptas la apuesta?", me preguntó. Sus ojos oscuros brillaban expectantes y se me puso la piel de gallina. Tenía esa *mirada de "siempre consigo lo que quiero"* que me ponía los pelos de punta. "Dos semanas, no se puede conocer a alguien en tan poco tiempo", le contesté. Eso puede funcionar en las novelas románticas, ¡pero no en la vida real!

"Por lo que a mí respecta, tres semanas", me dijo Eben secamente. Siete días más apenas suponían una diferencia. Pero ¿realmente necesitaba más tiempo para demostrarle que no me interesaba su dinero? Difícilmente.

"Participaré en tu apuesta", dije con calma.

"Estupendo". Parecía sorprendido de que hubiera cedido tan repentinamente. Evidentemente, esperaba una pelea mayor. Sí, había cedido, pero había una gran trampa que no le iba a gustar. Terminó su perrito caliente, se frotó las manos con una servilleta y se puso a salvo.

Mal pensado, Eben, no cedí tan fácilmente.

"Pero apostamos según mis condiciones". Intenté parecer lo más profesional posible, porque negociar no era lo mío.

Su expresión se relajó y pareció casi aliviado de que yo no fuera tan fácil de conquistar como pensaba. "Hacía mucho tiempo que nadie me exigía nada". La voz de Eben era áspera y sombría,

lo que me produjo un agradable escalofrío. Mi corazón revoloteó excitado. Por suerte, sólo se trataba de resistirme a su dinero y no a sus ojos marrón oscuro. Nunca podría hacer esto último, ya estaba fracasando ahora mismo en ello. "¿Quieres decir que, aparte de tu padre, quién quiere verte casado para la próxima Gala de San Valentín?", pregunté con inocencia. Por supuesto que había oído el discurso de Valentín padre. El tipo tenía un carisma que había transmitido a todos sus hijos.

"Eso es diferente, pero sí. Sácalo, ¿qué quieres?". Eben se sentía incómodo hablando de esto, eso estaba claro. No podía evitar preguntarme por qué seguía soltero. Estaba buenísimo, tenía dinero de sobra y una reputación que le precedía. Tenía que gustarle a medio Nueva York. Era un misterio para mí por qué quería demostrarme algo a mí de entre todas las personas, cuando había millones de mujeres que habrían aceptado su oferta de inmediato.

"Viviré contigo la mitad del tiempo, pero la otra mitad te quedarás en mi piso compartido", dije con firmeza. No había otra opción. Eben quería demostrarme lo grande que era su dinero y yo quería demostrarle que estaba equivocado. No necesitabas miles de millones en tu cuenta bancaria para tener una vida que mereciera la pena. "Hablas en serio, ¿verdad?". Eben sonrió de forma ladeada mientras intentaba leerme la mente. "Puedes apostar tu vida por ello".

"Me parece bien, puedo convencerte en menos de una semana de que ya no puedes vivir sin mi riqueza". "Pueden pasar muchas cosas en tan poco tiempo", susurré con una sonrisa.

Eben me tendió la mano y yo la cogí.

Fascinante. Ambos estábamos convencidos de que el otro estaba equivocado. Por un instante se me pasó por la cabeza la idea de que ambos podíamos estar equivocados, pero la deseché. Había visto la verdadera cara de la riqueza y no tenía ninguna duda de que el dinero no era bueno.

"Entonces está decidido, Chloe. Y como yo he lanzado la apuesta, vendrás conmigo primero". Ahora era Eben quien no me dejaba ninguna duda sobre lo serio que iba. No tuve inconveniente en ir con él. Para ser sincera, me interesaba mucho saber cómo vivía Eben. Un piso podía revelar mucho sobre el carácter de una persona. Me encantaría conocer al *verdadero* Eben, lejos del lujo, los trajes de diseño y el champán de cincuenta mil dólares. "Sólo necesito ir a casa a recoger mis cosas", dije y me levanté de un salto.

"No hace falta, te compraré ropa nueva".

"No puedes comprar la sensación de mis pantalones de jogging favoritos". Los pantalones habían sobrevivido a un maratón de Juego de Tronos, eran prácticamente indestructibles y se ajustaban perfectamente. "Puedes comprar cualquier cosa".

"Mi ropa vieja aún me sirve", respondí contrita. "Pero bueno, tu dinero, tu decisión". Reconocí la derrota, pero sólo porque Eben tenía ventaja hoy. Las cosas serían diferentes mañana, cuando volviéramos al piso compartido.

Mia se iba a quedar de piedra cuando se lo contara. Pero primero tenía que ordenar mis propios pensamientos antes de contárselo a mi mejor amiga.

"Dame tu smartphone para que pueda guardar mi número". Eben me tendió la mano, exigente. Frunciendo el ceño, le hice el favor.

"Envíame una foto de tus pantalones", dijo exigiendo.

Le hice un favor y le envié una foto de Mia y yo sonriendo irónicamente a la cámara en uno de nuestros sábados de palomitas de caramelo.

A continuación tecleó un código de marcación rápida. La llamada fue contestada al primer timbrado. "Florence, anula todas las citas de hoy y envía a Vic a la cuarenta y dos".

Aunque no entendí las palabras exactas, pude oír lo disgustado que estaba Florence. Pero Eben no se molestó y colgó.

De repente, todo sucedió tan deprisa que me sentí mareada.

"¿No crees que nos estamos precipitando un poco?", pregunté.

"¿Te arrepientes de tu decisión?" Me miró profundamente a los ojos y mis piernas empezaron a temblar. Por Dios, todo mi cuerpo se volvía loco cuando Eben estaba cerca de mí y no podía hacer nada para evitarlo. *¡Esto tiene que acabar, Chloe!*

"No", respondí con voz firme.

"Yo tampoco. Así que no nos adelantemos".

En realidad no era un argumento, pero su sonrisa me alivió.

Salimos del parque y subimos a una limusina que nos esperaba en la Cuarenta y Dos. Eben tecleó en su smartphone durante la mitad del trayecto sin mirarme. Intenté no pensar demasiado en ello, pero me quedé mirando por la ventanilla hasta que no pude soportarlo más.

"¿Qué haces?", pregunté.

"Sólo estoy llenando tu armario".

"Mañana verás que tengo un armario rebosante", le contesté. En realidad, mi armario estaba bastante lleno porque no tenía valor para tirar mi ropa vieja, aunque hacía años que no me ponía la mitad de ella. "Me refiero a tu armario de mi piso". Me sonrió por encima de su smartphone. Me invadió una sensación de inquietud.

"¿Tengo mi propio armario?" Poco a poco me di cuenta de en qué me había metido. Me estaba dando un lujo durante tres semanas, lo quisiera o no.

"En realidad, es un vestuario", Eben mejoró su afirmación.

"¿Eso está en mi habitación?", pregunté.

"En *nuestro* dormitorio".

"¿Nuestra habitación?" Me quedé con la boca abierta.

"Nunca tengo visitas que se queden a pasar la noche. ¿Por qué gastar dinero en una habitación que nunca se utiliza?"

"Suená plausible", me oí decir. Él y yo, juntos en una cama. Dios mío. No sabía si reír o llorar. Me encantaba su cuerpo musculoso y lo deliciosos que sabían sus labios, pero dormir en una cama con él me parecía mal. No, no estaba mal... me sentía bien, ¡y eso estaba mal!

¿Cómo iba a convencerle de que el dinero no importaba si me besaba en silencio? Me sentía impotente ante tales argumentos.

"¿Tengo que hablarle bien de ti a tu jefe?", preguntó Eben, como salido de la nada.

"No hace falta". Con todo el alboroto, me había olvidado por completo del señor Vásquez. "Me alegro de que todo haya ido bien".

"Creo que ocurrió lo contrario. Nos despidieron a Mia y a mí".

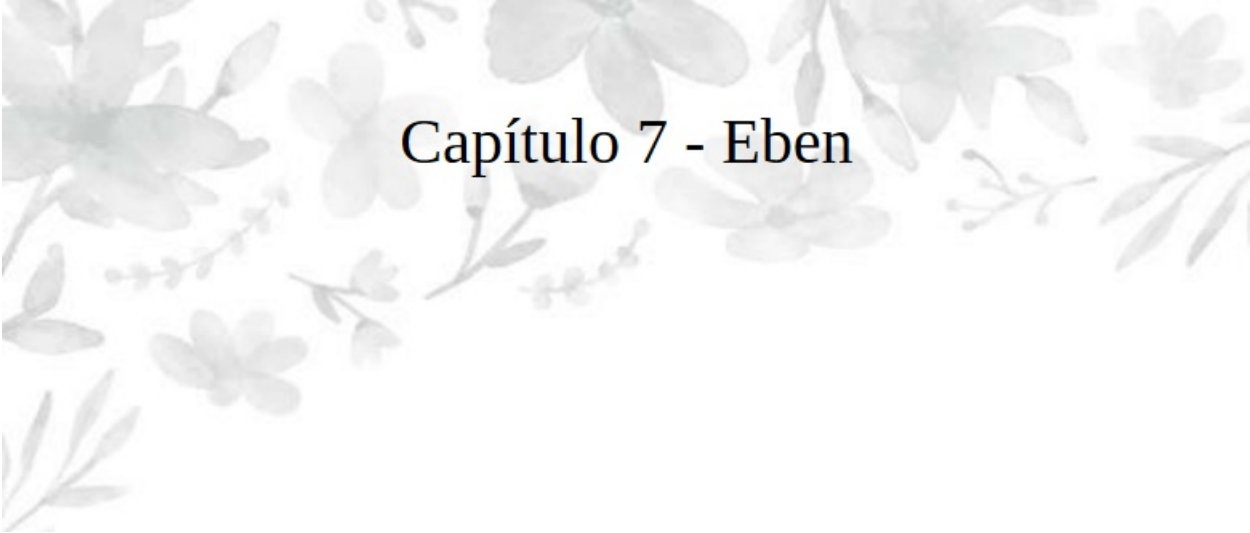
"¿Por qué?" Su mirada se oscureció tanto que me propuse no enfadarlo nunca tanto como ahora. No sobreviviría si una mirada así fuera para mí.

"No es importante, llegamos a fin de mes. De todas formas, se suponía que ese trabajo sólo era un trampolín para construir algo propio". Eben levantó las orejas. Apartó el smartphone para que yo tuviera toda su atención. "¿Recuerdas las esculturas de hielo de la boda de tu hermano?"

"¿Las haces tú?", preguntó incrédulo.

"Sí". Saqué pecho con orgullo y disfruté del reconocimiento que me brindó Eben. "Eso siempre ha sido lo mío". Incluso hoy siento pena por mamá, porque le tallaban algo para cada ocasión, hasta que descubrí mi pasión por las esculturas de hielo.

Nuestra casita de Mobile estaba llena de ellas, pero mamá se negaba a tirarlas porque estaban hechas con amor. El coche frenó delante de un enorme rascacielos con fachada de cristal y Eben me miró expectante. "¿Lista para entrar en un mundo nuevo?"



Capítulo 7 - Eben

Llevé a Chloe al desván que había comprado con mis primeros millones ganados por mí mismo. "Vaya, ¿no te sientes perdida con tanto espacio?", me preguntó mientras estábamos en la sala de estar de planta abierta. El salón y la cocina fluían perfectamente el uno con el otro y yo tenía una vista perfecta del horizonte de Nueva York sobre el río Hudson desde la ventana panorámica.

"Al contrario, podría ser incluso mayor", respondí. En los últimos años, había hecho arrancar algunas paredes para ampliar el espacio. Me había ganado la burla de Addam porque yo mismo había dado el mazazo para ahorrar costes. Por supuesto, podría haber comprado un nuevo desván, pero los precios de los inmuebles se habían disparado tanto que habría sido una propuesta perdedora. No podría pasar ni un minuto tranquilo en un ático que me costara más de lo que ganaba.

"¿Más espacio? ¿Para qué?" Chloe me miró con incredulidad.

"Me gusta". La seguí hasta el salón y me apoyé en la isla de la cocina, que apenas se utilizaba. Un chef privado me costaba más que salir a comer fuera.

"Entonces tendremos que comprar unos cuantos focos más para mi piso compartido, para que no te entre claustrofobia", murmuró ella medio en voz alta.

Tropezó por mi piso como un cervatillo tímido, como si hubiera un lobo al acecho.

Cuando lo pensé, el lobo era el mal menor si estaba yo en la habitación.

Convencer a Chloe de que el dinero era importante fue fácil. Mantenerse alejado de sus labios melosos era lo difícil.

Se colocó frente a mí, me miró con los ojos muy abiertos y estaba a punto de decir algo cuando su mirada se desvió detrás de mí.

"Dios mío, ¿qué es esto?" Estaba completamente indignada. Me volví inquisitivamente y busqué algo inusual, pero no encontré nada.

"¿Qué quieres decir?" Por mi vida que no podía entender qué le estaba pasando.

"¡Eso!" Señaló mi nevera, lo que la hizo jadear.

"Un frigorífico. Se utiliza para enfriar la comida".

"Sé lo que es una nevera", dijo resoplando. "¡Sólo que no sé lo que es eso otro!".

"Un frigorífico con mucho espacio y una máquina de hielo".

"¿Sabe hacer cubitos?" Chloe me miró, atónita.

"Cubitos de hielo, hielo picado y hielo de agua. ¿Te apetece probar?"

"Me pondré en contacto contigo con respecto al hielo".

Chloe, vacilante, empezó a retroceder. Pude ver en sus ojos cómo luchaba por aceptar mi oferta después de todo. Nunca habría imaginado que la criptonita de Chloe fuera mi nevera. Casi, porque tenía otras armas secretas que podía utilizar descaradamente para derretir su corazón.

Cuando llegase la ropa, ya habría ganado.

Me acerqué al ventanal y Chloe se unió a mí.

"Me encanta esta vista", dije. Por muy estresante que fuera en la Torre Valentine, esta panorámica me tranquilizaba. Mi piso era uno de los más altos de la Gran Manzana, así que la vista siempre me recordaba lo que ya había conseguido por mi dinero.

Por el rabillo del ojo, vi que los párpados de Chloe se volvían más pesados y escondía un bostezo. "¿Cansada?", pregunté.

"Más bien agotada. Hoy ha sido mucho para mí".

"Entonces tengo justo lo que necesitas", le dije. "Ven conmigo".

La cogí de la mano. No porque el camino al baño fuera complicado, sino porque había disfrutado de la forma en que ella había tirado de mí hasta el cuarenta y dos. Me sentí bien cuando nuestras manos se tocaron. La bañera gigante con chorros de masaje había hecho latir más rápido el corazón de todas las mujeres hasta el momento. Esta vez Chloe no fue una excepción.

"Me vendría muuuuuy bien un baño caliente". Echó la cabeza hacia atrás y resopló.

Aunque se notaba que estaba agotada, seguía pareciéndome preciosa.

"Adelante". Como sabía que Chloe nunca tomaría nada por su cuenta, abrí el grifo y eché dos bombas de baño en el agua humeante.

Me di la vuelta a regañadientes porque mi honor de caballero me obligaba a ello. Me habría encantado ver cómo ladeaba sus curvas perfectas en el agua.

"Gracias, Eben". Su voz no era más que un suspiro, despertando en mí necesidades profundas que había ignorado durante demasiado tiempo.

"Cuando estés lista, ven al vestuario. Te entregarán la ropa en cualquier momento". Salí de la habitación antes de que pudiera contestar. De lo contrario, el relajante baño de burbujas habría quedado en nada, ya que otras necesidades ocupaban el centro del escenario.

Llevábamos juntos menos de una hora, pero me sentía como si la conociera desde hacía años. Empezaba a comprender su comportamiento, aunque no tenía ni idea de *por qué se comportaba así*. Siempre que se trataba de dinero, algo indefinible se reflejaba en sus ojos azul hielo.

Mientras llevaban la ropa al vestuario, pasé el tiempo con pequeñas especulaciones bursátiles, porque como trabajaba en la planta cuarenta y nueve, las acciones que me interesaban no eran más que cacahuetes. A mis ojos, las acciones que valían más de veinte millones eran demasiado volátiles y, por tanto, conllevaban un alto riesgo de pérdida.

Entré en el probador y, como siempre, todo estaba dispuesto para mi satisfacción. En cuanto Chloe viera la selección de marcas exclusivas, ya no querría más pantalones de chándal.

Esto parecía una de las apuesta extravagante de Happy, un pantalón de Primark en mi casa. Puse los pantalones más atrás para que Chloe tuviera que rebuscar primero en Chanel y Prada. Incluso había conseguido un vestido de verano de Brando Bertani, lo cual era casi imposible con tan poca antelación y sin una visita a su boutique si no disponías de los fondos necesarios.

Los pies descalzos de Chloe resonando en el suelo de mármol la anunciaban. Estaba envuelta en uno de mis albornoces, que le quedaba demasiado grande, y el pelo secado con toalla le colgaba alborotado sobre la cara. "Pareces relajada", le dije.

"¡Y cómo! No había estado tan relajada desde anteayer".

No me dio explicaciones, pero estaba radiante.

"¿Te refieres al invierno en que Nueva York sufrió la primera tormenta de nieve en octubre?", pregunté. Sólo de pensar en aquel tiempo terrible me estremecí.

"Exacto. Nunca he conseguido bloques de hielo tan baratos para trabajar".

Sonreí porque estaba compitiendo con mi apodo.

"¿Quieres vestirme?" Mi sonrisa se ensanchó porque me moría de ganas de darle a Chloe una muestra de las riquezas que le esperaban. Después de aquellos veintiún días, sería fácil ganarse a Chloe y hacerla pasar por mi novia para que papá se callara.

"¿Cuál es para mí?", preguntó.

"Todo", dije, encogiendome de hombros.

Parpadeó, irritada. ¿"Todo"? Lo único que quería era un pantalón de chándal. Y quizá algo de ropa interior". "Y te mostraré las ventajas de Chanel y de la ropa a medida. No dudes en echar un vistazo". Con cuidado, como si las telas fueran alas de mariposa, Chloe miró la ropa que le había

comprado. El inventario me había costado setenta y cinco mil dólares. Pero la expresión de la cara de Cloe cuando se dio cuenta de que yo tenía razón no tuvo precio.

Se detenía más tiempo en un vestido u otro y cada vez yo contenía la respiración. Pero, para mi vergüenza, después de su recorrido se decidió realmente por los malditos pantalones de jogging. Increíble. Le ofrecí tejidos con los que sueñan la mayoría de las mujeres y ella me dio jaque mate con trastos de Primark de siete dólares. "¿Qué pasa?", me preguntó mientras se me escapaban las facciones para todos los lados. "¿De verdad crees que vales tan poco?"

"¿Qué clase de pregunta es ésta?" En sus ojos brillaba una ira inconfundible.

"Una más que justificada, Chloe".

Me miró indignada, como si la hubiera expuesto desnuda al mundo. Pero sólo le había abierto los ojos a ella misma. Y un poco para mí también, porque ella no se merecía el apodo de *Scrooge*. Era todo lo contrario a mí. "Estás exagerando". Me hizo un gesto con la mano y quiso salir de la habitación, pero la agarré de la muñeca. "¿Cuánto tiempo puedes permanecer desinteresada hasta que no quede nada de ti?"

"¡Ahora sí que exageras!". Intentó apartarse, pero resistí sus movimientos sin esfuerzo. "Hazme un favor y ponte al menos uno de los vestidos".

"¿Para qué? ¿Para que puedas ganar tu estúpida apuesta?"

"No, para que puedas hacer algo que sea sólo para ti". La miré profundamente a los ojos. "Quizá también un poco para mí", admití. Mis intenciones no eran tan altruistas. Chloe era un diamante en bruto que sólo necesitaba ser pulido.

La mirada de ella se suavizó.

"Vale, vale, me pondré uno de tus vestidos. Luego me dejas a solas con él, ¿vale?".

Alcancé infaliblemente un vestido amarillo de verano. Como estaba tan concentrado en asombrarla, olvidé mis modales. Sólo me volví cuando Chloe carraspeó.

Respiré lenta y profundamente porque me gustaba la idea de que Chloe estuviera desnuda detrás de mí. "Puedes volver a darte la vuelta", dijo mansamente y yo me giré.

"Adorable", respondí secamente, porque me había quedado sin palabras. El vestido estaba hecho a su medida y realzaba sus curvas de un modo que apenas podía contenerme.

"Quizá me gustaría probarme uno de tus vestidos antes de ponerme los pantalones de jogging", dijo con expresión inocente. Sonriendo, le di la siguiente prenda y me di la vuelta de mala gana. Sabía que Chloe aún no llevaba ropa interior porque no había sacado ninguna del cajón. Así que allí estaba yo, de espaldas a ella, y lo único que me separaba de sus partes más sagradas era una tela vaporosa. Estaba aún más despampanante con el siguiente vestido y por fin admitió que le

había gustado el desfile. Quizá aún no en voz alta, pero el brillo de su rostro decía todo lo que yo necesitaba saber.

"¿Qué tal otro vestido?", pregunté con una sonrisa.

"¿Qué mujer diría que no a eso?". Me miró con seriedad. "Lo hago porque es divertido. No porque sea ropa muy cara".

"Por supuesto". Todo en mí se resistía a darle la razón, aunque fuera obvio. Pero sabía que tenía que perder algunas batallas para ganar la guerra, o en este caso su mano.

Con cada vestido que se ponía Cloe, la sensación de volver a arrancarse la ropa se hacía más urgente. "No me había dado cuenta de lo divertido que es meterse en otros papeles". Chloe giró sobre su propio eje. Parecía una bailarina con el vestido de tela rosa.

Me coloqué detrás de ella para que pudiera ver mi expresión seria en el espejo.

"No es un papel, Chloe. Eres tú".

"No". Sonrió con tristeza. "No quiero ser así".

"¿Cómo que no quieres serlo?". Para recalcar lo que quería decir, la agarré por los hombros y la empujé más cerca del espejo del suelo al techo. El aire empezó a crujir. "¿No quieres ser impresionante? ¿Radiante?" Chloe negó con la cabeza. "Alguien que se reduce a sí mismo y a los demás al precio de su ropa". "Aquí nadie te reduce a eso". Arrugué la frente.

"Puede que aquí no".

"Entonces, ¿dónde?" La miré profundamente a los ojos hasta que apartó la vista de mí y se quedó pensativa mirando al suelo. Ahora estábamos más cerca. Aunque para ella era fácil soltar la lengua, había cosas que guardaba bajo llave... y yo realmente quería la llave de esas puertas, de todas.

"No importa, es complicado". Me di cuenta de que no quería hablar de ello y de que utilizaba lo *complicado como salida de emergencia*. Sentí curiosidad por preguntar más, pero di un paso atrás para no asustar a Cloe; al fin y al cabo, aún tenía tiempo más que suficiente para averiguarlo todo sobre ella.

Sin embargo, no vi este rechazo como una derrota, sino todo lo contrario. Ahora sabía que su actitud no tenía nada que ver con su carácter, sino con sus experiencias pasadas.

Chloe echó la cabeza hacia atrás, respiró hondo y esbozó la misma sonrisa que tenía en la boda de mi hermano. Puede que otros se lo creyeran, pero yo sabía cuándo sonreía de verdad y cuando era falsa. "¡Date la vuelta!", me ordenó mientras sacaba un vestido rojo de la percha.

Le hice el favor. No porque recibiera órdenes -maldita sea, era una Valentine-, sino para darle tiempo a bloquear los pensamientos que nublaban sus ojos.

"Um". Se aclaró la garganta, casi avergonzada en comparación con su tono autoritario de antes.
"¿Podrías echarme una mano?"

Me di la vuelta. Estaba de pie, de espaldas a mí, esperando a que le subiera la cremallera. *Maldita sea*. La cremallera llegaba tan profundo que ya no necesitaba imaginación para su trasero. Inspiré bruscamente antes de coger la cremallera con la mano. Lentamente, para no herir a Chloe, cerré su vestido. Con cada centímetro que recorría por su impecable espalda, me resultaba más difícil mantener el control. ¡Ánimo, Valentín! Es más fácil decirlo que hacerlo. Como tardaba tanto, Chloe me miró expectante por encima del hombro.

Contuve la respiración para que su dulce aroma no me empañara, cerré el vestido y retrocedí tres pasos. "Discúlpame un momento", dije y salí del vestuario.

Necesitaba refrescarme y lo necesitaba ya. Fui directamente a la nevera, llené un vaso con cubitos de hielo y agua y me lo bebí. ¿Mejoró algo? Ni por asomo. Aparte del dolor de estómago, el agua helada no me había refrescado. Mis pensamientos seguían desbocados mientras mi erección me oprimía dolorosamente los pantalones.

"¿Estás bien?" oí la voz de Chloe detrás de mí.

"Todo va bien", mentí. Ella se aferró al albornoz en el que estaba envuelta. "¿Por qué te has quitado el vestido?". "Pensé que te incomodaba". Se encogió de hombros y pareció deprimida.

"¿El vestido?" me reí sombríamente.

"Sí", respondió Chloe mansamente.

"¿De verdad no te imaginas que fueras tú?", pregunté. Mi tono era divertido, pero mi voz estaba tan extrañamente llena y grave que no me reconocía en ella.

"¿Te hago sentir incómodo?". Hizo un gesto de culpabilidad.

"Todo lo contrario". ¿De verdad era tan ingenua que no veía el efecto que tenía en hombres como yo?

La deseaba tanto que me sentía fatal porque luchaba con uñas y dientes contra mi derecho de propiedad. Si no averiguaba pronto con qué podía sobornarla, iba a perder la cabeza.

Su naturaleza inocente me hacía desear hacerle las cosas más depravadas.

"No lo entiendo, Eben".

"Creo que entiendes perfectamente lo que quiero decir". Dejé el vaso y me detuve delante de Chloe. "¿Verdad que sí?"

Chloe intentó esquivarme, pero la isla de la cocina se lo impidió. La había arrinconado y le enseñé los colmillos. Esto debería haber dejado claro que no toleraría ninguna excusa, sino que quería que me dijera la verdad. "Sea lo que sea *lo que hay* entre nosotros, deberíamos ignorarlo".

Fascinante. Chloe decía una cosa, pero yo sabía perfectamente que quería otra cosa. Ella no quería ignorarlo más que yo. Simplemente se había convertido en *algo nuestro* el no estar de acuerdo el uno con el otro.

"¿Por qué? ¿Importa para nuestra apuesta?", respiré contra sus labios.

"Eso no", susurró ella.

"¿Pero...?" Me moría por oír su respuesta para poder aplastarla. Dijera lo que dijera, estaba preparado para cualquier cosa.

"La cuestión es si podemos separar ambas cosas".

"Yo sí puedo. ¿Y tú?" Al fin y al cabo, sólo era sexo. ¿Qué iba a pasar? No iba a perder mi apuesta sólo porque estuviera desesperado por follarme a Chloe. Ni ella ganaría porque me sedujera.

"Probablemente tengas razón", admitió finalmente para sí misma. Eso me bastó para arrancarle el maldito albornoz del cuerpo y subirla a la isla de cocina.

Mis ojos ávidos inspeccionaron cada centímetro de su cuerpo impecable. Abrí sus piernas y me coloqué entre ellas. La visión de sus pechos me volvió loco. No sé por qué, pero esas sensaciones me eran ajenas. Siempre me tenía bajo control, pero cuando Chloe estaba cerca de mí, mi control de impulsos era nulo. Me suplicó que se la follara con los ojos, pero yo tenía otros planes. Cogí un cubito de hielo del vaso y se lo pasé por el muslo.

"¡Oh, Dios!" Gimió y quiso levantarse, lo que mi mano sobre su vientre impidió con facilidad.

"Él no tiene nada que ver. Di mi nombre".

"¡Exacto!", gritó cuando el cubito de hielo le llegó al estómago.

"Así está mejor". Sonreí con satisfacción y tracé dibujos en su cuerpo. El hielo dejó un rastro de piel de gallina y rocío y, cuando llegué a sus yemas, la respiración de Chloe se aceleró.

Las miradas de muerte se clavaron en mí mientras presionaba el cubito de hielo contra su rígido pezón. "Creía que querías probarlo".

"¡No de esta manera!", le espetó con los dientes apretados.

"Oh, entonces debo haberte entendido mal".

Cogí otro cubito de hielo del vaso. Ahora ambos recorrían su cuerpo. Estaba caliente y fría al mismo tiempo y creí saber que en su interior se agitaban todo tipo de sentimientos. Para mí no era diferente. Quería tomarla de tal forma que fuera irrevocable.

Mierda, ¡quería tomarla de tal forma que todos los demás hombres se dieran cuenta de que Chloe sólo me pertenecía a mí! ¿Qué me estaba pasando?

Chloe ladeó su brillante cuerpo y empujó sus caderas hacia mí. Una invitación que no pude rechazar. Me abrí los pantalones y liberé mi erección.

Cuando echó un vistazo a mi hermosa virilidad, jadeó. Hay que reconocer que se podría pensar que había sido favorecido por Dios. Era rico, guapo y tenía una polla muy grande.

Me froté contra su entrada y mojé mi dureza con su lujuria. Chloe estaba más que preparada para mí. Lentamente, la penetré hasta que se llenó de mí. Le di tiempo para que se acostumbrara a mí, porque Chloe se sentía muy apretada alrededor de mi polla.

Sólo cuando ella movió las caderas con exigencia, no pude detenerme. Agarré sus caderas y empujé. La forma en que me miraba era increíble. Tan llena de pasión y deseo... y también un poco de odio, porque se sentía tan bien, que tenía que estar mal. Al fin y al cabo, estábamos en bandos opuestos y cada uno de nosotros quería ganar.

Cuando el siguiente cubito recorrió el cuerpo de Chloe, ella se apretó aún más contra mí. Tan fuerte que quería correrme enseguida, pero me había propuesto follármela a fondo y no iba a parar hasta conseguirlo. Chloe me rodeó la cintura con las piernas para que mis manos pudieran seguir recorriendo su cuerpo. Sus pechos no cabían en mis manos, lo que me pareció el tamaño perfecto. Mi aliento bastó para acariciar sus sensibles pezones, que se endurecieron y se volvieron más sensibles bajo mis caricias. Su piel estaba fría, pero el aire que nos rodeaba seguía calentándose, alimentado por su mirada ardiente. Me encantaba la forma en que sus rizos rebotaban con cada empujón.

"Deberías llevar siempre el pelo suelto", susurré. Sólo de pensar en mí acariciándole el pelo suelto, inclinándole la cabeza hacia un lado y dándole los besos que deseaba, me ponía furioso.

"¡Y tú deberías ir sin camiseta más a menudo!". Se mordió el labio inferior mientras miraba exigente mi camiseta. Le hice un favor y me la abrí.

"Tu cuerpo es adorable, Eben". Sus palabras me provocaron un escalofrío como ninguna mujer había conseguido antes. Pero lo que me preocupaba aún más eran las sensaciones que me provocaba su tacto al pasar los dedos por mi estómago.

¡Sólo es sexo, Valentín! Me recordaba una y otra vez que era algo puramente físico y que el encanto de lo prohibido acabaría por dejar de ser interesante. Entonces volvería a pensar con claridad. Pero ahora no había que pensar en ello, lo único que quería era destrozar a Cloe para que todos los tíos supieran que era mía.

Mis embestidas eran cada vez más rápidas, alimentadas por los gemidos celestiales que anunciaban su orgasmo. Si había algo que deseaba más que correrme dentro de ella, era escuchar su clímax.

Cogí el último cubito de hielo a medio derretir y lo presioné sobre su punto más sensible. Chloe gritó horrorizada porque no sabía lo que le estaba pasando. Yo, en cambio, sabía exactamente lo que hacía y le proporcioné a Chloe el orgasmo de su vida.

"Ven a por mí", exigí con una sonrisa.

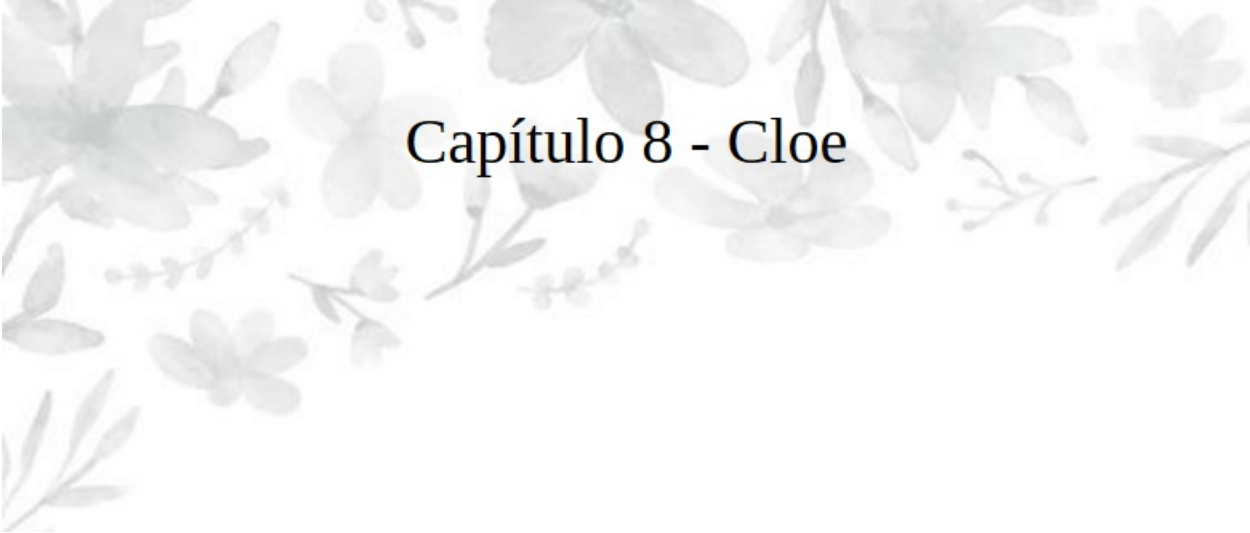
"¡Dios mío, Eben! No sé si podré correrme así". Sus uñas arañaron mis brazos.

"Tu coño me dice lo contrario". Froté su perla sin piedad y saboreé cómo se estrechaba a mi alrededor. Ni un segundo después, un orgasmo estalló sobre Chloe, llevándola al borde de la locura. La seguí empujando con fuerza unas cuantas veces más y luego bombeé mi oro dentro de ella.

Apoyé suavemente la cabeza en la parte superior de su cuerpo para recuperar el aliento. No porque estuviera físicamente agotado, sino porque su visión me había dejado sin aliento.

"Eso fue...", empecé, pero hice una pausa.

"... locura", Chloe terminó la frase, que yo no terminé.



Capítulo 8 - Cloe

"¡Ta-dah!. Este es mi piso compartido, siéntete como en casa", dije con un gesto de bienvenida y empujé la puerta para abrirla.

"Preferiría que no", murmuró Eben al entrar.

"No me lo tomaré como un insulto", refunfuñé. Sin embargo, la reacción de Eben no empañó la sensación de volver a casa. "Iré a ver cómo está Mia. ¿Puedes encargarte del café?"

"Sí". No parecía muy contento de tener que prepararse el café.

"¿Podrás hacerlos?", pregunté.

"No me lo tomaré como un insulto". Utilizó mis propias palabras contra mí, lo que me hizo sonreír. Me escabullí a la habitación de Mia, que seguía en la cama pero parpadeaba medio despierta al verme. "Buenos días, sol". Me lancé sobre ella y me metí bajo el edredón.

"No será bueno hasta que me haya tomado el café", murmuró, frotándose los ojos con sueño. A mí también me vendría bien. Aunque Eben se había tomado la mañana libre, se había levantado a las seis, no sé por qué. Otra *cosa de gente rica que me estaba* dando dolor de cabeza.

"Eben ya está preparando el café", susurré dichosa.

"¿Crees que podrá soportarlo?". Mia me miró, frunciendo el ceño.

"Si puede con la enorme parte italiana de su piso, entonces podrá con Molly".

"Sabes que primero tiene que ganarse el respeto de Molly".

Compré nuestra cafetera hace años en la casa de empeños de Abe, a dos manzanas de aquí. Tenía sus asperezas -literalmente-, pero un buen corazón. También hacía el mejor café del mundo.

"Dimei". Mia se incorporó y se limpió lo que quedaba de sueño en la cara. "¿De verdad vas a pasar aquí la mitad de tu apuesta?".

"¿Por qué, quieres librarte de mí?". Yo también me senté y me rodeé las rodillas con los brazos.

"Una mierda. ¿Pero un frigorífico con hielo, una bañera independiente con vistas al horizonte,

una *cama supertriple tamaño king*? No se suele tener una oportunidad así".

"Para empezar, es mejor que no me acostumbre a todo ese lujo. De todos modos, todo habrá acabado en tres semanas". Me encogí de hombros y me tragué el nudo que tenía en la garganta. Eben sólo había llegado a mi vida hacía unos días, pero ya me resultaba inconcebible que pronto volviéramos a separarnos. Había sacudido los cimientos de mi vida y eso me había dejado huella. "A menos que vuelvas a pensar en su especie de proposición de matrimonio". Levantó y bajó las cejas significativamente cada segundo.

"De ninguna manera, no soy una mercancía que se pueda comprar así como así. El dinero no lo es todo, eso es lo que intento decirle todo el tiempo".

"Cuando se trata de *dinero*, él también se está cortando los dientes contigo", respondió Mia con firmeza. "¿Eh?" No entendí sus palabras, pero antes de que pudiera explicarse, Eben irrumpió en la habitación. "Chloe, creo que la cocina está ardiendo".

"¿Está ardiendo?", pregunté, sorprendida.

"¿Y en vez de apagar el fuego, prefieres correr hacia nosotras?". No sabía si el cinismo de Mia nacía del miedo, pero no solía ser tan cabrona. En el calor del momento, le eché la culpa al pánico. Me levanté de un salto y salí corriendo.

Eben me sujetó por el brazo. "Ten cuidado".

Durante medio segundo, me permití saborear el hecho de que estuviera preocupado por mí. Luego intenté ver qué causaba el humo que reducía mi visión a medio metro.

"¿Qué has hecho?" Avancé poco a poco. Apestaba terriblemente, pero no veía llamas. Café", respondió. Me habría encantado estrangularle.

"¿Me estás diciendo que Molly es responsable de esto?"

"No sé, no conseguía poner en marcha la máquina. Para pasar el rato, metí los bagels en el horno". Inmediatamente abrí la puerta del horno y me golpeó el humeante olor a plástico.

"¡Dios mío, Eben! No puedes meter el envase en el horno!"

Cogí unos guantes de cocina y tiré la bandeja medio quemada al fregadero.

"¡Mia, no pasa nada!", grité desde atrás.

"¿Así que no quemó la cocina?"

"No, sólo nuestros bagels". Eché un último vistazo a los restos carbonizados y abrí todas las ventanas para deshacerme del humo antes de que saltaran las alarmas de incendio del pasillo.

"¿El cartel sigue entero?", siguió preguntando.

Eché un vistazo al orgullo de nuestra cocina, un póster de Hamilton firmado por el propio Lin-Manuel Miranda. Al lado había otro póster de Wicked, pero no estaba firmado.

"Sí", confirmé que el cartel estaba intacto.

Mia suspiró aliviada, pero también como si estuviera a punto de vomitar. Lógicamente, el plástico también me quemó los nervios olfativos.

"Bien, entonces nos abstendremos de lapidarlo y nos limitaremos a enviarle al *Paseo de la Vergüenza*", dijo Mia, señalando la puerta.

"Buena idea, eran nuestros últimos bagels", respondí.

"¿El qué?" Confuso, miró a un lado y a otro entre Mia y yo.

Me quedé boquiabierta.

"¿No me digas que has conseguido escapar de Juego de Tronos?".

"Espera, he oído hablar de eso antes... ¿se trata de un trono?". No hacía falta conocer a Eben para saber que no tenía ni idea de lo que estábamos hablando.

"¡Vaya! ¡Tienes enormes lagunas en tu educación!", solté.

"No tengo lagunas en mi educación". Me miró sombríamente.

"Te creeré si me dices quién era el cocodrilo de la última temporada del Cantante Enmascarado". Crucé los brazos delante del pecho desafiante y Eben capituló.

"Vale, tengo lagunas educativas cuya existencia nunca tendrá sentido".

Mia y yo nos miramos con la misma expresión, porque sólo había una forma de acabar con este desfase. "¡Necesitamos un maratón de series!", dijimos al unísono.

"He oído que necesitas bagels con más urgencia". Sacó su smartphone y lo apreté como si fuera una pistola cargada.

"Cuando se nos queman los bagels en el horno, vamos a la tienda de la esquina y compramos otros nuevos. De ahí la referencia al *Paseo de la Vergüenza*", intenté explicar. "¡Vestido!"

"Vestida, por supuesto, ¿cómo si no?".

Reprimí el reflejo de darme una bofetada en la frente con la palma de la mano. Por suerte, Mia se puso en primer plano.

"Y ya que estamos comprando bagels de todos modos, unos donuts tampoco nos vendrían mal. ¡*Tabby's Bakery* tiene los mejores de la manzana! Mataría por uno de sus donuts de cereza".

"Nunca sueles comer los que llevan cerezas", dije pensativa y encendí a Molly. Por nuestro aspecto, a todos nos vendría bien un chute de cafeína.

"Nueva regla: Eben se mantiene alejado de la cocina".

Eben se metió las manos en los bolsillos del pantalón y respiró hondo.

"Soy un buen cocinero, sólo que no conozco tus cosas baratas. Hay una gran puta diferencia".

"¿Tu ternera argentina no está envuelta en plástico?", bromeé con una sonrisa.

"No, con papel, porque es más respetuoso con el medio ambiente", respondió secamente. Uno a cero para Eben.

Para compensarlo, le tendí la primera taza de café y, cuando le dio un sorbo, gimió suavemente. Me di cuenta por su cara de que el sabor era una auténtica revelación antes de que volviera a poner su cara de hombre de negocios, sexy y serio.

"No pasa nada", dijo, pero yo sabía que no era así. La ronda seguía siendo para Eben, pero fue una pequeña victoria que Molly hiciera mejor café que su máquina de alta gama de Italia.

El estómago de Mia gruñó, comenté con una risita.

"Ésa es tu señal".

Asintiendo, Eben se puso la chaqueta y le acompañé hasta la puerta.

"Por cierto, así no me convences de que el dinero no importa", susurró en voz baja.

"Puede que no, pero al menos desayunamos bien". Quise plantarle un beso en la mejilla, peroladeó la cabeza y me robó un beso de verdad. Uno que indicaba que tenía mucha hambre. Estaba claro que para él no se trataba del desayuno.

Suspiré suavemente contra sus labios mientras me acurrucaba contra su cuerpo entrenado. Me gustaba besarle más de lo que estaba permitido. Sus labios seductores hacían tambalear toda mi misión. "¡Chicos, tengo hambre!", protestó Mia de fondo.

Me separé de él a regañadientes, pero no pude evitar pasarme los dedos por los labios para interiorizar su sabor. "Ya hablaremos de eso con más detalle", me susurró Eben guiñandome un ojo.

"Insisto".

Sonriendo, cerré la puerta, entré trotando en mi habitación y me puse mis pantalones favoritos. De vuelta en el salón, me senté junto a Mia, que dio un sorbo a su taza y consiguió mirarme al mismo tiempo, sacudiendo la cabeza.

"¿Qué?", pregunté encogiéndome de hombros.

"Sabes exactamente lo que estoy pensando, Chloe". Me miró provocativamente el pantalón de jogging. "¿Crees que pasarás hambre porque probablemente Eben tarde una eternidad en conseguir donuts?". "Buen intento. Si fuera diez años más joven y cien veces más ingenua, quizá hubiera funcionado". "Escupe lo que tienes en la punta de la lengua". Por supuesto que sabía lo que pensaba mi mejor amiga, pero quería que lo dijera en voz alta para poder contradecirla.

"Tienes un armario lleno de ropa cara y prefieres los pantalones más jodidos que has conseguido en las rebajas de Primark".

Me ajusté el dobladillo y no dejé que el hecho de que todo el mundo pareciera odiar mis pantalones me desanimara.

"Eso es exactamente lo que dijo Eben". Puse los ojos en blanco y bebí un sorbo de mi taza favorita, que se notaba que llevaba conmigo desde la universidad. Ya se había roto por la mitad y un trozo se había astillado del borde. Sin embargo, me negaba a tirar la taza.

"Me parece que tiene razón". Mia sonrió.

"Parece más bien que deberías comprometerte", repliqué, y la sonrisa desapareció de su cara.

"Chloe Rush, no puedes salir de ésta tan fácilmente hablando mierdas".

"¿Qué cosa?", pregunté inocentemente.

"Eso de que piensas que es un tío es guapísimo pero te niegas a admitirlo porque, *por desgracia*, es rico. ¿Qué te pasa, chica?".

Se sirvió un poco de caldo humeante y me ofreció un poco a mí también.

"¿Quién dice que no le di una oportunidad?", pregunté. Uy, en realidad no había querido mencionar el rollete de una noche de ayer.

"Espera... ¿lo has hecho?" Titubeó, me miró y saltó como una fiera. "¡Sí que lo has hecho! ¿Cómo he podido pasar por alto que has estado radiante toda la mañana?".

"Tu optimismo inquebrantable se me contagia cada mañana". Intenté parecer lo más inocente posible, pero ya no podía engañarla.

"No, estás radiante como sólo puedes estarlo cuando has pasado una noche muy caliente". "Por lo que a mí respecta: sí. Nos acostamos".

"Entonces, ¿es tan memorable como...?". Mia se mordió los labios un momento, como si casi se le hubiera escapado algo secreto. "¿Tan memorable como las cosas memorables que recuerdas?".

"Vaya, *memoria* es tu palabra del día, ¿no? No es nada del otro mundo", afirmé con naturalidad.

"Eres rara", replicó Mia. Hizo un mohín antes de escurrir su taza. "Hablemos, ¿qué pasa entre vosotros?". "No lo sé". Me encogí de hombros y fingí que no me afectaba no poder analizar mi situación. Si te era sincera, la incertidumbre de no saber qué pasaba realmente entre Eben y yo me estaba volviendo loca, pensó Mia "Entonces deberías averiguarlo cuanto antes". Me miró con una mezcla de pesar y lástima. A nadie le gusta verse atrapado entre dos aguas, y yo no era una excepción. Al menos mi mejor amiga tenía sentido común. "Lo haré, pero antes necesito una solución a nuestro problema de desempleo". Reprimí un suspiro al pensar que nos despedirían a Mia y a mí.

"Tienes una relación con un multimillonario, ésa es la solución".

Por desgracia, no era tan sencillo como Mia pretendía. Odiaba pensar en la marcha de mi padre y el dinero no dejaba de recordarme que la riqueza sacaba lo peor de la gente.

"Olvídalo, no voy a suplicarle dinero. He luchado toda la vida por mi cuenta, no necesito un caballero de brillante armadura que me salve". Puede que hubiera amargura en mi opinión, pero cuando se trataba de dinero, mi cerebro tapaba todo lo que decía por *razones de autoprotección*.

"Tampoco necesita una armadura brillante, basta con que tenga cheques que cubran sus gastos".

"Podemos arreglárnoslas. Tampoco hemos necesitado a un hombre en los dos últimos años". Le di una palmada alentadora en el muslo. Nunca habíamos dejado que eso nos desanimara, y no empezaríamos ahora, "No se nota, pero sólo hablas de ti cuando quieres". Mia inclinó la cabeza significativamente. "¿Por qué tú eludes hablar de alguien que te haya causado *recuerdos memorables*?"

El rostro de Mia adoptó una expresión que rara vez veía, pero antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta: el timbre estaba roto desde que nos mudamos.

"¡Por fin, me muero de hambre!", susurré, porque esperaba que Eben volviera.

"¡Espero que también haya traído bagels de sésamo, si no, puedes mandarlo directamente de vuelta!", me gritó Mia mientras corría hacia la puerta.

Para mi sorpresa, no era Eben, sino uno de sus hermanos quien estaba en la puerta. Recordaba muy bien su sonrisa irónica. Había sido el que más se había reído cuando Eben había tenido su involuntaria ducha de champán y había hecho honor a su apodo.

"¿Sí?", pregunté con cautela.

"Estoy bastante seguro de que estoy en el lugar equivocado, pero preguntaré de todos modos: ¿Está Scrooge aquí?"

"¿Scrooge?" Fruncí el ceño porque no tenía ni idea de lo que decía..

"Mi hermano, el avaro", continuó.

"¿Te refieres a Eben?", pregunté. Eben había mencionado que su hermano pequeño era un poco especial, y ahora lo estaba probando.

"Nadie le llama así, pero sí. Exacto". Happy pronunció su nombre como si nunca antes lo hubiera utilizado. "Yo le llamo así".

"¿Está aquí o no? Necesito hablar urgentemente con él".

"Sí, aquí está". Abrí la puerta para invitar a entrar al hermano de Eben. "Bueno, ahora no está, pero volverá enseguida. ¿Quieres entrar, Happy?"

"Genial, así que Eben me ha presentado y tú ya has memorizado mi apodo".

"Porque no sé tu verdadero nombre, de lo contrario te llamaría -como a tu hermano- por tu verdadero nombre". Me pareció bastante extraño no llamarles a los dos Sr. *Valentín*, los apodos eran para los amigos, no para los rivales y sus hermanos.

"Tampoco tienes por qué saberlo". Happy se desentendió.

"¿Quieres entrar ahora y esperar, o te cojo el recado?"

"Son asuntos importantes, esperaré. ¿Qué está tramando el corazón de mi hermano?", preguntó mientras entraba vacilante y miraba a su alrededor como si estuviera en una cocina de drogas en medio de la Cocina del Infierno y no en un acogedor piso. Sí, estaba un poco anticuado, pero lo habíamos hecho un hogar, con muchas mantas y luces de hadas que le daban buen alma al lugar.

"Va a traer de desayuno bagels y donuts", le contesté.

"¿Que está haciendo qué?" Happy me miró sorprendido.

No tenía ni idea de qué película estaba viendo, pero en el mundo de los Valentine, las cosas parecían ser diferentes que en el mundo real.

"Sí, la gente normal desayuna por la mañana", le dije y le conduje al salón.

"Nosotros también, pero hacemos que nos lo entreguen. Sobre todo el Sr. Tengo que comprobar la bolsa a tiempo". Me sonrió ampliamente hasta que estuvimos de pie en el salón.

"¿Contenta? ¿Mia? ¿Puedo presentaros?"

Ambos se miraron de forma igualmente críptica. Mi abuela habría dicho que parecían ardillas, lo cual resume toda la situación..

Sólo cuando Mia vio mi irritación se aclaró la garganta.

"Hola". Se levantó de un salto y salió del salón caminando hacia atrás. "Me encantaría quedarme, pero tengo cosas muy importantes que hacer. En mi habitación".

"Claro, las cosas importantes son importantes", respondió Happy.

"¡Tú lo has dicho!"

¿Qué estaba pasando aquí? Le dirigí a Happy una mirada de disculpa, aunque él se había comportado de forma igualmente extraña. Las *cosas importantes son importantes* -¿qué, en nombre de Dios? "Lo siento, mi amiga no es así normalmente. No sé qué le pasa".

En realidad, sólo había invitado a Happy a pasar porque Mia había hablado maravillas de él en la gala de San Valentín. Por lo visto, dos San Valentines en tan poco tiempo eran demasiado para ella. "¿Quieres tomar algo? ¿Café? ¿Cacao?"

"¿Cacao? ¿Parezco de doce años?"

"No, pero te comportaste así en la gala", se me escapó.

A diferencia de Eben, Happy tenía un carácter muy alegre. Incluso parecía que se tomaba mi afirmación como un cumplido, porque me sonrió irónicamente.

Fui a la cocina a prepararme una taza de cacao caliente.

"¿Eben trabaja siempre?", pregunté mientras hervía la leche. Mia se había cargado nuestro microondas porque se había olvidado una cuchara. Siempre había pensado que era sólo un rumor, ¡pero la cosa casi le explota en la cara! En su defensa, sin embargo, tuve que decir que en aquel momento también trabajaba como exterminadora y, por lo tanto, no tuvo tiempo para dormir durante tres días y tres noches seguidos.

"¿Quieres decir cuando no está jugando *al Gran Jefe* en la planta cuarenta y nueve o pegado a las noticias de la Bolsa?".

"Eso es exactamente lo que quiero decir". Su respuesta fue irónica, pero respondí de todos modos. "Tengo que decepcionarte, mi hermano es un poco pesado con el trabajo".

Eben me había advertido de que su hermano no se tomaba nada en serio, lástima que no me hubiera preparado para su visita. Había mil preguntas que quería hacerle a Happy sobre Eben sin parecer demasiado entrometida. "Creo que subestimas a tu hermano", dije mientras rebuscaba en el armario mis malvaviscos favoritos. "Nadie conoce a Scrooge mejor que yo". Happy se puso cómodo en el sofá. El cacao caliente no era lo mismo sin ellos.

"¿Por qué lo llamas así?", pregunté, sin aliento, porque había organizado medio maratón por la cocina hasta que por fin encontré lo que buscaba.

"No me digas que nunca has oído hablar del cuento de Navidad de Charles Dickens". "¿Eben odia la Navidad?" Le miré, frunciendo el ceño.

"O eres más ingenua de lo que pareces, o ..."

"¿Estabas de broma?" Sonriendo, apreté una taza en la mano de Happy antes de tirarme en el sofá con mi cacao. "Una bastante buena, en realidad", admitió con una sonrisa, "pero bromas aparte. Es imposible que Eben aguante en tu vertedero".

"¡Eh, yo no vivo en un vertedero! Tenemos luces de hadas"

"Perdón, claro que quería decir que no soporta vivir en un *vertedero inundado de luz*". "Bueno, no es el Hotel Renacimiento, pero aquí puedes sentirte como en casa, además, Eben me lo prometió". Miré a mi alrededor para asegurarme de que el piso compartido era tan acogedor como yo pensaba, y sí, lo era. El pequeño y acogedor paraíso.

"Te equivocas", dije con firmeza y sorbí mi taza tan seriamente como pude con cacao de malvavisco entre las manos.

Una amplia sonrisa apareció en su rostro. No necesitaba conocerle demasiado para saber que acababa de revolver una caja de Pandora.

"¿Quieres apostar a que Eben no aguantará aquí hasta la noche?". Me miró desafiante, por lo que me escondí detrás de mi cacao. Sus ojos verde-grisáceos tenían la misma mirada que los de Eben. "Vaya, realmente no tienes mucha fe en las promesas de tu hermano", dije contrita. Yo era hija única, pero Mia era bastante parecida a una hermana.

"No es nada personal, sólo mi instinto de jugador. Entonces, ¿quieres apostar?" Se sentó sin siquiera dar un sorbo a mi cacao.

"No apuesto". Bajé la taza de forma demostrativa y crucé los brazos delante del pecho. Happy sacó dos billetes de Powerball del bolsillo y me puso uno delante de las narices. "Te apuesto un billete de lotería a que esta noche, como muy tarde, estarás sentado en el jacuzzi de su azotea, porque se está volviendo loco".

Increíblemente, Happy se limitó a ignorar mi respuesta.

"¿Ninguno de vosotros, Valentines, sabe lo que significa un *no*?". Hay que reconocer que era un poco punzante, pero después de lo de Eben ya no podía tener más discusiones interminables sobre principios. "Puedes agradecérselo a papá, todos hemos heredado su tenacidad".

"Gracias, papá Valentín".

Happy se rió a carcajadas. "Que no te oiga llamarle *papá Valentín*, hasta nosotros tenemos que llamarle *señor*". "¿En serio?", pregunté, sorprendida. Inmediatamente me sentí fatal por haber hecho un juicio precipitado. Puse la cara más culpable que pude, lo que hizo que la risa de Happy fuera aún más fuerte. "Es broma. Papá es un poco gruñón y está pasando por una crisis de los cuarenta muy tardía que se nos está echando encima a Eben y a mí, pero lo hace todo con la mejor de las intenciones para la familia." "No tiene mucha gracia". Resoplé con fuerza para hacerle saber sin ambages lo que pensaba de su humor. "Sí, la verdad es que sí. Pero lo que no es ninguna broma son las ganancias actuales del Powerball. Algo menos de tres mil millones de dólares". Abanicó los billetes como si fueran patatas calientes. Me quedé boquiabierta. ¿"Tres mil millones"? ¡Por Dios! ¿Qué se hace con tanto dinero?". Sólo intentar comprender la cifra me mareaba.

"La pregunta debería ser más bien qué no puedes hacer con tanto dinero".

"Tu tienes mucho dinero, ya me lo dirás". Ladeé la cabeza y sonreí descaradamente.

"Touché, Chloe. ¿Vas a aceptar mi apuesta o qué?". Cuanto más rechazaba su apuesta, más nervioso se ponía. Parecía volverle loco que no quisiera seguirle el juego. Podía presumir de una

inmunidad natural a *San Valentín*, que por desgracia no me protegía del encanto de Eben, que desplegaba sobre todo cuando se quitaba el resto de la ropa.

"No. Será mejor que guardes tu boleto para tener el doble de posibilidades de ganar".

"No apuesto por el dinero, sino por la diversión. Si tres mil millones de dólares no te entusiasman, ¿qué lo hará? ¿Unas vacaciones en Aspen? ¿Un chalet?"

"¿Otro cacao?", pregunté, me levanté y cogí las dos tazas. Me alegró ver que Happy se había bebido mi especialidad de cacao.

"Sólo quiero vivir mi vida y no tener nada que ver con el dinero".

"¿Y luego pescas precisamente a Scrooge?". Se aclaró la garganta. "Quiero decir, Eben Valentine". "No por su dinero. ¿O por qué crees que estamos aquí y no en su loft multimillonario con nevera y máquina de hielo?".

Sólo de pensar en el hielo volvía a sentir un cosquilleo en la barriga. Odiaba admitirlo, pero la nevera me había impresionado. Es más, con los hábiles movimientos de Eben, los cubitos de hielo se habían grabado a fuego en mi memoria para siempre.

"Ni idea, ¿porque tiene una vena masoquista no descubierta?".

"O porque le demuestro que el dinero no es tan importante".

"¿Cómo lo has conseguido?" Se inclinó hacia delante y por primera vez tenía una expresión seria en el rostro. "Fue idea de Eben", respondí con sinceridad.

"¿Idea de Eben?" Happy me miró como si hubiera contado el peor chiste del milenio. "¡Tienes que contármelo todo!"

"¿Para poder usarlo contra él?". Levanté una ceja inquisitivamente. Eso lo había aprendido de Eben, aunque yo no parecía ni de lejos tan seria o sexy como él.

"¡Yo nunca haría eso!" Happy agitó las manos en el aire. Su cara de póquer era bastante buena, parecía casi creíble.

"Puede que sea hija única, pero no soy estúpida", le respondí y Happy abandonó inmediatamente su máscara. "¿Qué tal un trueque? ¿Información por un billete de lotería?"

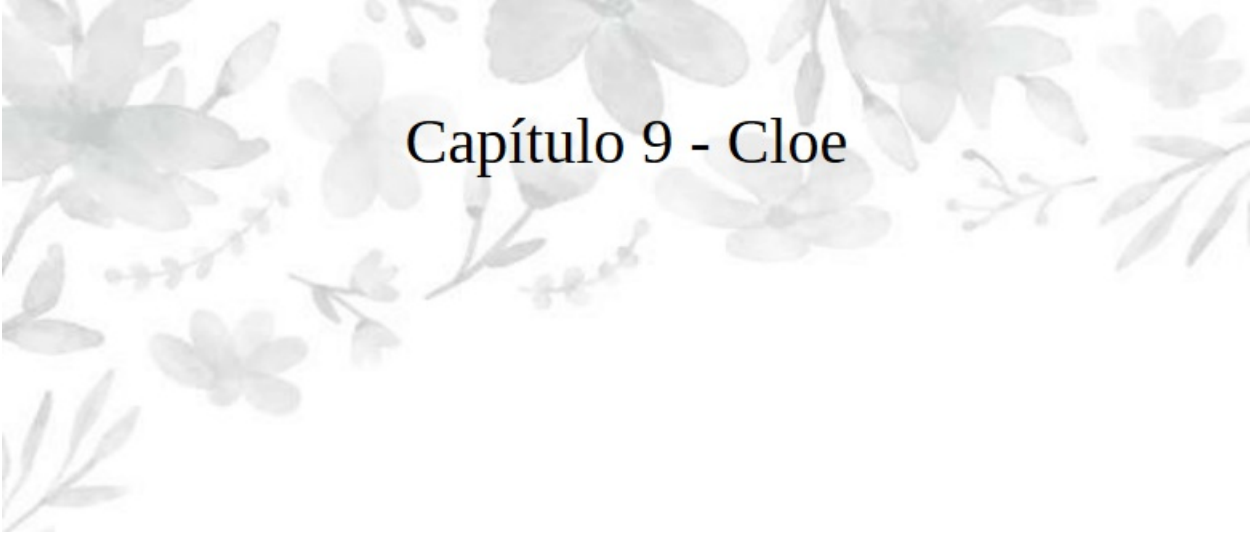
"Buen intento, pero no voy a apuñalar a Eben por la espalda. O te lo cuenta él o seguirá siendo *nuestro* secreto para siempre".

Me gustaba la idea de que Eben y yo tuviéramos un secreto, aunque nuestra apuesta no fuera realmente un secreto.

"Bien, por mí está bien, has ganado. Y como soy un perdedor honrado -y nunca tiento a la suerte cobrando dos billetes-, te daré el billete".

No me gustaba admitirlo, pero el hecho de que quisiera darme el billete de lotería fue totalmente inesperado. No tenía ningún problema en rechazar una apuesta o un trato. Pero rechazar un regalo era hiriente. En cualquier caso, ¿cuáles eran las probabilidades de ganar ese billete? Tan escasas que le haría a Happy el favor de aceptarlo.

"Gracias, Happy".



Capítulo 9 - Cloe

"¿Te importa?" Sonriendo, Eben me ofreció una mano para que pudiera salir del coche con mis interminables tacones.

"Gracias", respondí insegura.

"Estás maravillosa". Me puso la mano en la espalda desnuda porque mi vestido de baile era tan escotado que apenas me cubría el trasero.

Nunca me había sentido tan desnuda, pero quería hacerle a Eben el favor de entrar en su mundo, aunque sólo fuera por una noche.

"He ido a docenas de bailes, pero nunca he entrado por la puerta principal", murmuré. Al principio había pensado que nada había cambiado para mí, pero estaba muy equivocada. El mero hecho de cruzar la puerta principal hacía que todo se viera bajo una luz diferente. Y el vestido que llevaba me daba una nueva perspectiva. "¿Qué clase de gala es ésta exactamente?". Para mi vergüenza, acababa de decir sí y *amén* cuando quiso llevarme como invitada.

"Una gala benéfica organizada por los Rosenberg. No tenemos que quedarnos mucho tiempo, no son precisamente conocidos por sus eventos fastuosos".

"Debe de ser terrible para los desamparados y necesitados que la gala de recaudación de fondos sea tan aburrida", respondí cínicamente.

"No me refería a eso".

"Lo sé". Le sonreí suavemente y me tragué todos los *comentarios de*

Chloe-odia-mostrar-que-se-le-gusta-ser-rica porque quería darle una oportunidad de verdad. Y porque Eben estaba tan sexy con su smoking que apenas podía concentrarme.

"Papá me arrastró a la primera gala cuando tenía ocho años, y con el tiempo se vuelve aburrido", dijo despreocupadamente.

"¿Entonces ya no ves la belleza inherente a este acontecimiento?"

Todos los acontecimientos solían ser iguales para mí, ya fuera un cumpleaños o un funeral: los mismos disfraces, los mismos canapés y miles de litros de champán. ¿Pero ahora? Ahora veía luces centelleantes por todas partes y la música de la orquesta de cuerda vibraba por todo mi cuerpo. ¡Qué experiencia! "Veo tu belleza, eso me basta", respondió Eben, su mirada hizo temblar mi cuerpo.

Me condujo al interior del edificio, que estaba acondicionado como un castillo. Había una enorme pista de baile en el centro y alrededor mesas cubiertas de rosas y otros adornos.

Eben cogió dos copas de champán y me pasó una.

"Por una noche agradable". Brindé con él, pero tuve que añadir algo a su brindis.

"Por una velada que permanecerá en mi memoria para siempre".

Me miró significativamente. "¿En qué sentido?"

"Un poco de todo, diría yo". Le sonreí, aceptando una pequeña derrota en nuestra apuesta. Aún no había ganado -y nunca lo haría-, pero no habría sido justo mentirle. El evento fue increíble y poder acompañar a Eben fue, en palabras de Mia, un *recuerdo digno de recordar*. Sólo la sensación del vestido sobre mi piel se grabó a fuego en mi memoria.

"¿Hay algún programa?", pregunté mientras mi mirada recorría el telón de fondo. Se habían formado pequeños grupos por todas partes y algunos incluso habían llegado a la pista de baile.

"A los Rosenberg no les gustan las etiquetas rígidas. Vienes, te lo pasas bien y al final escribes un cheque". "Suenas relajado", contesté, pero Eben hizo una mueca.

"Puede ser. Pero preferiría cumplir una condena obligatoria y luego desaparecer". Por reflejo, se agarró el interior de la chaqueta, donde estaba su teléfono inteligente. Como había dicho Happy, Eben simplemente no podía separarse de su dinero ni de su trabajo.

"Por Dios, Eben. Creo que estás aún más necesitado que los necesitados a los que haces donaciones". Mi tono era tan seco que tardó un momento en darse cuenta del sarcasmo.

"Sigue así y mañana no habrá más hielo en mi nevera", replicó, confiado en la victoria. "¡No te atreverías!" Mis ojos se agrandaron como lunas. "Por mí, bien, guarda el hielo picado, ¡pero no el alijo de Ben & Jerry's!".

Después de hablarle de mi pasión por los helados, hizo que le trajeran toda la gama, que ocupaba todo el congelador.

"A estas alturas ya deberías conocerme lo suficiente como para saber cuándo hablo en serio sobre algo".

"Bien, por mí está bien. Aún tengo un alijo familiar en mi piso". Me esforcé por mantener la compostura, de lo contrario no podría ganarle una discusión a Eben. Ya era bastante difícil

cuando no llevaba un smoking hecho a medida, pero hoy era imposible.

"Por la forma en que tu mejor amiga se estaba comiendo con los ojos el cargamento, yo no apostaría por ello". Mierda, tenía razón. Mia y yo teníamos un control de impulsos frustrantemente bajo cuando se trataba de helados.

"Bueno, entonces me temo que tendré que sobrevivir sin helado". Hice un mohín que hizo sonreír a Eben. "¿Y qué tal es sobrevivir con un vestido de diseño de quince mil dólares?". Eben me cogió de la mano y me hizo un gesto para que diera vueltas como una bailarina.

"Bueno...", respondí mientras accedía a su petición y el vestido se abanicaba hacia arriba al darme la vuelta. "¿Qué tal sin ropa entonces?" Casi me atraganto, porque pude ver en su cara lo serio que estaba. "¿Aquí?!"

"¿Dónde si no? ¿En casa, en la cocina?"

"¡Exacto, me estás abochornando!"

"Lo sé, por eso lo hago".

"Sinvergüenza". Intenté ocultar mis mejillas sonrojadas, pero fracasé. Seguíamos recibiendo miradas de reojo, a veces incluso me percataba de la presencia de curiosos que no ocultaban que nos observaban. Eben sonrió y sus ojos relampagueaban con auténtica emoción. Por supuesto, Eben oía constantemente cumplidos sobre su cuerpo, pero su carácter quedaba relegado a un segundo plano, sobre todo en compañía superficial.

Ojalá fuera diferente, pero hasta ahora su insana atención al dinero era lo único que podía criticar de él. Pero supongo que así eran las cosas cuando te rodeabas de uno de los Valentine, todos eran despiadadamente bellos y tenían algo especial. Al mayor le gustaba rodearse de gente poderosa, el mediano atesoraba dinero y el más joven tenía billetes de lotería y fichas de póquer.

"¿Cómo se llama tu hermano pequeño?", le pregunté mientras paseábamos por la empresa.

"Happy. Creía que tu memoria para los nombres era mejor".

"Sé que le llamas Happy. Pero, ¿cómo le llama tu padre?"

"Hijo". Imitó espantosamente bien la voz de Valentine padre.

"¡Ja!" Le miré con expresión de reproche. "Sabes exactamente lo que quiero decir".

Eben se deleitó con mi indignación un momento antes de ceder.

"Nadie le llama Damian, ni siquiera mamá. Se rumorea que incluso se rió cuando nació".

"Gracias". Sonreí satisfecha y le di a Eben un beso en la mejilla.

"No dirás que te lo he dicho yo, ¿verdad?", me susurró al oído.

"Claro que no". Intenté parecer lo más seria posible. Por desgracia, cuando se trataba de *preguntas sobre dónde habías conseguido esta información*, era como un libro abierto con luces

de neón y función de lectura en voz alta. Esperemos que Happy nunca me lo preguntara.

"Aún tienes una pregunta en la punta de la lengua, ¿verdad?".

"Sí, pero no tiene nada que ver con tu hermano, sino contigo".

"Suéltalo, Chloe". Se me ponía la carne de gallina cada vez que Eben me miraba tan exigente. No estaba acostumbrado a que lo contradijeran ni a tener que repetir su pregunta. A veces me sentía mal por ello, y me daban ganas de hacerle esperar.

"¿Por qué todo el mundo te mira así?"

Una sonrisa encantadora apareció en sus labios y me apretó un poco más contra él.

"Gracias por el cumplido, pero te están mirando a ti, amor". Eben se inclinó hacia delante, me dio un beso en la mejilla y se acercó mucho a mi oído. "Sin duda, todos reconocieron que eras la mujer más guapa de la velada". "Ya es difícil comportarme delante de tí, ¿pero delante de todos los demás?". El calor se disparó en mis mejillas

porque ahora veía a los invitados con ojos completamente distintos. Ahora que miraba más de cerca, me daba cuenta de que la mayoría de las miradas se dirigían realmente a mí. A mí, Chloe Rush. Me armé de confianza en mí misma e intenté ignorar a los demás invitados.

"Hace una semana, ni siquiera me habrían mirado si hubiera estado delante de ellos". Mia y yo incluso bromeamos sobre el hecho de que para la mayoría de la gente de aquí, las bandejas simplemente volaban. "Así verás cómo un simple vestido puede hacerte brillar. Tan brillante que nadie a tu alrededor pueda ignorarlo". Su mano recorrió la tela dorada, que se ceñía a la parte superior de su cuerpo y se ensanchaba hacia la parte inferior.

"No". Sacudí la cabeza. "No estoy radiante por el vestido, sino por mi acompañante". "Tómate la mirada como un cumplido silencioso", dijo Eben con una sonrisa.

"¿No te molesta que a tu compañera la desnuden ojos extraños?".

Me sonrió y al darme cuenta de que tenía la misma sonrisa que su hermano me estremecí. La única diferencia era que los ojos oscuros de Eben nunca perdían su seriedad.

"Me gusta mostrar lo que es mío".

Hice una mueca.

"Gracias por el cumplido, si es que lo era. Pero yo no te pertenezco".

"Todavía no. Todo el mundo tiene su precio, seguro tú también".

Sí, tenía un precio con el que Eben podía comprarme, pero no estaba segura de que él estuviera dispuesto a pagarlo, no podía compensarse con dinero, oro o piedras preciosas. ¿Cuándo se daría cuenta por fin este tonto? "No te precipites, aún pueden pasar muchas cosas en tres semanas. Y si hemos de creer a tu hermano, no durarás ni un día más en mi piso compartido -bromeé,

deliberadamente provocativa, para distraerle. Aún era demasiado pronto para hablar de sentimientos verdaderos, al menos si escuchaba a mi cabeza. Mi corazón, en cambio, se quejaba en voz baja.

"¿De qué más hablasteis en mi ausencia?", preguntó con curiosidad.

"Supongo que te gustaría saberlo". Intentó disimularlo, pero me di cuenta de que mi conversación con Happy le estaba haciendo pensar.

"Happy tiene muchos talentos innatos, pero su cara de póquer es, con diferencia, el más molesto de todos. No ha dicho ni una palabra de lo que habéis hablado".

"Lo que se habla en las reuniones de cacao con malvavisco se queda en las reuniones de cacao con malvavisco". Sonreí misteriosamente.

Mientras buscaba a un camarero para que se llevara mi vaso vacío, mi sonrisa murió en una fracción de segundo.

"¿Estás bien?" Eben se había dado cuenta inmediatamente de mi cambio de actitud.

"No importa". Lo ignoré, aunque fuera mentira. Me había dejado llevar tanto por la ostentación y el glamour que ni siquiera me había dado cuenta de que la *empresa Cozy Catering se había hecho* con el contrato. Y Amy, de entre toda la gente posible estaba ahí, con la estrella de *mi jefe* en el uniforme, se pavoneaba por el evento como si se lo estuviera dedicado a ella.

"No sé mucho de mujeres, pero si hay algo que sé es "no importa" es realmente una alerta roja", dijo Eben con seriedad. Siguió mis ojos hasta que divisó a Amy. "¿La conoces?"

"Conocerla sería demasiado. Ella es la razón por la que Mia y yo perdimos nuestros trabajos".

"¿Agitó la botella de champán?"

"Dios, nunca vas a dejar que lo olvide, ¿verdad?". Eché la cabeza hacia atrás un momento.

"Como quieras. Dejó que Mia se equivocara de botella y así una cosa llevó a la otra, ya lo has visto". Me costaba no gritar porque Amy me estaba haciendo saltar los fusibles. Aquella mujer había salido directamente del infierno y me encantaría devolverla allí.

"¿Has pensado alguna vez en darle las gracias?", preguntó Eben, encogiéndose de hombros.

"¿Para qué?" Miré a Eben con asombro.

"Sin su reacción en cadena, tú no estarías aquí ahora".

"Es cierto", murmuré. "Aun así, no puedo fingir que no me apuñaló por la espalda".

Para Amy, todo era un estúpido juego en el que tenía que batir las pestañas para ganar. Para Mia y para mí, era una cuestión de supervivencia.

"Bien, no hay excusa. Entonces la pondremos celosa".

"¿Y cómo vas a hacerlo?". No sé qué pretendía Eben, pero su expresión era francamente hilarante. Cuando me miraba así, estaba dispuesta a seguirle a cualquier parte.

"Lo verás dentro de un minuto". Con una sonrisa de oreja a oreja, Eben tiró de mí hacia la pista de baile. "¡No sé bailar!", susurré avergonzada, pero para entonces él ya me había rodeado con sus brazos y me llevaba con seguridad por la pista de baile.

"Concéntrate en mi cuerpo y sigue mis movimientos".

Cerré los ojos para sentir mejor los movimientos de Eben. En sus brazos, bailar parecía de repente la cosa más fácil del mundo.

"Así", me elogió. Después de practicar un poco, incluso me atreví a parpadear. Las brillantes luces del evento pasaron volando junto a nosotros como estrellas fugaces en el cielo nocturno.

"Dime si Amy nos está mirando", susurró Eben seductoramente. En realidad no quería apartar la vista de sus ojos castaño oscuro, pero la perspectiva de una pequeña venganza me tentaba.

Nuestras miradas se cruzaron más rápido de lo que me hubiera gustado. En su cara apareció el horror cuando me reconoció. Me miró incrédula porque no esperaba que volviéramos a encontrarnos así. Supongo que, después de todo, existía el karma.

"Nos está mirando", susurré.

Eben me estrechó aún más contra él mientras sus labios rozaban mi cuello.

"Dios mío, creía que querías vengarte de Amy". El corazón me latía tan fuerte que no entendía mis propias palabras.

"Sí, quiero". Siguió besándome el cuello y mis mejillas se pusieron de un rojo intenso. En esos eventos, besos como ése eran como sexo desinhibido en medio de Times Square. "¿Funciona esto? ¿O debería ir más allá?"

"¿Más?" ¡Estaba a punto de sufrir un infarto! Toda la fiesta se nos quedó mirando, sobre todo Amy, cuya bandeja temblaba tanto que las copas de champán chapoteaban peligrosamente. Eben había dado en la diana, verla tan aturdida era una verdadera satisfacción. Me moría de ganas de contárselo a Mia, pero ahora mi tarea más importante era volver a concentrarme en mi hábil pareja de baile sin desmayarme. "No tienes ni idea de lo lejos que puedo llegar".

"Tengo una corazonada", murmuré.

Decidí aparcarme por esa noche. Era demasiado agradable bailar con Eben. Y el hecho de que me hubiera mostrado su verdadero carácter sin estar pegada a su teléfono me llenaba de alegría. Incluso le perdoné que quisiera comprarme con dinero y siguiera sin renunciar a su plan.

"¿No te molesta que todo el mundo se quede mirando?", le pregunté, porque seguimos bailando mucho después de que Amy hubiera desaparecido. Sus manos seguían tan bajas sobre mis

caderas que mi abdomen vibraba. Estoy segura de que Amy había huido a la zona del personal y estaba reventando de celos. ¿Era mala persona por sentirme tan bien por ello?

Eben se aclaró la garganta para recuperar mi atención, que se había desviado un momento. "Me gusta mostrar al mundo lo que es mío", respondió Eben con tanto encanto que no pude -o no quise- llevarle la contraria. Por una noche, me entregué a la fantasía de ser realmente de su propiedad. Y en mi mente, por un momento, no me pareció ni tan mal.



Capítulo 10 - Eben

Colgué la cabeza sobre los archivos e intenté ordenar mis pensamientos. No fue fácil, teniendo en cuenta lo que había pasado anoche. No podía quitarme a Chloe de la cabeza. Ella, sus malditos hoyuelos cuando reía y ese suspiro seductor que le costaba reprimir.

Respiré entrecortadamente porque su aroma aún permanecía en mi nariz y mi polla se crispó expectante sólo de pensar en lo buena que había estado con aquel vestido dorado.

Joder, llevaba horas de retraso con respecto a la bolsa y ni siquiera todas las cifras verdes que publicábamos gracias a mi trabajo me satisfacían.

"Hola, hermano". Happy entró en mi despacho sin llamar y yo me hundí más en la bolsa, esperando que volviera a desaparecer por donde había venido.

"¿Qué?", pregunté sin levantar la vista.

"¿No puedo visitar a mi hermano favorito sin motivo alguno?". Su tono de voz me indicó que tramaba algo. Como hacía siempre que irrumpía en mi despacho por la mañana. Happy nunca estaba en la Torre Valentine antes de las doce sin motivo.

"No soy tu hermano favorito, ni vienes a una visita casual".

Para ser tan vago, a Happy a menudo se le ocurrían planes brillantes.

"Entonces es la primera vez". Se tiró en el sillón como si estuviera en casa y sacó una moneda de medio dólar del bolsillo del pantalón, que se pasó por los dedos. El sonido era pura tortura, por lo que me aparté de mi trabajo para cortar por lo sano.

"Fuera con eso, ¿qué quieres realmente?"

Era una ley física que los Valentines fuéramos quienes éramos.

Addam hizo todo lo que pudo para conseguir contactos influyentes.

Yo trabajé duro para aumentar nuestra riqueza.

¿Y Happy? Estaba ocupado encubriendo sus escapadas.

Nunca había hablado en serio. Solo lo hacía cuando había problemas muy graves.

"Sólo quiero charlar, de verdad". Se echó hacia atrás y me sonrió irónicamente.

"¿Sobre qué?" Sospeché sobre su maldad.

"El tiempo loco últimamente, los recientes pasos en falso de nuestro presidente, quizá un poco sobre tu nueva novia".

Ahora se me caía la baba. Exhalé audiblemente, crucé las manos sobre la mesa y puse mi cara de profesional. Lástima que Happy fuera un verdadero experto en caras.

"Ya veo, ¿qué quieres saber de Chloe?". Intenté parecer lo más despreocupado posible, pero mi hermano pequeño estaba a punto de ver a través de mí. El hecho de que preguntara por Chloe era una clara señal de ello. "No quiero saber nada de ella, quiero saber lo que piensas de ella".

"Ya te lo dije la última vez que hablamos. Creo que sería una buena mujer para que papá me deje en paz". No tuve que decir nada más, al fin y al cabo no estábamos jugando a un *interrogatorio de poli bueno y poli malo*. "¿Así que estás con ella para poder salvar *desinteresadamente* nuestros puestos en la planta cuarenta y nueve?". "Sí". Me encogí de hombros antes de ordenar mis cosas y fingir que tenía tareas importantes que hacer. "Vamos, Scrooge. Eres capaz de mentir mucho mejor".

"No miento, puedo permitirme decir la verdad", repliqué. "Tenemos un trato y estipula que Cloe se enamorará de mi dinero. Un precio barato, a cambio de mi puesto aquí".

Happy apoyó los codos en el regazo para inclinarse hacia delante. No me gustó nada la seriedad de su expresión. Fuera lo que fuese lo que iba a decir, no era una de sus apuestas habituales.

"Apuesto a que Chloe no va detrás de tu dinero". Sus palabras hicieron que un escalofrío me recorriera la espalda.

"¿Cómo puedes saberlo? Apenas os habéis hablado durante cinco minutos". Descarté la apuesta sin pensarlo. Si Chloe se quedaba, era por el dinero, ¿por qué si no?

"¿Cómo ibas a saberlo tú si no? Ni siquiera os conocéis desde hace una semana".

Touché, hermano. En mi mente honré a Happy por su mortífero contraataque, pero mi orgullo me prohibió decirlo en voz alta.

Happy agitó su mano vacía delante de mi cara.

"Mil millones de dólares, que Chloe no va a por el dinero". Su moneda de medio dólar salió de entre sus dedos al mismo tiempo que la palabra *dinero*. Le encantaba respaldar sus argumentos con juegos de manos, sobre todo desde que los utilizaba para ligar con las chicas de los casinos. Tardé un momento en asimilar sus palabras.

¿"Mil millones"? Fruncí el ceño. Era una gran suma incluso para un Valentín.

"Estoy bastante seguro". Se levantó de un salto de la silla, rodeó el escritorio y miró al exterior. El horizonte seguía envuelto en una niebla espesa, cada vez más tenue. El verano no tardaría en llegar de verdad. Ya estaba sudando, pero no por el tiempo, sino por el tema de conversación. Dijera lo que dijera, no podía ocultar mi simpatía por Chloe. Ella despertaba mi instinto de juego. Sentía una gran necesidad interior de averiguar cómo podía conseguir que se quedara.

No tenía ni idea de lo que haría si se echaba atrás en mi trato a final de mes. Casi se me revolvía el estómago sólo de pensar en Sharon Hayes y en las demás adictas al bótox de la alta sociedad que traía papá. "De hecho, estoy tan seguro de ello que no sólo lo llamo presentimiento, sino providencia divina". Happy asintió satisfecho, como si eso fuera una prueba de algo. No existía la providencia divina en un mundo sin Dios. En la Tierra sólo había dinero, poder y más dinero.

"No eres más que un jugador con una suerte escandalosa", le contesté. Happy limpiaba regularmente los casinos de Las Vegas, pero eso no significaba que supiera lo que hacía.

"Es lo mismo". Me sonrió con orgullo.

"Hasta que se acabe tu racha de suerte y seas mil millones más pobre", dije con tanta seriedad que reconocí el tono de mi padre.

"¿Aceptas la apuesta?"

"No. No necesito una apuesta para saber que todo el mundo ama el dinero. Todos los que lo niegan son demasiado pobres para darse cuenta".

Inmediatamente, la voz de Chloe resonó en el fondo de mi cabeza, diciendo que reducir las cosas importantes a un precio les quitaba valor. Quizá había una chispa de verdad en aquella afirmación.

"No todo el mundo ama el dinero, Scrooge". Eso lo dijo el tipo que hacía una apuesta de cualquier mierda que implicara dinero.

"¿Y qué te estás jugando todo el tiempo?", pregunté con insistencia.

"Se trata de la sensación, no de lo que está en juego".

"Si de lo que se trata es de sentir, ¿por qué no le das la apuesta a Chloe?"

"¿Y en qué debería apostar por ella?"

"Si aceptará o no mi propuesta de matrimonio".

"¿Quieres casarte con ella? ¿Lo sabe ella?" Happy no había estado tan pálido desde que rompió el jarrón irremplazable de papá, de la dinastía Ming, mientras jugaba al beer pong.

"Todavía no", respondí con calma. Básicamente, no me había enterado de nada hasta ahora. No era mi estilo correr de cabeza por el mundo y tomar decisiones significativas por instinto. Eso sólo me ocurría con Chloe Rush. Y cuanto más lo pensaba, mejor me parecía la idea de la boda.

En primer lugar, papá se calmaría y podría conservar mi despacho en la planta cuarenta y nueve. En segundo lugar, tendría más tiempo para averiguar dónde estaba el punto débil de Chloe. Y en tercer lugar, la sola idea de que otro tipo estuviese con ella me ponía furioso.

Una vez definida claramente mi propiedad, podría concentrarme en todo lo demás.

"No te reconozco", dijo Happy pensativo.

"Llámallo *estreno*", respondí con sus palabras.

"Me gusta. Tu cambio de opinión y la apuesta de mil millones de dólares. Si no te conociera, diría que los tres espíritus de la Navidad te visitaron anoche".

Hice algo que nunca había hecho en mi despacho: le levanté los dos dedos corazón a Happy porque su frase no se merecía un comentario verbal.

"Ya es hora de que Addam vuelva de su luna de miel", dije con un suspiro. Eché un vistazo a la postal que había llegado hoy. Estaba tumbado sobre la arena, así que tendría toda la atención de Happy para mí solo un rato más. "No te preocupes, estoy yo".

"Ése es el problema". Intenté mantener una expresión seria, pero no pude reprimir la sonrisa. Por mucho que me pusiera contra la pared, era mi hermano pequeño y siempre lo sería.

"Toc toc". Chloe se plantó delante de la puerta de mi despacho y me saludó con la mano. Mia se puso a su lado y también me saludó descaradamente.

"Pasa", dije.

Entraron vacilantes y escudaron mi despacho. Chloe se mordió el labio inferior, pensativa, porque no soportaba la esterilidad que reinaba aquí. Necesitaba que fuera caótico. Fuera como fuese, sólo le gustaba cuando estaba cubierto de una tonelada de mantas acogedoras o envuelto en luces de hadas, a poder ser ambas cosas. Mia caminó por mi despacho un poco más despreocupada hasta que vio a Happy. Entonces se puso tan pálida como Happy hacía cinco minutos.

"Hola", graznó. Luego su expresión cambió a algo que parecía una sonrisa, al menos así lo interpreté yo.

"Ha sido un placer tenerte, hermano, pero tengo que volver a ponerme en marcha. Cosas importantes que hacer y todo eso". Happy se levantó de un salto y se puso sobre sus talones como si hubiera billetes gratis en alguna parte.

"¡Sí, las cosas importantes son muy importantes! Hablo por experiencia -confirmó Mia, asintiendo con seriedad. "Las experiencias importantes son buenas experiencias", murmuró Happy pensativo, pero no se movió, aunque estaba a punto de marcharse. Antes de que pudiera pensar en la extraña situación, Chloe arrojó una caja sobre la mesa.

"¿Qué es eso?", pregunté con suspicacia. No me gustó que entrara en mi despacho y lo reorganizara. "Una cafetera". Me sonrió orgullosa.

"Tengo una máquina de café". Fruncí el ceño ante la máquina que había al final del despacho. Desde que había probado el café de Chloe, el de aquí me sabía aún más amargo que antes.

"Date un paseo, Eben". Desembaló la máquina de la vieja caja y me presentó un modelo idéntico de su piso. "Se le ha roto una pieza", dije con naturalidad.

"Lo sé, pero sigue funcionando. Si no, nunca se lo habría sacado tan barato a Abe en el Monte de Piedad". "Mi tarjeta de crédito está llena", gruñí sombríamente. Era como un insulto para mí que no utilizara mi tarjeta. "Sabes que yo pago mis cosas, sobre todo cuando son regalos". Sonrió suavemente, con un brillo en los ojos que me distrajo por un momento. Entonces volví a darme cuenta de lo absurdo de la situación en la que me encontraba.

Maldita sea, Chloe realmente esperaba que bebiera café de una *máquina de una casa de empeños de doce dólares*. Quizá me pensaría dos veces lo de la boda.

"Por mí, de acuerdo", dije apretando los dientes. Me levanté, cogí la máquina de color rojo brillante y la coloqué junto a mi modelo de diseño italiano.

Chloe se puso las manos en las caderas. "Perfecto. A tu despacho le vendría muy bien un poco de color". "A mí me bastan los números verdes", respondí con un guiño. Para ser sincero, la cosa podría haber sido de color rosa brillante si el café supiera sólo la mitad de bien que en el piso compartido. "Eso es tan *scroogey* que es demasiado incluso para ti, Scrooge", me susurró Happy. Tenía suerte de que Cloe y su amiga estuvieran aquí, de lo contrario le habría dado un tortazo.

"Ah, ya que estamos aquí...", empezó Chloe significativamente y cogió a Happy del brazo. "¿Puedo presentaros por fin a los dos como es debido?".

Happy jadeó como si acabara de tragarse su cara de póquer. Y Mia agitó las manos nerviosa. "No hace falta, Chloe. Dijo que estaba ocupado", murmuró Mia en voz baja.

"¡Súper ocupado, la verdad!", respondió Happy un poco demasiado alto.

"¿Lo ves? Incluso está *superocupado*", repitió sus palabras como si hubiera dicho algo importante y no un galimatías.

Sin perder más tiempo, Happy se apresuró a salir de mi despacho, dejándome con mil preguntas de las que no quería saber las respuestas.

Mia agarró a Chloe por el brazo.

"¡Tenemos que ponernos en marcha otra vez, el viaje de compras continúa!".

Chloe parecía más que irritada por el comportamiento de Mia. No la conocía bien, pero incluso yo pensaba que estaba de un humor extraño.

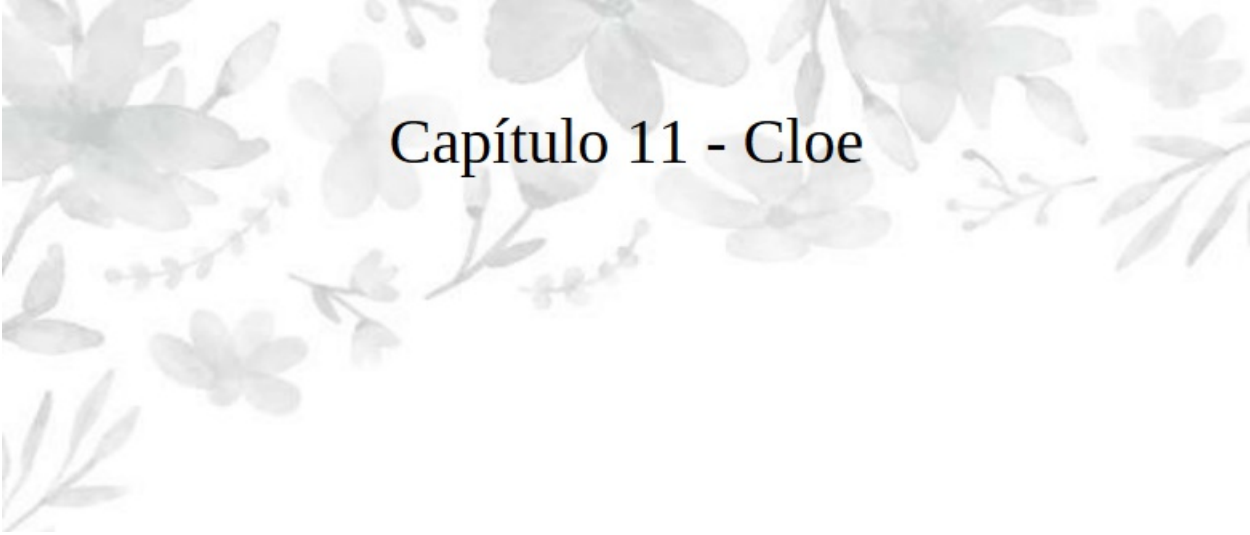
"Pero yo creía que habíamos terminado". Chloe me miró en busca de ayuda.

"¡Hemos terminado con la primera ronda!", soltó Mia antes de que pudiera decir nada. "Bueno, supongo que entonces no tengo elección". Se encogió de hombros y me miró disculpándose.

"¿Nos vemos luego?"

"Con mucho gusto". Arrastré a Chloe fuera del despacho mientras la perseguía: "Al menos vete a comer algo rico con mi dinero".

Me lanzó una mirada furibunda, pidiendo a gritos una prometedora discusión. Si Chloe ni siquiera aceptaba mi invitación a cenar, tendría que sacar la artillería pesada.



Capítulo 11 - Cloe

"Estás realmente loco, Eben". No sé cuántas veces había repetido ya las palabras, pero no podía parar. Ni cuando cogimos la limusina para ir al aeropuerto, ni cuando subimos al jet privado. Y mucho menos cuando dejamos atrás la frontera entre Estados Unidos y Canadá.

"Y si lo repites mil veces, no será más cierto". Eben me guiñó un ojo mientras se recostaba en su asiento y miraba sin entusiasmo su smartphone.

Aunque hacía tiempo que habíamos dejado atrás el aeropuerto, seguía sin poder separarse de su trabajo. "No es nada normal volar así como así al medio de la nada en Groenlandia", dije seriamente mientras sacaba fotos para Mia. A la pobre la había pillado por sorpresa cuando puse patas arriba nuestra casa tras mi pasaporte -casi caducado- y mi ropa de invierno.

"Ésa es una de las muchas ventajas de un jet privado. ¿Pero sabes qué otra cosa no es normal? Que me restriegues cada cinco minutos que algo no es normal". Dejó a un lado su smartphone y me cogió la mano. "Relájate, Chloe".

"Es más fácil decirlo que hacerlo". Me aparté un mechón de pelo de la cara e intenté calmarme. Pero estaba demasiado nerviosa. Sólo Dios sabe lo que había planeado. A juzgar por sus ojos oscuros, algo enorme y que costaría una fortuna. Iba a hacer todo lo posible para obligarme a admitir que su estúpido dinero no era tan malo. Seguía sin importarme su dinero, pero su presencia ya no me dejaba tan fría como el aire del exterior. Mientras en Nueva York ya teníamos temperaturas veraniegas, aquí teníamos temperaturas cercanas al punto de congelación.

"¿Es así como la gente rica pasa siempre el tiempo?". La pregunta se me escapó porque no podía soportar el silencio que había entre nosotros. Era demasiado estar sola en el coche con él sin saber cuál era nuestro destino. No era precisamente conocida por mi paciencia.

"¿No se va todo el mundo de viaje de fin de semana alguna vez?", me hizo una contrapregunta legítima. "Así no". Me costaba encontrar las palabras adecuadas ahora que tenía toda la atención

de Eben. "¿Entonces cómo?" Me miró, frunciendo el ceño. Me flaquearon tanto las rodillas que me alegré de estar sentada en el coche, de lo contrario me habría caído.

"No te lo diré". Le sonreí descaradamente.

"¿Por qué?" Por primera vez desde que habíamos llegado a Groenlandia, dejó a un lado su smartphone para concentrarse en mí.

"Tampoco me dices qué hacemos aquí". Ladeé la cabeza y saboreé la pequeña victoria. Por supuesto, Eben no se deslizó inquieto por el asiento ni me acribilló a preguntas, pero su curiosidad se despertó. "Si te dijera lo que voy a hacer, no sería una sorpresa".

No me daba la respuesta por más que lo intentaba, pero no cedí.

"Yo también quiero sorprenderte, con lo contrario de lo que tienes en mente". Saqué pecho y me armé de determinación.

"¿Cómo sabes que pretendes hacer lo contrario si no conoces mis intenciones?". En su voz resonaba un matiz divertido, que no dejé que me desanimara.

"No conozco tu plan, pero sí tus intenciones. Hagamos lo que hagamos, será exclusivo y vertiginosamente caro". "Y te encantará", añadió Eben a mi lista.

"¿Dónde ..." No terminé la frase, porque habíamos llegado a nuestro destino y Eben tenía razón. *En mí. El amor.* "¿Es lo que creo que es?", balbuceé mi pregunta.

"Si te refieres al mayor hotel de hielo del mundo, sí". Lo dijo tan secamente, como si *no fuera nada*. Pero era como un santo grial o mi meca de las esculturas de hielo.

Salté del coche y no podía creer que estuviera delante de un hotel hecho totalmente de hielo. Por un segundo, pensé que había muerto y aterrizado en mi rincón personal del cielo. Pero el aliento caliente de Eben en mi nuca me devolvió a la realidad.

"¿Cómo sabías que me gustaría?", pregunté mientras el chófer descargaba nuestro equipaje. Hacía tanto frío que mi aliento se condensó.

"Que *te encantará*", me corrigió con una sonrisa. "Porque sé escuchar mejor de lo que crees". Apretando los dientes, tuve que admitir que realmente no me parecía un buen oyente, parecía estar ausente con demasiada frecuencia o mirando fijamente su smartphone. No podía evitar preguntarme qué más pasaba detrás de sus ojos oscuros y hasta qué punto estaba realmente atento a lo que le rodeaba. No había duda de que tenía una mente muy aguda, de lo contrario nunca habría llegado a ser tan poderoso.

"Vale, admito la derrota. Memoriza bien la letra, porque sólo la oirás una vez: ¡Me encanta!" Extiendo los brazos como si pudiera abrazar con ellos todo el hotel.

Me acercó y la punta de su nariz rozó mi oreja. "¡Di que te encanta mi riqueza!"

"No lo haré". Le di una palmada en el pecho. "Pero me encanta tu inventiva. Es un regalo realmente único". No era exactamente lo que quería oír, pero parecía bastarle.

De camino a la entrada, no dejaba de detenerme para admirar las intrincadas obras de arte talladas en las paredes. No sólo las paredes, sino también todos los muebles y gran parte de la decoración estaban hechos de hielo glaciado.

Fascinada, me dejé guiar por el hotel, obligando a Eben y a la recepcionista a hacer pequeñas paradas una y otra vez. Me resultaba imposible pasar junto a las estatuas sin maravillarme de su belleza. ¡Estaba en el paraíso terrenal!

"Dime, ¿también te parece espeluznante que aún no hayamos conocido a ningún otro invitado?", le susurré a Eben en voz tan baja que sólo él pudo oírlo.

"No. He reservado todo el hotel para que podamos estar tranquilos".

Me mareé al calcular mentalmente cuánto se había gastado probablemente Eben en nuestro vuelo, el viaje y todo el hotel.

"¡Por Dios, Eben! Deja de armar tanto alboroto por mí".

"¿De qué otra forma se supone que voy a demostrarte que tengo razón?". Me guiñó un ojo y, como un caballero, me guió hasta nuestro dormitorio.

"Vaya". Fue todo lo que pude decir. Lo primero que me llamó la atención fue la cama con docenas de mantas y pieles, y luego el jacuzzi, en el que burbujeaba agua caliente y humeante.

La recepcionista se retiró cortésmente y Eben se puso detrás de mí.

"¿Te gusta?" Su aliento caliente me hizo estremecer.

"Es fantástico".

"Igual que tú". Su voz se convirtió en un murmullo bajo que me provocó otro escalofrío. Me dio la vuelta, me abrió la chaqueta y me la quitó de los hombros.

Eben me fue despojando de más y más ropa hasta que estuve delante de él completamente desnuda. Lo del helado de su nevera de lujo era una cosa, pero estar delante de él a temperaturas bajo cero sin nada más que perfume en mi piel no era sólo otra liga, ¡era otro mundo! Calculé que dentro también estábamos justo por encima del punto de congelación, pero las paredes me protegían del viento frío y el calor que emanaba de mi interior me estaba calentando de verdad.

"Quiero sentir tu piel", susurré. Al mismo tiempo, jugueteé con el dobladillo de su chaqueta hasta que se la quitó y le siguió el resto de la ropa. Su cuerpo parecía cincelado en piedra, sus músculos estaban tan definidos. Se encerraba en su gimnasio durante una hora todos los días. Nunca había entrado en él porque me sentiría culpable si lo hiciera, ya que yo no era *de las que hacen deporte*, sino de las que *hacen maratones de Netflix con Ben&Jerrys*.

Recorrí lentamente los contornos de sus chocolatinas. No pude evitar sonreír de oreja a oreja porque aquel cuerpo era mío.

¡Deténte Chloe! Quítate eso de la cabeza ahora mismo.

Eben no era mi novio y después de nuestra apuesta probablemente no volvimos a vernos y se declararía a la chica de enfrente. Y había que ser muy estúpida para rechazar una oferta así. Estúpida, o como en mi caso, con traumas relacionales.

Dejé a un lado los pensamientos del futuro porque aquí no tenían cabida. Ahora sólo estábamos Eben, yo, el crepitar entre nosotros y las paredes de hielo.

Eben pasó la mano por la pared, cuyo hielo brillaba tan claro como un diamante. Cuando la condensación tocó mi cuello, dejó un rastro de piel de gallina.

Cuanta más agua helada esparcía sobre mi piel, más caliente me ponía. Hacía un frío glacial, pero seguía sudando porque no me daba otra opción. Sólo la perspectiva de su cuerpo bien entrenado me ruborizaba y despertaba en mí deseos inesperados.

Ya no podía quedarme ahí parada y dejar que me tocara, quería más... ¡y necesitaba más, de lo contrario explotaría!

Agarré a Eben, lo empujé contra la pared y lo besé con fuerza. Aunque la pared debía de estar helada, no se movió, como siempre se tenía a sí mismo bajo control.

"¡Pierde el control!", le exigí y le empujé aún más fuerte contra la pared. Sabía que era mucho más fuerte, pero aun así cedió.

"No. No podrías soportarlo", respondió con un murmullo. En sus ojos oscuros se desató una tormenta de emociones.

"Sí, te conozco", insistí entre besos.

"No sabes nada de mí". Eben me apartó de él como si fuera tan ligera como una pluma. "Sé todo lo que necesito saber". Necesité todas mis fuerzas para resistir su mirada, pero lo conseguí. Él era más fuerte, pero yo no podía mostrar ninguna debilidad si quería ganar.

"¿Y qué es eso que sabes?", preguntó provocativamente.

"Que ambos nos arrepentiremos el resto de nuestras vidas si no nos llevábamos al límite". Me estremecí al darme cuenta del significado de mis palabras. Ya había cosas de las que me arrepentía, a pesar de que nuestro tiempo juntos aún no había terminado. Estaba decidida a llegar al fondo de su carácter y a cavar tan hondo hasta encontrar su corazón, que ocultaba tan bien que probablemente algunas personas negaban su existencia.

"Tienes razón, debemos superar nuestros límites".

Me agarró, me dio la vuelta y me empujó contra la pared en la que estaba apoyado. Jadeé porque me ardía la espalda de frío y el resto del cuerpo de calor.

"Pero no digas que no te advertí sobre mí".

"Ya soy mayorcita, sé cuidarme sola".

Mi corazón martilleaba salvajemente contra mi pecho mientras Eben exigía más besos. Sabía tan bien que tuve que lamerle los labios. Su lengua se acercó a mí, invadiendo mi boca y ahogando mis gemidos. Me senté y permití sentimientos que habría sido mejor no permitir, pero no pude evitarlo. Eben me obligó a sentir cosas a las que siempre me había cerrado.

"¿Recuerdas lo sensibles que tenías los pezones cuando te los tocaba con cubitos de hielo?".

Asentí con la cabeza porque sólo de recordarlo se me endurecían las yemas.

"¿Qué crees que pasará cuando no sean sólo tus pezones sensibles los que estén cubiertos de hielo? ¿Me odiarás o me amarás por ello?". El gruñido grave de su voz prometía cosas oscuras que yo ansiaba. "Un poco de las dos cosas, supongo". Para ser sincera, no tenía ni idea de lo que sentía. Eben estaba provocando tanto caos en mi cabeza que no podía pensar con claridad.

"Pues vamos a averiguarlo".

Me dio la vuelta y me apretó contra la pared con su cuerpo. Su cuerpo me calentó la espalda, pero al mismo tiempo mis pechos estaban tan sensibles que el frío era demasiado para mí. Eben me besó el cuello mientras su erección presionaba mi trasero. Tanta estimulación a la vez me mareaba. Me flaquearon las rodillas y sólo su cuerpo duro como una roca impidió que me cayera.

"Entonces, ¿me quieres por ello?". Me cubrió la espalda de besos suaves mientras me apretaba contra la pared. "¡Un poco, pero te odio aún más por ello!", apreté los dientes.

"¿Por el frío, o porque no sabes qué pensar de nuestra apuesta?"

"¡Ambos!" No había duda de que hacía tiempo que había empezado a enamorarme de Eben. Era una verdad innegable que no podía deshacer.

Todo mi cuerpo empezó a temblar. Frío, calor y lujuria se mezclaban en un caos indefinible que me hacía sentir las cosas más locas. Cuando Eben se dio cuenta de mi confusión, me levantó y me llevó al jacuzzi. El repentino calor me alteró aún más, pero también me hizo más receptiva a las caricias de Eben. "¿Mejor?" Había una pizca de preocupación en su sonrisa seductora que me ablandó el corazón. "Todo está perfecto", respondí.

Estaba recostada y disfrutaba de los chorros masajeándome la espalda cuando Eben hizo algo inesperado. Se arrodilló frente a mí, me agarró las piernas y se las echó por encima del hombro. Gracias a mis brazos, que apoyaba en el borde de la piscina, la parte superior de mi cuerpo flotó sobre la superficie del agua y me calentó la piel.

"¿Qué haces?", pregunté con voz temblorosa.

"Te daré un fin de semana inolvidable", susurró, luego acercó aún más mis caderas a él y comprendí lo que quería decir.

¡Dios mío, realmente iba a grabarse a fuego en mi memoria! Besó a lo largo de mi monte de Venus hasta llegar al punto más sensible de mi cuerpo.

En un segundo, su lengua consiguió catapultarme a esferas en las que nunca antes había estado. Es más, a Eben parecía resultarle espantosamente fácil inundarme de las sensaciones más intensas que se podían sentir. Nuestro aliento condensado se mezcló con el vapor del agua para formar una gran nube. Los escalofríos y los sofocos se convirtieron en un todo indefinible.

Espasmódicamente, apreté las piernas con más fuerza alrededor de sus hombros mientras el orgasmo que se acercaba amenazaba con desbordarme. Afortunadamente, él me sujetaba firmemente para que no tuviera que preocuparme por hundirme.

Eben me penetró con dos dedos y masajéo el segundo punto más sensible que tenía.

Era tan bueno en lo que hacía que simplemente me dejé abrumar por un orgasmo. Me envolvieron los sentimientos que me habían llevado al borde de la locura y no me importó. No me importaba haber dejado entrar a Eben en mi corazón porque me sentía bien.

Justo cuando pensaba que ya no podía más, me demostró que estaba equivocada. Después de que amainaran las oleadas de mi tsunami orgásmico, dejó que mis piernas se deslizaran por sus hombros y frotó su dureza contra mí.

¡Dios mío! Estaba agotada, ¡pero tenía muchas ganas de sentirlo dentro de mí! Con mis últimas fuerzas, me di la vuelta, me apoyé en el borde de la piscina y me arrodillé delante de él para que pudiera tomarme por detrás. "De verdad quieres más, ¿eh?". Sonaba como un lobo hambriento y yo estaba dispuesta a entregarme a él como su presa.

"¡Sí, por favor!", le supliqué. No solía ser de las que suplicaban, pero con él parecía ser una persona completamente distinta. Sacaba lo mejor de mí, y también un poco de lo peor, pero saliera lo que saliera, me sentía bien.

Me tentó brevemente al seguir frotando su erección contra mí sin deslizarse dentro de mí. Le encantaban mis gemidos y mis miradas suplicantes. No deseaba nada más que ser poseída por él. No con su dinero o su influencia, sino con su corazón y su alma.

"Eres tan hermosa, Chloe". Su voz no era más que un susurro asombrado. "De hecho, creo que eres la mujer más hermosa del mundo cuando me miras así".

Sus palabras me acariciaron como cálida miel y me envolvieron en las más dulces fantasías. Antes de que pudiera responder, presionó su punta contra mi entrada y me penetró. Esta vez

estaba mejor preparada para su enorme tamaño, pero aún tardé un poco en acostumbrarme a que me llenara. Me cogió las caderas con las manos y empezó a follarme rítmicamente. El segundo orgasmo ya me estaba esperando, pero no quería volver a quedarme dormida, el momento era demasiado hermoso para eso. Las miradas entre nosotros eran reales. Y más sinceras de lo que jamás admitiríamos.

Su tacto significaba algo más que sexo duro, me demostraba que realmente quería poseerme de una forma que ninguna cantidad de dinero podría comprar.

Contuve el clímax todo lo que pude, pero llegó un momento en que mis recursos se agotaron y no pude evitarlo. La erección de Eben dentro de mí se hizo cada vez más dura y me masajéo tan implacablemente que me corrí. Me apreté tanto contra él que también se corrió.

Agotada, me hundí en el jacuzzi y respiré hondo. Eben se sentó a mi lado.

"Lo has conseguido, Eben. Lo recordaré siempre", ronroneé mientras acariciaba la superficie del agua con los dedos. "Pero que no se te suba a la cabeza, *sólo es sexo*".

No sé por qué lo dije, aunque sabía exactamente lo significativo que era ese momento. "Así es, sólo es sexo", respondió Eben. Podía leer la verdad en sus ojos, también quería decir lo contrario de lo que decía.

¿Por qué lo hicimos? Probablemente porque teníamos una relación falsa y no estábamos preparados para algo real. Pero la pregunta crucial que ardía en mi interior era si alguna vez tuvimos la oportunidad de tener una relación real o si nuestros mundos estaban demasiado alejados.



Capítulo 12 - Eben

"Tenemos que bajar en la próxima parada", anunció Chloe y yo exhalé un suspiro de alivio. No habría durado más en el metro. No tenía ni idea de cómo Chloe sabía moverse por todas las líneas amarillas y azules, pero se movía por el metro como si se hubiera pasado la vida aquí abajo.

"La próxima vez iremos en mi limusina", gruñí mientras aminoramos la marcha. Me hormigueaban los dedos al comprobar el teletipo de la bolsa y me estaba volviendo medio loco; que no tuviera cobertura aquí abajo. "Lo haremos cuando te toque *a ti*, pero hoy me toca a mí demostrarte que no necesitas una limusina". Me sonrió descaradamente.

"De acuerdo". Apreté los dientes e intenté ignorar a la multitud que nos rodeaba.

Cuando el tren se detuvo y bajamos, parecía que cientos de personas se dirigían hacia nosotros, y por eso acerqué a Chloe a mí. No quería perderla en el caos. Al mismo tiempo, apreté aún más mi chaqueta para evitar los carteristas.

Sólo cuando volví a ver la luz del día me tranquilicé.

"¿Lo ves? No ha estado tan mal. Con tu estúpida limusina, aún estaríamos en la quinta". Odiaba admitirlo, pero tenía razón. Con el coche, ahora que estábamos en hora punta, básicamente no mejoraba de la mañana a la noche. Yo nunca me había dado cuenta porque podía trabajar desde el coche y no importaba mucho desde dónde vigilara las acciones.

"¿Adónde vamos en realidad?", pregunté despreocupadamente y saqué mi smartphone del bolsillo. "Te dije que no te lo diría".

De hecho, Chloe se había pasado toda la semana hablando nada más que de su contraataque a mi viaje de fin de semana.

"Así es. Excepto que estás planeando un *viaje de pobre para* demostrarme que no necesito ir a Groenlandia". Chloe aminoró el paso para mirarme con reproche. Como no reaccioné, me

arrebató el smartphone de las manos y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

"Solo que yo no lo llamé *una excursión de pobres*". Me miró seriamente.

"No es necesario llamar a las cosas por su nombre para que tengan un nombre", respondí con calma. "Te sorprenderás si te gusta mi *salida de pobre*".

"Ya veremos", murmuré, porque no podía admitir que había estado deseando que llegara toda la semana. La semana había sido dura y papá no había dejado de interferir conmigo en el trabajo. Unas horas con Chloe era justo lo que necesitaba.

"Sí". Se colgó su misteriosa bolsa al hombro y siguió tirando de mí por las calles hasta que llegamos a nuestro destino: una pista de hielo.

"Ta-Dah". Agitó las manos como si hubiera conseguido crear una gran ilusión mágica. "¿Quieres ir a patinar sobre hielo?". La miré, frunciendo el ceño.

"Vamos a patinar sobre hielo", me corrigió con una sonrisa.

"Podríamos haber volado a Groenlandia para eso", dije con indiferencia. No era un romántico, pero estaba claro que patinar sobre hielo en un lago helado rodeado de abetos cubiertos de nieve era más espectacular que en una vieja pista de patinaje.

"Si sigues arrastrándome por el mundo, cada momento perderá su valor. Además, no hace falta que vuelas por medio mundo para coleccionar bonitos recuerdos. Sólo tienes que ir a por ello".

No sabía si podría hacer eso, pero decidí darle una oportunidad a Chloe. Sólo su café era prueba suficiente de que no conocía el mundo tan bien como creía.

"Hoy no oirás ni una palabra más sobre Groenlandia", le prometí.

"Gracias". Me sonrió felizmente y entramos en la pista de hielo. No estaba muy concurrida y alquilamos rápidamente los patines.

Como la temperatura en el vestíbulo era más fresca, Chloe deshizo su maleta y me envolvió el cuello con una bufanda de color rojo vivo y me dio mi chaqueta de invierno, que había metido en secreto. "Tejer no es precisamente mi punto fuerte, pero te mantendrá caliente".

Aferré la suave tela. "¿Lo has hecho tú?"

"Sí, llevo toda la semana trabajando en ello. No es de Prada, pero es único, si te sirve verlo así". Su incomparable aroma flotaba en cada puntada y casi me emocioné hasta las lágrimas porque nunca antes había recibido algo así como regalo.

"¿Te gusta?", preguntó con cautela mientras yo dejaba que la tela se deslizara silenciosamente entre mis dedos. "Lo llevaré con orgullo", dije. Le arranqué una sonrisa a Chloe. Se puso una bufanda un poco más pequeña, pero idéntica, y nos dirigimos a la pista de hielo.

"¿Has patinado alguna vez?", me preguntó.

"Alguna que otra vez", respondí, encogiéndome de hombros.

Me callaba que había estado en el equipo de hockey sobre hielo de la universidad. Normalmente me gustaba presumir de lo que tenía. Ya fuera mi dinero o mis habilidades, pero ahora mismo me parecía mal. Estábamos viviendo un momento perfecto y no quería estropearlo.

"Mia y yo venimos aquí a menudo. Las patatas fritas nunca saben tan bien como después de una larga ronda de patinaje".

Sonriendo, cogí su mano y la seguí hasta el hielo. Hacía siglos que no pisaba el hielo, pero a los pocos metros mi materia gris se puso en marcha.

Hicimos la ronda cogidos de la mano y Chloe tarareaba villancicos, lo cual no resultaba extraño aquí, aunque fuera casi junio.

"Por cierto, Mia nos debe diez dólares". Soltó una risita detrás de la mano.

"¿Por qué?", pregunté.

"Después *del Bagel-Gate*, Mia estaba segura de que no recorrerías ni dos metros sobre el hielo sin caerte". Enarqué una ceja.

"¿A quién tengo que sobornar para que se olvide de los bagels?"

"Olvidalo, Eben, es más terca que el plástico quemado". Su risa resonó en la pista de hielo y me sacudió el corazón.

"¿Tienes alguna otra apuesta en marcha que yo deba conocer?"

"No te lo diré. Sólo esto: no tenemos apuestas tan locas como las de Damian".

Sonaba raro cuando llamaba a Happy por su nombre, porque nadie más lo hacía excepto papá.

"¿De dónde viene realmente tu afición por las esculturas de hielo?", pregunté. Llevaba mucho tiempo con la pregunta en la punta de la lengua. Por desgracia, nunca había podido formularla sin suscitar más preguntas. No podía arriesgarme a demostrar que mi interés iba más allá de lo superficial. Cuanto más aprendía sobre Chloe, más profunda se volvía.

"De pequeña me encantaba tallar figuras, incluso en la valla del jardín de mi madre". Sus ojos se iluminaron al relatar aquella parte de su infancia, pero algo nubló la claridad en ellos. "Mamá necesitó un segundo trabajo en algún momento. Como nadie podía cuidar de mí, me llevó con ella. A su jefe no le importaba que utilizara los trozos de hielo para enfriarme y así, una cosa llevó a la otra".

Apenas me atrevía a hacer la siguiente pregunta, pero tenía que hacerlo.

"Sólo hablas de tu madre, nunca de tu padre".

"Así es, no hay mucho que contar sobre mi padre". La calidez había desaparecido por completo de su voz e inmediatamente me arrepentí de mi pregunta.

"Perdona, no quería ofenderte".

"Está bien, no puedes evitar sus errores". Se mordió los labios y se sintió visiblemente incómoda. Me consumía darme cuenta de que era culpa mía.

"No tienes que decir nada al respecto si no quieres", dije con simpatía. También había cosas que apartaba de mí lo mejor que podía.

"¿A quién le gusta hablar de las sombras de su pasado?", preguntó ella con amargura. "De todas formas, tarde o temprano tendré que contártelo".

"Más tarde será". Le di una última salida, pero ella negó con la cabeza.

"Este momento es tan bueno o tan malo como cualquier otro".

Se dirigió al borde del pasillo y se agarró a él para no tener que mirarme a los ojos.

"En realidad, mi padre biológico era un buen tipo. Claro, de lo contrario mamá nunca se habría enamorado de él". Pateó los patines contra la barricada que separaba el hielo del suelo de la pista.

"¿Y luego qué pasó?" La tristeza de sus ojos era tan abrumadora que hizo que mi voz sonara pesada. "Tenía dinero, muchísimo dinero, de hecho. Nos dejó a mamá y a mí sin mirar atrás. Dijo que ya no encajábamos en su estilo de vida".

"¿Así, sin más?", pregunté, porque no podía creer lo que estaba oyendo.

"Sí. Cuando era más joven, pensaba que las cosas habrían sido diferentes y que mamá me habría ocultado sus cartas porque habría sido demasiado doloroso leerlas. Pero no había ninguna. Ni por Navidad ni por mi cumpleaños".

Maldita sea. Papá y yo también teníamos nuestras diferencias, pero eso no era comparable a lo que Chloe había pasado.

Ahora empezaba a entender por qué Chloe demonizaba tanto el dinero. No era el dinero, era su padre. Parpadeó para apartar una lágrima, se limpió la cara con la mano y se sacudió valientemente la frustración. Yo seguía sin saber qué decir a eso. Mi familia no tenía ningún problema que se le fuera de las manos, aparte de las travesuras de Happy.

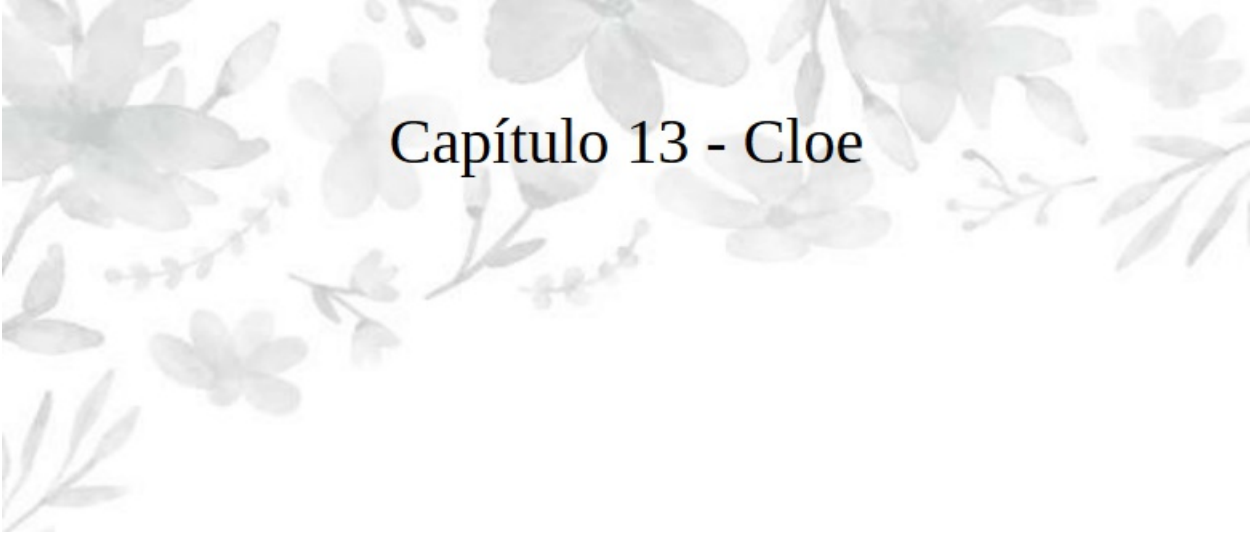
"De todos modos, mamá y yo lo hicimos sin él. Y ahora que lo sabes, no tenemos que seguir hablando de ello, ¿vale?".

"Por supuesto". Para ser sincero, no sabía qué había que decir. Su padre era un cabrón, y punto. Además, no podía soportar volver a verla tan triste. Era demasiado para mí.

"¿Tienes hambre?"

"¡Y cómo!" Se sacudió la tristeza como si nunca hubiera estado allí antes de marchar con confianza hacia la tienda de patatas fritas. No fue tan fácil para mí como para ella.

Chloe había conseguido impactarme tanto con su franqueza que nunca olvidaría aquel momento. Y también había conseguido cambiar mi plan. Ya no tenía que demostrarle que el dinero abría todas las puertas, sino que el dinero no cerraba ninguna. No todo el que tenía dinero era un monstruo como su padre. Era una locura, pero ahora que conocía el punto débil de Chloe, no quería explotarlo para mí, sino curarlo. Yo no era un monstruo y tenía que dejarlo claro.



Capítulo 13 - Cloe

Justo cuando me había puesto cómoda en la terraza de la azotea con mi lista de reproducción favorita y una Coca-Cola con hielo extra, Eben se puso delante de mí y me hizo sombra.

"Vuelves pronto a casa", dije, parpadeando. Sólo podía ver el contorno de su cuerpo, pero aun así se me puso la piel de gallina. ¡Era enorme!

"¿Tienes algún plan para hoy?". Se limitó a ignorar mi afirmación.

No lo creo", murmuré pensativa. Mia se quedaba con su padre, así que todo lo típico de compartir piso no funcionaba. Aparte de eso, estaba bastante ocupada con su nuevo trabajo, aunque pudiera hacerlo desde la oficina de su casa.

"Bien, entonces podré llevarte a los Premios Tony sin sentirme culpable". En sus labios había una sonrisa que reconocería en cualquier parte del mundo porque me hacía palpar el corazón.

"También podemos verlo en mi casa. Sabes que me siento perdida en tu sofá gigante". Me tiré boca abajo para ver mejor a Eben.

"Chloe, deberías conocerme a mí y a mis invitaciones". Cruzó los brazos delante del pecho y se recompuso aún más. Me sentí desfallecer cuando me miró así.

Me quedé pensando en su respuesta un momento, hasta que caí en la cuenta.

"¿Tú y yo estamos en directo en los Premios Tony?"

"Si quieres", respondió Eben con una sonrisa. "Pero también podría rechazar las entradas, como hago todos los años".

Me quedé con la boca abierta. "¿Te vas a saltar el premio Tony? ¿Estás loco?"

Eben me sonrió divertido, lo que me dejó aún más atónita.

"Si fuera a todos los actos, no acabaría ningún trabajo".

"Son. Son. Los. Premios Tony!" jadeé. "Y antes de que digas qué otros eventos te vas a saltar, será mejor que te lo guardes o me voy a desmayar".

La cabeza me traqueteaba violentamente. ¿Cómo podía perderme los Tony, los Oscar o el maldito estreno de Juego de Tronos?

"Mi atención se centra en otras cosas". Se metió despreocupadamente las manos en los bolsillos del pantalón. "Y no te culpo por ello", respondí. Eben no era como los demás hombres y *normal no era* una descripción exacta para él, porque era todo lo contrario de corriente.

"Además, es aburrido sin una compañía excitante", añadió.

"¿Se supone que eso es un cumplido?", pregunté riendo. Sin embargo, en el fondo de mi mente me preguntaba lo solitaria que había sido la vida de Eben antes de mí. Tenía una buena relación con su familia, pero nunca hablaba de amigos, y mucho menos de otras mujeres.

"Eso depende". Se apartó para que pudiera verle mejor.

"¿De qué?" Apenas podía estarme quieta porque tenía que volver a sacarle cada respuesta de las narices. "¿Quieres venir conmigo?" Vaya. Al principio no sabía qué sentir. ¿Emoción porque me habían invitado a los Premios Tony? ¿O más bien palpitaciones porque Eben quería que lo vieran conmigo en un lugar tan público? "Vaya pregunta. Por supuesto".

No importaba la luz que eso arrojara sobre mí, no te perdías un asiento en los Premios Tony, ¡sobre todo cuando podías mostrar al mundo con quién estabas sentada! Me levanté de un salto y abracé a Eben con alegría. Me besó apasionadamente y de repente me sentí la mujer más feliz del mundo entero. Cuando Eben se soltó de mi abrazo, le miré interrogante.

"No tengo nada adecuado que ponerme, ¿verdad?".

"¿Por qué me miras? Deberías conocer tu vestuario".

"Lo conozco y sé lo que me has comprado. Pero no hay nada adecuado".

Madre mía. Acababa de sufrir la maldición que toda mujer teme. Un armario lleno de ropa, ¡pero nada que me quede bien!

"Exacto". Le miré mortalmente seria. "¡Tenemos que ir de compras!"

"El salón ya está encargado".

Como siempre, había pensado en todo. Incluso me inclinaba a decir que era el hombre perfecto.

"¿Qué habría pasado si me hubiera negado?"

"Entonces nunca habrías sabido que fuera te esperaba una limusina".

Me cambié de ropa en un santiamén y, antes de darme cuenta, Eben me estaba guiando por *Macy's*. Era la primera vez que veía el interior de los grandes almacenes de Nueva York'.

Mis uñas arañaron el brazo de Eben porque estaba abrumada por toda la ropa bonita que se exponía en los escaparates.

"Esto es realmente increíble", susurré asombrada mientras recorríamos las plantas.

"Podrías tener eso todos los días", respondió con el típico estilo de Eben.

"Oh, Eben. ¿Cuándo aprenderás por fin a apreciar los momentos realmente importantes?" "Te agradezco mucho que te hayas comprado la ropa más bonita".

Reprimí mi mirada, porque esta discusión no llevaba a ninguna parte. Me detuve brevemente para mirar los escaparates. ¡Era increíble la cantidad de cosas que había aquí! Pero Eben no hizo ningún esfuerzo por detenerse, lo cual me sorprendió mucho.

"¿No se suponía que íbamos a ir a comprar un conjunto para mí?", pregunté, irritada. "Sí, pero no aquí". Siguió caminando con determinación y yo le seguí, aunque no sabía adónde ir ni qué esperar. "Entonces, ¿por qué hemos venido aquí? Odiaba que no me contara sus planes, sino que lo envolviera todo en crípticas no-respuestas. Me mantenía en suspense con demasiada frecuencia para mi gusto. "Porque sólo se puede acceder al entresuelo por la entrada principal", explicó entonces. "Nunca he oído hablar de un entresuelo en *Macy's*".

Eben sonrió significativamente, lo que me hizo darme cuenta de qué tipo de *llave* abría esta puerta. Dios mío, *Macy's* tenía una zona mucho más exclusiva además de las exclusivas *normales*, reservadas sólo para los más privilegiados, entre los que yo me encontraba ahora.

Me costó aceptar este papel y tampoco me sentía cómoda, pero aun así me sentía bien con Eben cerca. Mi corazón se hizo un poco más pesado cuando pensé en el hecho de que nuestra apuesta estaba llegando a su fin. Las últimas tres semanas me habían parecido toda una vida.

Poco a poco, mi corazón y yo teníamos que prepararnos para dejar de querer a Eben. Eben me condujo por la planta secreta directamente a los vestidos de noche y de baile. Las dependientas nos miraron con curiosidad, pero mantuvieron las distancias. Estaban atentas sin ser intrusivas. Sabía por experiencia propia lo delgada que era la línea y cuánto me había costado encontrar el equilibrio. "Coge lo que quieras -dijo Eben con un gesto de invitación-.

Me paseaba arriba y abajo insegura porque no tenía ni idea de qué era lo mejor que podía ponerme para los Premios Tony. La ceremonia era de una liga completamente distinta a la de nuestro último baile. Y para colmo, todos los vestidos eran preciosos.

"¿Tienes algo especial en mente?", pregunté. Intenté parecer lo más normal posible, aunque me costaba sudar por dentro. Definitivamente, no quería avergonzarme. Ni delante de Eben ni del resto del mundo. "¿Qué te parece éste?" Eben eligió infaliblemente un vestido blanco hasta el suelo con un dobladillo dorado. "Me gusta", respondí con una sonrisa. En realidad, me gustaban todas y cada una de las prendas que había aquí, y no me atrevía a mirar el precio por miedo a que le restara belleza. Pero antes de que me fijara en la etiqueta del precio, vino una vendedora y se lo quitó a Eben.

Le puso dos vestidos más, que ella miró brevemente antes de posar sus ojos en mí. Yo seguía tan abrumada que no podía moverme.

"Tu marido tiene muy buen ojo", murmuró amablemente.

"Oh, no es mi marido", respondí con las mejillas sonrojadas.

"¿No?" La expresión de la dependienta cambió de inmediato y miró a Eben con otros ojos. Odiaba que me invadieran los celos, pero no pude evitar coger a Eben del brazo y tirar de él hacia mí. "Al menos todavía no". La vendedora sonrió amablemente antes de llevar las prendas seleccionadas al probador. Vestuario era sin duda la palabra equivocada para describir la enorme cortina que cubría fácilmente un sazón de lujo, o el espejo hasta el techo con pequeñas lámparas pegadas a él, del tipo de las pasarelas. Estaba en un cuento de hadas, ¡sólo que era real!

"No tengas miedo de llamarme si necesitas ayuda", balbuceó alegremente la vendedora antes de retirarse. Quise correr la cortina, pero Eben no hizo ningún esfuerzo por moverse.

"¿No vas a esperar fuera?", pregunté expectante.

"¿Por qué? No hay nada que no haya visto ya en ti".

"Sí, así es, a saber cómo me meto en un vestido largo hasta el suelo. Y así seguirá siendo". Eben levantó los brazos de forma apaciguadora.

"No pasa nada, no pasa nada". Se dirigió al sofá de color rosa que había frente a la cortina y yo le hice un gesto de satisfacción con la cabeza.

Me di cuenta de que aún tenía algo que decir. En realidad quería abstenerme de preguntar, pero mi curiosidad pudo más que yo.

"¿Qué más tienes que decirme?" Me quité los zapatos y los pateé a un lado.

"Oh, nada". Se encogió de hombros, pero sonrió significativamente.

"¡Suéltalo!" Por suerte para él, mis zapatos ya habían desaparecido y no tenía nada que tirarle.

"Me parece bonito que te hayas puesto celosa". A juzgar por su expresión, le parecía muy mona. Dios mío. Me había pillado por completo, pero nunca me permití admitirlo.

"Que va". Sacudí la cabeza.

"Probablemente sí. ¿O tu *casi-propuesta* no iba en serio?"

"¡Eso no era una proposición!" Con la cabeza colorada, corrí la cortina detrás de mí. No era una decisión adulta, pero fue lo único que se me ocurrió para escapar de la situación.

Eben saboreó su victoria en silencio, lo que la hizo aún peor. Mi derrota fue acompañada de alegres bromas al piano.

Me metí en el primer vestido que Eben había elegido para mí, pero antes de subirme del todo la cremallera, estuve a punto de explotar porque la discusión que parecía que había terminado aún

no había terminado. Volví a descorrer la cortina y miré con rabia a Eben.

"En primer lugar, no era una proposición de matrimonio, porque creo que el trabajo de un hombre es cortejar a una mujer, y no al revés. Y en segundo lugar, tampoco era un acuerdo para tu primer trato, porque ya deberías saber que no puedes comprarme".

Eben me miró con una mezcla de fascinación y oscuridad.

"Estás preciosa, Chloe".

"¿Me has escuchado siquiera?", pregunté indignada.

Se levantó y me dirigió una mirada prometedora. "Siempre te escucho".

Me apartó un mechón de pelo de la cara con la mano y me rozó la mejilla. Me derretí al instante y mi rabia se esfumó.

"No sólo te escucho, te conozco mejor de lo que crees".

Mis piernas se debilitaron mucho, así que me agarré a la cortina y esperé que fuera más estable de lo que parecía.

"¿Ah, sí? Cualquiera podría decir eso". Mi voz no era más que un susurro.

"Sé que llevas un póster de Wicked porque esperas que te lo firmen más tarde". Había dado en la diana. "Golpe de suerte", murmuré.

"No lo hagas". Eben ladeó la cabeza para que una sombra le cubriera la mitad de la cara. "Siento como si te conociera de toda la vida. Eres tan fácil de leer como un libro abierto".

La química entre los dos nos había permitido compenetrarnos hasta los niveles más profundos. Era un hecho que no podíamos -y no queríamos- negar.

"Tienes razón, estaba celosa", confesé. Sentí la necesidad interior de decirle la verdad, aunque mi orgullo se resistía a ello. No llegaríamos a ninguna parte si nos guardábamos nuestros sentimientos, así que di el primer paso.

Eben sonrió satisfecho. "No tienes por qué estar celosa, sólo tengo ojos para ti".

La despiadada verdad de sus ojos hizo que mi corazón latiera más rápido que nunca.

Me acercó y me besó. Al principio suave y tiernamente, como un caballero, luego cada vez más exigente. Tan exigente que corrió la cortina para protegernos de las miradas indiscretas.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, masajeando mis puntas sensibles, que se transparentaban claramente bajo la tela, y gemí suavemente. Mi abdomen se estremeció de anticipación y palpitaba con tanta fuerza que podía sentirlo hasta la punta de los dedos.

Aunque el ambiente se iba caldeando cada vez más, me pilló desprevenida cuando Eben se abrió los pantalones. "No deberíamos hacer esto", susurré.

"Cierto, probablemente no deberíamos hacerlo", respondió mientras se abría más los pantalones.

"Pero yo no me fío mucho de las normas. ¿Y tú?

Me mordí el labio inferior, porque la respuesta era obvia. "Yo tampoco".

El mero hecho de que estuviéramos haciendo algo prohibido, en medio de la sección secreta de *Macy's*, añadía picante a todo el asunto. Nunca me habían llevado a hacer algo prohibido, y menos algo tan sucio. Eben despertó partes de mí que no tenía ni idea de que existieran.

Una mirada incitadora bastó para que me arrodillara y abriera la boca.

Supongo que nunca me acostumbré a la vista de su tamaño, y que *demasiado* era lo justo para catapultarme a otras esferas.

Sin apartar los ojos de él, lamí toda su longitud. Me acarició el pelo y me atrajo hacia sí, exigiendo más. Le agarré la punta, chupé suavemente y le arranqué otro gruñido. Me agarró el pelo con más fuerza. Tiró de mí contra él y le penetré aún más. Era agotador, era demasiado y lo justo para volverme loca. Pasé mi lengua arriba y abajo por su dureza. No tardó en ponerse aún más duro y grande. Palpitaba dentro de mí y casi me corro sólo de verlo.

Empujó aún más dentro de mí. Tanto que quise salir, pero su firme agarre me lo impidió. "No hagas ruido, no queremos que nos pillen, ¿verdad?". No hacía falta conocerle para oír la diversión. Me encantaba cuando Eben estaba tan relajado. Sin miradas preocupadas a la bolsa.

Me estaba quedando sin aliento, pero su agarre inquebrantable me mantenía en mi sitio. Sólo cuando me hubo llevado al límite, me soltó y me dirigió la mirada más hermosa de todas. Llena de orgullo, calidez y amor. Incluso él ya no podía negar que había una chispa entre nosotros, aunque procediéramos de mundos diferentes e incompatibles.

Sentí la necesidad de decir las tres palabras mágicas. *Te quiero, Eben*. Pero su erección lo sofocó todo. No sé si podría volver a armarme de valor después de aquello, pero decidí concentrarme de nuevo plenamente en el momento. Sólo estábamos él, yo y lo prohibido que nunca olvidaría.

Respiré hondo antes de tomar su longitud por segunda vez, tan hondo como pude. Empujó contra mi garganta, lo que aumentó las palpitaciones entre mis muslos.

Todo mi cuerpo vibraba de lujuria y ya no sabía dónde tenía la cabeza. Era sólo cuestión de tiempo que la dependienta volviera. Esperaba que fuera tarde y no pronto, porque estaba disfrutando demasiado del momento como para dejar que terminara bruscamente.

Trabajé duro, chupando y lamiendo la polla de Eben cada vez con más vigor, hasta que su respiración fue rápida e irregular.

Sus ojos brillaban de deseo y yo estaba dispuesta a darle todo lo que tenía. Realmente todo. Fuera lo que fuese lo que se había metido en mí, había sucedido de forma irrevocable y me

asustó un poco. Nunca me había enfrentado a sentimientos tan intensos.

Eben me acarició cariñosamente la mejilla. Un agudo contraste con los violentos movimientos con los que me follaba la garganta.

Podía sentir cómo se ponía cada vez más duro hasta que por fin cedió a las ganas de correrse. Se corrió y bombeó su lujuria en mi boca. Eben disfrutó de la sensación durante un momento, luego se apartó de mí y se cerró los pantalones.

Me pasé soñadoramente las manos por los labios para saborear su semen un poco más antes de volver a ponerme en pie. Unas piernas bastante tambaleantes, para ser exactos.

Ni un segundo después, la dependienta abrió la cortina para preguntar si todo iba bien. Nos llevaremos este vestido -dijo Eben. Asentí sin pensarlo. Mis mejillas brillaban de calor mientras intentaba que no se me notara.

Con una sonrisa de felicidad, la dependienta volvió a desaparecer.

"¿Querías decir algo más?", preguntó Eben, "Pareces muy pensativa".

Te quiero. Cielos, no me atrevía a decirlo en voz alta. Quería hacerlo, pero no podía dar el primer paso. No sin correr el riesgo de que me rompieran el corazón. Porque si por algo eran conocidos los San Valentín, era por los corazones rotos que dejaban en su camino sin siquiera darse cuenta.

"No, no hay nada más que decir".



Capítulo 14 - Eben

Había perdido completamente la noción del tiempo en el vestuario y, por tanto, un tiempo valioso que tenía que recuperar de alguna manera.

"¿Por qué tienes tanta prisa?", me preguntó Chloe sin aliento mientras la arrastraba por *Macy's*.

"Tenemos que atenernos a nuestro horario", respondí secamente. No quería que supiera lo que planeaba para no estropearle la sorpresa.

Sólo papá, Addam y Happy -porque había oído mi conversación con papá- conocían mi plan.

"¿Hay algo de lo que deba preocuparme?". Me miró con tanta preocupación que hice una breve pausa para tranquilizarla.

"No, en absoluto. Tu único trabajo hoy es disfrutar del día".

"Lo cual no es tan fácil cuando corres por unos grandes almacenes abarrotados". Sonrió de manera sarcástica. La besé para disipar sus dudas antes de continuar hacia el ascensor que conducía a la azotea. "¿Arriba?", preguntó Chloe, frunciendo el ceño.

"¿Crees que estoy tan trastornado que hasta me olvido de mi destino?".

"Bueno, ahora no pareces tan cuerdo como de costumbre". Inclino la cabeza para añadir dulzura a la dureza de sus palabras.

"Nunca he estado más cuerdo", negué la condición, era innegable. Estaba en vilo. Después de todo, acababa de tomar una decisión que cambiaría mi vida para siempre.

"Si tú lo dices". La burla en su voz no dejaba lugar a dudas de que me había descubierto. Pero no era de extrañar, después de todo, se trataba de un asunto importante.

"Sí, ya lo creo". Fingí no darme cuenta de su cinismo hasta que llegamos al helipuerto. "¿Vamos a volar a los Premios Tony?". Atónita, miró a un lado y a otro del helicóptero y a mí. "Sí, lo hacemos. No hay tiempo para nada más".

Chloe miró el reloj. "¿No?"

Teóricamente, habríamos llegado a tiempo a la entrega de premios en limusina, pero no antes de que la mayoría de los periódicos fueran a la imprenta. Y lo que tenía en mente se iba a hacer definitivamente viral. "No. *Cosas de multimillonarios y todo eso*, por usar tus palabras".

Mi explicación le arrancó una risita.

"Bueno, en ese caso, señor-soy-tan-increíblemente-exigente-importante, me encantaría volar contigo a los premios Tony".

"Preferirías en otro tipo de transporte, ¿no?" Sonreí irónicamente porque pude ver en su cara que su respuesta era otra típica *de Chloe Rush*.

"Estas máquinas no me inspiran mucha confianza".

La cogí de la mano. "No te preocupes, yo cuidaré de ti".

No era una frase hueca, iba en serio. Nunca expondría a Cloe a ningún peligro. Los helicópteros Valentine cumplían las normas de seguridad más estrictas, y se revisaban y comprobaban antes de cada vuelo. Ni que decir tiene que los pilotos eran doble y triplemente revisados y probados antes de que se les permitiera trabajar para nosotros.

"Lo sé". Sólo fueron dos palabras, pero su respuesta significó mucho para mí. La confianza en su voz era real. Tan real que incluso me asustó.

"Las damas primero", dije, tendiéndole la mano y ayudándola a subir al helicóptero.

Las palas del rotor hacían tanto ruido que ya no podías entender tus propias palabras. Sólo cuando nos pusimos los auriculares con el micrófono integrado pudimos oírnos.

"Dime, ¿dónde me cambio realmente?". Agitó significativamente la bolsa de la compra. "Mi limusina me espera a una manzana de aquí".

"¿En el coche?!" Las uñas de Chloe se clavaron en mi brazo. "¿Y qué se supone que tengo que hacer con el pelo? ¡Y el maquillaje! Por Dios, ¡no puedo ir a los *Premios Tony* sin peinar!". Chloe volvió a soltar un grito ahogado que me hizo sonreír. Pero también era un poco sorprendente que la mujer más guapa del mundo se preocupara constantemente por sus defectos, que, ojo, no estaban ahí.

"Estás preciosa con el pelo suelto. Y puedes permitirte pasear por la alfombra roja sin maquillaje". Eso era quizá incluso mejor, porque la mitad de las mujeres maquilladas llevaban un maquillaje inadecuado para el flash y, por tanto, parecían fantasmas de castillo.

Chloe respiró hondo y exhaló.

"Tienes razón. Si mamá estuviera aquí ahora, diría: *no te preocupes, nadie se casará contigo*". Dejé sin respuesta sus palabras y saqué el smartphone del bolsillo para distraerme hasta que llegamos a nuestro destino.

Subimos a la limusina y me sorprendió darme cuenta de que Chloe tenía un talento natural para vestirse en el coche. Cuando se dio cuenta de mis miradas de admiración, soltó una risita suave. "Mia y yo teníamos que cambiarnos regularmente en su viejo Pontiac. Créeme, esta limusina de aquí es pan comido".

Se quitó la goma del pelo, se inclinó y se revolvió el cabello. Mientras lanzaba la cabeza hacia arriba y su melena volaba salvajemente a su alrededor, me regaló el más hermoso aleteo de pestañas que una mujer había regalado jamás a un hombre.

Maldita sea. Apenas podía quedarme quieto porque este momento no hacía más que confirmar mi intención. Chloe era la primera mujer con la que llevaba tres semanas sin demonizarla. Al contrario, quería tenerla cerca todo el rato.

¿Para qué gastar tanto tiempo y esfuerzo buscando a una mujer cuando tenía a Cloe delante de mí? Había perdido mi apuesta, pero tenía que admitir que había aprendido a apreciar precisamente esta cualidad en ella. Estaba realmente interesada en mí, no en mi dinero ni en la influencia que tenía. Teníamos que volver a hablar de lo de coleccionar cupones, pero era innegable que teníamos química.

La limusina se detuvo y se me aceleró el pulso. Al principio había pensado que era algo fácil que ya estaba en el saco, pero y si me equivocaba. Mi pecho estaba a punto de estallar porque el corazón se me aceleraba por dentro.

"¿Preparada?", le pregunté a Cloe, pero en realidad me refería a mí.

"Nunca se me habría ocurrido aparecer aquí por mi cuenta", empezó e hizo una pausa. "Probablemente porque la seguridad te habría interceptado a trescientos metros de la entrada", respondí con una sonrisa. Maldita sea, la situación se me volvió del revés y adquirí rasgos que normalmente sólo se atribuían a Happy.

"Lo que quería decirte: Contigo a mi lado, estoy preparada para todo".

Su sonrisa provocó un escalofrío que sacudió todo mi cuerpo.

"Yo también", respondí. Luego bajé de la limusina para ayudarla a salir.

Pasaban muchísimas cosas y los flashes que nos rodeaban casi me cegaban. Puse mi cara de San Valentín, que ya había adquirido de papá cuando era niño, y guié a Chloe por la alfombra roja.

"Vaya, todavía no puedo creer que te perdieras *algo así*", me susurró.

"Tales acontecimientos no valen nada si no tienes la compañía adecuada".

"Oíd, oíd. Eben Valentine cree que es valioso algo que no tiene precio". Soltó una risita para sí misma, revelando unos hoyuelos de risa que me parecieron tan impresionantes que quise

congelar el momento. Seguimos andando hasta que llegamos al centro. Cinco pasos más... tres más... uno más. Entonces había llegado el gran momento, del que Chloe no tenía ni idea.

Reduje la velocidad y me puse a un lado de Chloe. Para que ella pudiera verme con claridad, pero también para que la prensa pudiera hacer las fotos perfectas para hacer feliz a papá.

Dudé un segundo, pero luego me arrodillé ante ella. Después de este fin de semana, nuestra apuesta había terminado y sabía que no podría retenerla con dinero. Ésta era mi única oportunidad.

"Oye, ¿qué estás haciendo?". Le temblaba la voz porque sabía exactamente lo que estaba haciendo. No se lo podía creer. Y con razón, ¿quién estaba tan loco como para declararse después de sólo tres semanas? Yo. "¿Has perdido una de las estúpidas apuestas de Happy? Te juro que si esto es una broma... ". "No me digas", dije con seriedad. Entonces mis facciones se suavizaron.

"De todas las mujeres del mundo, tú eres la única que ha dejado una huella en mí. Y a tu manera, inconfundible, que nunca me dejará marchar".

"Dios mío, lo dices en serio", me susurró Chloe".

"Ya lo creo. No soy un hombre que haga las cosas a medias... y si te dejara marchar, sólo sería medio hombre". Hice una breve pausa para que diera más sentido a mi siguiente frase. "Chloe Rush, ¿quieres casarte conmigo?". Me miró conmovida, con ojos grandes como lunas, hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas, dándome una breve punzada en el corazón.

"Por fin haces las preguntas adecuadas, Eben. Claro que quiero casarme contigo".

Alborozado, saqué un anillo de compromiso del bolsillo y se lo puse en el dedo mientras las luces parpadeantes que nos rodeaban centelleaban como estrellas. No pude resistirme a ponerle en el dedo un anillo de diamantes de muchos quilates. Luego me levanté de un salto y la atraje hacia mí para darle el beso más íntimo que jamás habíamos compartido.

Sólo cuando se apagó el fogonazo a nuestro alrededor, volví a soltarla.

"¿Cuánto tiempo llevas planeando esto?", preguntó Chloe, atónita.

"¿Casarme contigo? Desde que nos conocimos".

Ella puso los ojos en blanco con una sonrisa. "No es que quieras casarte, es que quieres casarte *conmigo*".

"Eso es lo que he dicho". Por fuera parecía tan frío como siempre, pero por dentro estaba más excitado de lo que había estado en mucho tiempo. Su respuesta me había provocado un auténtico subidón de adrenalina que, junto con las endorfinas, era una mezcla peligrosa.

Me golpeó el pecho con la palma de la mano: "Eres idiota".

"Aceptaste la propuesta de un idiota, lo que también te convierte en una idiota. Enhorabuena, Srta. Valentine". "Estamos en el siglo XXI, tomarás mi nombre".

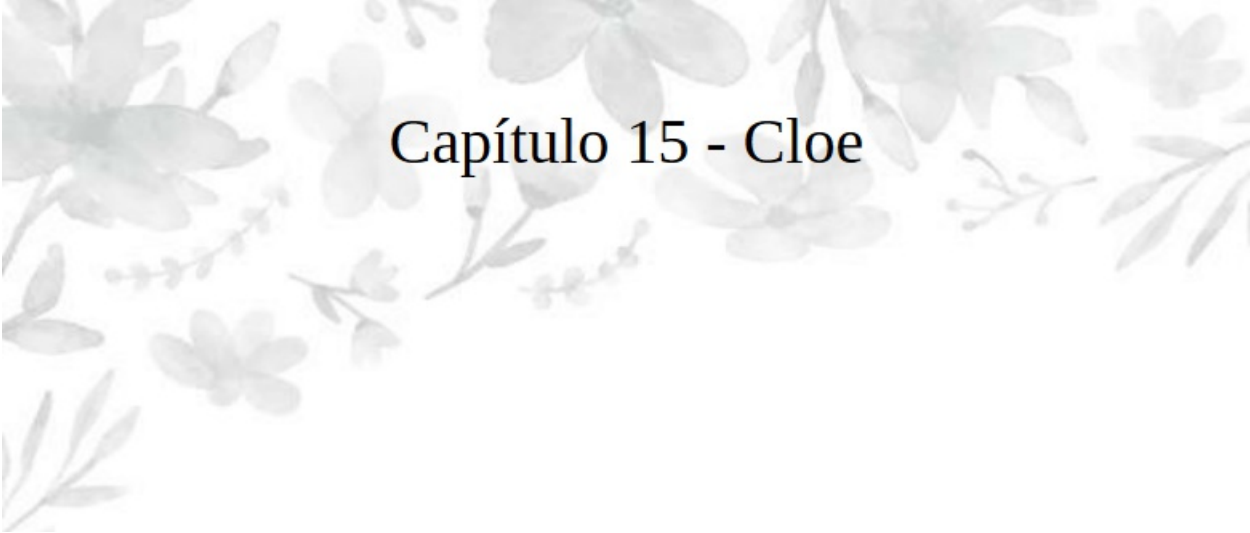
Casi me ahogo con sus palabras.

"Una pequeña broma. Sé lo mucho que significa para ti tu apellido y me encantaría formar parte de tu familia". "De verdad que me has engañado por un segundo", dije, aliviado.

"Hay muchos más de donde salió ese chiste". Archeó las cejas significativamente.

"Esa críptica advertencia me hace presentir que has tenido una larga charla con Happy", refunfuñé. "Sí. Una conversación bastante larga en realidad". Sonrió y me contagió su risa.

"¿Entramos entonces?" Le ofrecí mi brazo para que pudiera engancharse. "Vamos a buscar al reparto de Wicked para que te firmen el póster".



Capítulo 15 - Cloe

Ya estaba amaneciendo cuando volvimos a subir a la limusina de Eben.

Hoy me han sucedido tres cosas increíbles, sólo después de haber dormido.

En primer lugar, me había enterado de que *Macy's* tenía una sección secreta para los superrricos. En segundo lugar, Eben me había invitado a los Premios Tony, incluido un póster firmado. En tercer lugar, estaba a punto de convertirme en *Miss Valentine* porque había aceptado su proposición. No sé por qué el compromiso fue el último de mi lista. Quizá porque la situación aún me parecía surrealista. Todo el día había transcurrido de forma completamente distinta a lo esperado y, de repente, yo era la mujer más feliz del mundo.

No porque me casara con un multimillonario, sino porque el multimillonario se había dado cuenta por fin de que sólo podía comprar mi amor de una manera, con su corazón.

Suspirando, me quité los tacones que había llevado toda la noche. ¿Por qué me había hecho esto? Una mirada a Eben bastaba para saber la respuesta. Llevaba los tacones porque tenía unas piernas irresistiblemente largas con ellos y me encantaba cómo me miraba Eben con ellos puestos.

Cuando Eben cerró la puerta del coche tras de sí, nos miramos seriamente durante un segundo antes de caer el uno sobre el otro.

"¡He estado deseando hacerte eso todo el tiempo!", gruñó Eben.

"¡Y he estado esperando a que lo hicieras todo este tiempo!". Mis palabras se convirtieron en un suspiro que exigía más. Toda la tensión que había reinado en los Premios Tony se desvaneció de mí, dejando atrás mi corazón que latía desbocado y el deseo de Eben.

Pulsando un botón, se levantó el tabique que daba al conductor, lo que nos proporcionó algo de intimidad. Me daba igual que el conductor nos oyera o no, estaba demasiado excitada para preocuparme por ello. Quizá también estaba un poco achispada.

"Por la noche todo el mundo sólo tenía ojos para ti", siguió susurrando Eben. "El mundo entero te miraba". "Entonces ahora todo el mundo sabe que soy tuya". Al darme cuenta, me sentí tan feliz que tuve que sonreír. No podía dejar de mirar el enorme anillo de compromiso que me había puesto. Llevaría este anillo con orgullo para siempre, porque era el primer regalo de Eben cuyo precio no me importaba. Le resultaba difícil demostrar sus sentimientos de otra forma que no fuera a través de cosas materiales, ahora lo comprendía. Aún nos quedaba un largo camino por recorrer, pero por muy pedregoso que fuera, nos teníamos el uno al otro. Me besó el cuello y la áspera sombra de su barba me hizo cosquillas en la piel, lo que me provocó una risita. Hasta que su mano se deslizó entre mis piernas, entonces se convirtió en un gemido.

Mi mano recorrió su pecho hasta que sentí su definido six-pack.

Daría la vida por esos músculos.

Por un lado, quería arrancarle el traje a Eben, pero por otro, tenía un aspecto tan irresistible que luché conmigo misma. Un Eben desnudo siempre era un buen Eben, pero el traje le daba una expresión inigualable, que me encantaba igualmente.

Me bajé del asiento, le abrí los pantalones y me arrodillé frente a él. No había nada que deseara más que su dureza en mi boca.

Lamí la punta con la lengua hacia abajo. Eben se reclinó en su asiento y observó fascinado cómo le acariciaba la virilidad. Masajeé su longitud de arriba abajo con la mano izquierda y me toqué con la derecha. Si no explotaba pronto, íbamos a tener un gran problema. Parecía que a Eben le pasaba lo mismo, porque seguía empujando dentro de mí mientras me miraba expectante.

Sabía exactamente lo que quería, porque yo también lo quería. Aunque éramos personas completamente distintas de dos vidas opuestas, sexualmente estábamos completamente en la misma onda. Incliné la cabeza para que me penetrara aún más. Para acomodarme a sus movimientos, me apoyé a regañadientes en su muslo con ambas manos. Mi clítoris palpitaba dolorosamente y pedía más. Dios mío, ¡no podía esperar más! Me recogí el vestido y me lancé sobre Eben. Bajé sobre su erección y lo cabalgué como nunca.

"Ya eres una auténtica Valentine", susurró Eben.

"¿Por qué?" No conseguía más que respuestas monosilábicas.

"Porque coges lo que quieres".

Le sonreí y reprimí mi comentario. Nunca sería una verdadera Valentine, ambos lo sabíamos. Aun así, no pasaba nada por fingir de vez en cuando.

Seguí empujando a Eben con movimientos violentos mientras sus manos me daban palmadas en el culo. No era un azote de verdad, pero era tan contundente que apenas podía controlarme. Aún

faltaban unas cuantas manzanas para llegar al piso de Eben y tenía la intención de llegar en cada una de ellas. Cada vez que me daba una palmada en el culo, me estrechaba aún más a su alrededor, lo que apenas había creído posible. Al mismo tiempo, su longitud chocaba tan perfectamente contra mi punto más sensible que apenas podía respirar.

"¡Ven a por mí!", exigió Eben. Para enfatizar su exigencia, me agarró por la cintura y me levantó y bajó. Siguió embistiendo con su dureza y no pude evitar seguir su orden. Me corrí dos veces seguidas porque no paraba de follarme.

La firmeza de Eben era sencillamente increíble. Fue capaz de follarme hasta los sesos poco a poco sin quedarse sin aliento.

Me moví aún más deprisa porque quería que él también se corriera. Sólo cuando se hubiese corrido dentro de mí podría echarme hacia atrás y respirar hondo. Pero parecía que Eben no pensaba correrse en mucho tiempo. Quería volverme loca hasta que saltara al abismo por mi cuenta.

Mis movimientos se volvieron aún más violentos porque no podía aceptar que él tuviera la sartén por el mango. Me corrí una tercera vez mientras él me sonreía cariñosamente como si no quisiera hacerme daño. Me temblaban tanto las piernas que hasta Eben se dio cuenta. No quería admitirlo, pero estaba al límite de mis fuerzas. Ya habíamos dejado atrás media Nueva York, pero aún no habíamos llegado al final. Al menos Eben no. "Relájate", susurró mientras me acariciaba el pelo suelto.

"Nada más fácil que eso". Me dejé caer hacia delante, enterré la cara en el pliegue de su cuello y respiré hondo. Inhalar su aroma fue como *volver a casa*.

Me dio un momento, luego me levantó un poco y empujó. Una y otra vez hasta que no supe ni cómo me llamaba.

Eben me folló con todos los trucos de libro y el único pensamiento claro que aún podía captar era que estábamos conectados para siempre. No había duda de que se había grabado a fuego en lo más profundo de mi corazón, donde sólo yo podía verlo y sentirlo. Y para quien no lo creyera, el anillo en mi dedo era la prueba visible. Como cada vez tenía más calor, no tuve más remedio que quitarme el vestido de encima antes de que se incendiara la tela.

Eben no perdió la oportunidad de recrearse con mis pechos. Besó mi piel sensible y movió su lengua en círculos cada vez más pequeños hasta mis pezones, que se pusieron duros de inmediato.

Mordió suavemente, provocándome gritos roncós. Sentía como si me estimulara millones de vías nerviosas, forzándome a mi cuarto orgasmo. Alternaba entre lamer y morder mis duros capullos,

sin prestar atención a lo sobreestimulada que estaba.

Me temblaba todo el cuerpo. Había llegado al final y, sin embargo, ansiaba más. Necesitaba la despiadada ternura con la que Eben trabajaba mi cuerpo.

"Dime otra vez que eres mía". Me miró con una mezcla de fascinación y oscuro deseo. "Soy tuya", respiré contra sus labios.

"Nunca pensé que esas palabras que salían de tu boca pudieran volverme tan loco. O que tu boca pudiera volverme tan loco". Me pasó el pulgar por el labio inferior hasta que abrí ligeramente la boca y le lamí el pulgar. "Yo tampoco puedo describir lo mucho que me gusta ser de tu propiedad".

Nos follamos mutuamente y eso lo selló todo. Valentine y yo íbamos a casarnos porque no podíamos apartar las manos el uno del otro. La mayor felicidad del mundo, por así decirlo, había empezado con el mayor error de mi carrera.

No fue hasta que estuvimos cerca de su piso cuando sentí que la erección de Eben se ponía cada vez más dura hasta que por fin se corrió. Sólo cuando se hubo corrido dentro de mí recobré el sentido y me dejé caer sin aliento sobre el asiento.

"Vaya, ha sido increíble", me dije más a mí misma que a Eben, que asintió con la cabeza. "Si ocurre así cada vez, podremos comprometernos más a menudo".

Me miró con una sonrisa. "¿Y qué tienes en mente, con qué frecuencia quieres comprometerte? ¿Mensualmente? ¿Semanalmente?"

"¡Era una broma!" Inmediatamente recuperé el aliento porque no había prestado atención a las palabras que salían de mi boca.

"Mi oferta iba en serio". Me guiñó un ojo y supe que sólo lo hacía para avergonzarme. Tenías que tener cuidado con Eben, de lo contrario metería literalmente al elefante en la habitación sólo para demostrar un punto.

Agotados pero rebosantes de alegría, llegamos al piso de Eben. Cuando salí del coche, saqué el smartphone del bolsillo para asegurarme de que no me había perdido ningún mensaje importante antes de entrar en un letargo de tres días.

Mia me había enviado unos cuantos selfies con donuts de cereza mientras veía los Premios Tony en la tele y el chat de mamá estaba lleno de corazones. Pero un último mensaje me hizo dudar y tuve que leer lo que decía tres veces.

¡Madre mía! En estado de shock, dejé caer el smartphone y le di a la pantalla la actualización de la aplicación Splitter.

"¿Estás bien?", preguntó Eben, mirando confundido a un lado y a otro de mi smartphone y mi pálido rostro. "Todo va bien". Nunca había tenido la boca tan seca. "Sólo estoy cansada, además de mi torpeza normal". Era una gran mentira, pero Eben se la creyó. ¿Cómo demonios iba a decirle que mi boleto de Powerball había ganado el premio gordo y que ahora podría tener más dinero que él, cosa que ni siquiera quería? *Ogottogottogott.*



Capítulo 16 - Eben

Pocos días después del compromiso, mi despacho parecía un campo de batalla. Había cientos de catálogos, muestras de telas y otras cosas de la boda tiradas por ahí. Sólo Chloe parecía tener una visión de conjunto del caos que había provocado.

"¿Por qué otra vez no contratamos a un organizador de bodas?", pregunté, dando un sorbo a mi café. "Porque podemos organizar nuestra boda nosotros mismos". Señaló todos los catálogos con blocs de notas de distintos colores.

"Claro que *podemos*, pero no tenemos por qué hacerlo". Me recosté en la silla y respiré hondo. Lo único que quería era una boda sin estrés, pero prestigiosa, para mantener a papá tranquilo.

"Vale, pero entonces cancelaremos el anuncio en el New York Times". Chloe se apoyó en la mesa frente a mí como si no fuera cuestión de discutir.

"¿Por qué?" Me levanté porque los asuntos de la boda me habían estado sacando de quicio toda la semana. No, no la boda, sino el hecho de que Chloe siguiera sin aceptar que me ocupara de ella. Todas las líneas de preocupación de su cara eran infundadas. Pronto iba a ser una Valentina, no nos preocupábamos por los cacahuetes.

"Porque ya ha costado más que toda mi boda". Chloe hizo un mohín.

"Deja de preocuparte", dije con calma pero con énfasis.

"Es más fácil decirlo que hacerlo", murmuró ella, haciendo un mohín, "no puedo salirme de mi piel así como así".

"Supón que cayeran en tus manos mil millones de dólares, ¿seguirías armando tanto alboroto por unos pocos miles de dólares?".

"Sí". Hizo una mueca de dolor, como si la hubiera pillado mintiendo. La pregunta que debía calmarla había conseguido lo contrario.

"Yo cuidaré de ti, Chloe. No tienes que preocuparte por el dinero".

Algo le había ocurrido en los últimos días. Cuando se trataba de dinero, se comportaba de un modo aún más extraño que de costumbre, lo que de algún modo me dio que pensar. "¿Va todo bien?" Antes de que pudiera contestar, Happy irrumpió en mi despacho y miró divertido a su alrededor. "Chicos, ¿habéis hecho volar un unicornio ya?". Se tiró en el sillón frente a mí y levantó las piernas. "Cuidado, o este año también tendrás que volar uno tú". Una mirada bastó para que Happy retirara de mala gana los pies de la mesa.

"Eso nunca ocurrirá, hermano. Jamás". Se estiró y fingió no sentirse culpable.

"Espera y verás", gruñí. Addam y yo sabíamos lo mortalmente serio que era papá. Y nos preocupaba legítimamente que Happy nos costara la herencia después todo nuestro trabajo. Por supuesto, podíamos montar nuestro propio negocio de la noche a la mañana. Pero todo aquello era tan doloroso como organizar una boda gigantesca que no costara casi nada.

"Llamaré por teléfono a Mia, ¿vale?", dijo Chloe, ofreciéndonos un poco más de intimidad. "Sí, deja que te convenza para que tu futuro marido te dé la boda de ensueño que te mereces", le contesté guiñándole un ojo. Me dio un beso y desapareció del despacho. La seguí con la mirada hasta que desapareció al doblar la esquina, dejando un extraño vacío en mi interior. Difícil de creer, pero cierto. "¿Quién iba a decir que las campanas de boda sonarían tan pronto, eh?". Happy sacó su medio dólar y dejó que se deslizara entre sus dedos.

Fue la decisión correcta -dije con firmeza-. Si tenía que aguantar a una mujer el resto de mi vida, ésta es Chloe. Es la elegida, no cabe duda.

"¿Para ti, para papá o para la empresa?". No me pasó desapercibido su tono punzante, por lo que suspiré audiblemente.

"Sabes que lo incluyo todo en mis cálculos". Mi respuesta pretendía hacerle callar porque yo era indiscutiblemente el mejor director financiero de Nueva York, pero Happy se echó a reír a carcajadas. "Ese es exactamente tu error".

"¿Ah, sí?" Le miré con el ceño fruncido y maldije la moneda tintineante que llevaba en la mano, que me inquietaba sobremanera. Mi inquietud interior era una prueba estúpida de que las objeciones de Happy estaban justificadas. Mi instinto intentaba decirme algo. Pero no sabía qué.

"Quieres complacer a papá, ver feliz a Chloe y lanzar una gran campaña de relaciones públicas. ¿Nadie te ha dicho nunca que un amigo de todos es amigo de nadie? En mi opinión, deberías reducir la marcha". Happy imitó el gesto exacto que papá habría utilizado en ese momento.

"Pero no te he pedido tu opinión".

"Entonces tómatelo como un consejo fraternal y bienintencionado. Tienes que decidir por quién lo haces". "Gracias". Dejé claro que no estaba de humor para este tipo de conversación, pero si

mi molesto hermanito iba a hurgar en algo, lo haría como es debido.

"Deja de tomarte la vida más en serio de lo que es. Da la casualidad de que ésta es mi especialidad". "Bueno, en ese caso, ¿debo tirar el *Aston Martin V8* de papá a la piscina antes o después de haberme jugado nuestra fortuna?".

"¡Eso sólo pasó una vez!", se defendió Happy indignado. Sonreí para mis adentros porque lo de *la piscina* seguía funcionando para provocar a mi hermano. Era tanto más importante que sólo lo utilizara como argumento en casos de extrema urgencia para que no se desgastara.

"De todas formas, ¿qué haces aquí?", pregunté, encogiéndome de hombros. Con suerte, el resto de la conversación transcurrió en ámbitos que me pusieron menos furioso.

"Me envía papá". Happy guardó la moneda. Aquel gesto anunciaba oscuros presagios, como el canto de los pájaros que termina de repente al oscurecerse el sol.

"¿Por qué?" No dejé traslucir mi preocupación porque sospechaba de qué se trataba.

"Porque está demasiado enfadado para venir él mismo".

"¿Por la cancelación del acuerdo con Johnson?"

"¿Qué te parece?"

Joder. Sabía perfectamente que seguir a Chloe tenía consecuencias. Pero si hubiera podido elegir, lo habría vuelto a hacer. Me mantuve firme con mis actos y me mantuve firme con Chloe.

"Ya se le pasará", dije, quitándole importancia. ¿Qué era un trato cancelado comparado con los cientos que había conseguido?

"Claro, los Valentín tenemos fama de no guardar rencor". Las palabras de Happy rebosaban cinismo. "Papá va a tener a su nuera y le acaba de costar el trato Johnson. Un buen trato, en mi opinión". Me quedé junto a la ventana y me metí las manos en los bolsillos del pantalón con satisfacción. Si papá tenía una opinión diferente, debería venir él mismo y decir lo que no le gustaba en vez de enviar a Happy por delante. "¿Quieres que se lo diga?" Happy me miró, frunciendo el ceño.

"Sí. Diga lo que diga, no cambiaré la situación".

"¿Algo más?" Cruzó los brazos delante del pecho porque no estaba nada contento de tener que contarle a papá lo que le había dicho.

"Pensándolo mejor, sí". Me levanté, me puse delante de Happy y le di unas palmaditas en el hombro como hacía siempre papá. "Dile, entre comillas, que crea en su hijo".

Happy se rió a carcajadas.

"Es una verdadera lástima que no hagas gala de tu sentido del humor más a menudo, Scrooge".

"Podrías ser tú un poco *más Scrooge, para variar*", repliqué. Teníamos tantas diferencias como

similitudes. Chloe llamó a la puerta. "¿Interrumpo?"

Miré a Happy, que negó con la cabeza. "No, acabamos de terminar".

"Bien, Eben y yo tenemos algunas cosas de las que hablar". Su tono era conciliador, pero aún no confiaba del todo en la paz.

"Si tienes tiempo aparte de las cosas de la boda, ¿por qué no planificas mi funeral, que sin duda llegará cuando le diga a papá lo que tiene que decir?"

Cloe arrugó la frente, irritada.

"No te preocupes, Happy está exagerando otra vez", dije sacudiendo la cabeza.

"Te he dicho cien mil millones de veces que *nunca* exagero".

"Afortunadamente, no es una exageración", dije con una sonrisa.

"En fin, me voy", dijo Happy, pero se detuvo ante Chloe. "Felicidades de nuevo por haber ganado el premio gordo".

"¡Damián, dijimos que no volveríamos a hablar de esto!". Se puso pálida.

Happy cerró la boca con una llave imaginaria. "Ni una palabra más, te lo prometo".

"Creía que a mi me había tocado la *lotería* con Chloe", dije con una sonrisa, lo que hizo que Chloe se derritiera de inmediato.

"Os dejaré solos, tortolitos, antes de que el romance cursi me haga vomitar". Sonriendo, Happy pasó por la entrada y desapareció.

"No me había dado cuenta de que hablabas con Happy de nosotros".

"Bueno, en realidad no es gran cosa. Y desde luego nada muy profundo. Así que carece totalmente de importancia -tartamudeó Chloe con torpeza. Luego se aclaró la garganta y volvió a ponerse seria. "¿Qué ha sido todo eso? ¿Te he molestado?" No hizo falta que lo dijera, me di cuenta de su remordimiento de conciencia. Para convencerla de que estaba completamente a su lado, tiré de ella y la besé. "Papá no está contento con el último trato, no es para tanto", le expliqué mientras nos separábamos.

"Bien, he hablado con Mia y tienes suerte, en realidad me ha convertido". Sonrió de oreja a oreja, como hacía Happy cuando había hecho algo mal.

"¿Lo hizo?", pregunté, poco convencida.

"Sí. Tendrás tu gran boda de San Valentín". Chloe me cogió de la mano y dio una feliz pirueta.

"¿Pero? Los tratos así siempre tienen truco", dije, frenando para que pudiera mirarme a los ojos. Si había algo que Chloe no podía hacer, era ocultarme un secreto.

"Yo no lo llamaría *gancho*", murmuró.

"Pero hay una trampa", me di cuenta sobriamente.

"Yo me encargaré de la decoración, no me importa nada más". Me miró profundamente a los ojos. Sorprendentemente, ésa era realmente la condición de mi boda de relaciones públicas. Sin embargo, tuve que preguntarle si hablaba en serio.

"¿Así que no te importa que salga un anuncio enorme en el Times?". Por suerte, Chloe aún no había visto ningún presupuesto del catering ni del lugar de celebración; de lo contrario, el coste de los artículos del Times sería la menor de sus preocupaciones.

"Bueno, no es necesariamente lo que necesito, pero es *nuestro* día. Lo que significa que debería hacernos felices a los dos. Y si una gran celebración te hace feliz, entonces yo también lo soy".

Respiré aliviada. Su compromiso era una prueba más de que estábamos hechos el uno para el otro. "Trato hecho, futura Srta. Valentine. Tú decides la decoración y yo hago el resto".

"Trato hecho, Sr. Valentine".

Me alegré mucho y la acerqué a mí mientras miraba despectivamente los catálogos que enterraban mi puesto de trabajo.

"Supongamos que de repente me llegan mil millones de dólares, ¿cuál sería el mejor lugar para invertirlos?". "¿Es una pregunta hipotética?" El comportamiento de Chloe hoy era realmente extraño. Primero quería dar tres vueltas a cada céntimo y, de repente, tiraba miles de millones por la ventana. Desde nuestro compromiso, Chloe parecía aún más ambivalente respecto al dinero.

"Totalmente hipotético, ¡sí!", soltó.

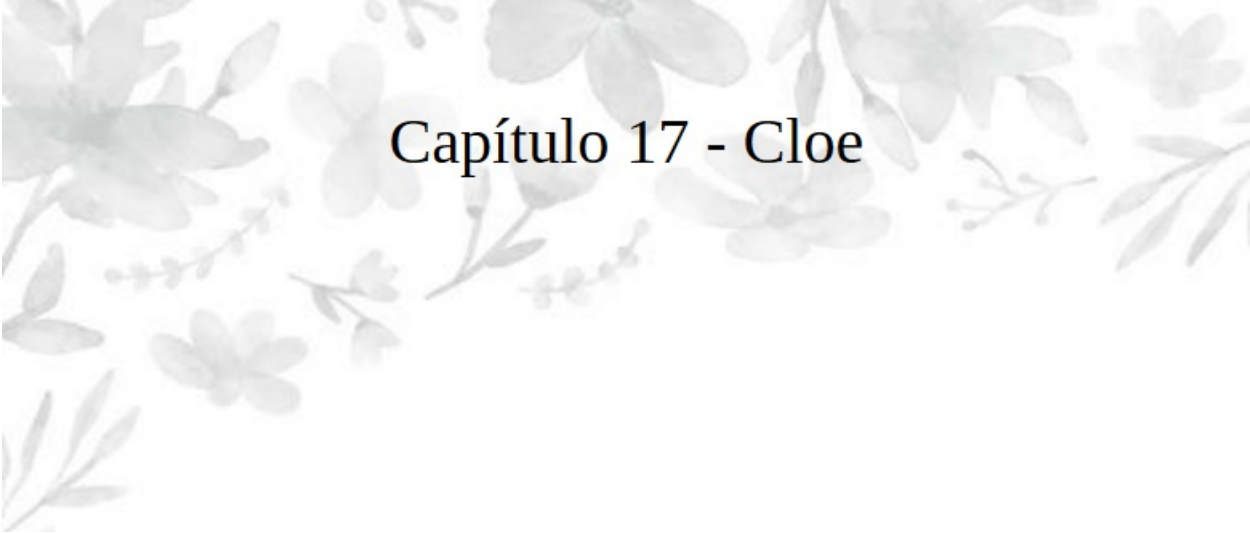
"Si inviertes tus hipotéticos miles de millones en acciones de Valentine, los duplicaré en seis meses". "¿Todo en las mismas acciones? ¿No tendría más sentido dividirlo en acciones opuestas para igualar las fluctuaciones de precios?"

Arrugué la frente. "¿Has leído algo sobre el comercio bursátil?"

"¿No?" Hizo un gesto con las manos. "Quizá vi una vez un post en Facebook sobre ello, ya no lo sé. Me interesaba saber lo que una experto como tú tenía que decir al respecto".

No estaba seguro sobre qué pensar del nuevo interés de Chloe, ya que gran parte de su encanto conmigo se había debido a que no le impresionaba en absoluto mi dinero. Sin embargo, probablemente era normal que mostrara más interés por las finanzas desde nuestro compromiso. Al fin y al cabo, se casó conmigo por varios miles de millones de dólares.

"¿Vamos a ver a Hank? Hay rumores de que ha creado una nueva salsa", dijo Chloe, frotándose el estómago. "No rechazaría una nueva revelación", respondí con una sonrisa, cogí la chaqueta y seguí a Chloe fuera, todavía con una sensación rara en el estómago.



Capítulo 17 - Cloe

Salté sobre el fresco suelo de baldosas con los pies descalzos y conseguí que Eben me prestara toda su atención. "Si has intentado escabullirte de mí, has fracasado", dijo secamente, sin levantar la vista de su móvil.. "No quería escabullirme en absoluto", respondí con la cabeza bien alta.

"¿No?" Enarcó una ceja con reproche mientras me escrutaba de arriba abajo. Llevaba puesto su acogedor albornoz y una toalla me envolvía la cabeza. No parecía lista para salir, pero en mi defensa podía decir que los chorros de masaje obligaban a ducharse más tiempo del necesario.

"Primero quería ponerme otra cosa y luego quería escabullirme. Hay una gran diferencia", le corregí y puse los brazos en las caderas.

"¿Y adónde va mi futura esposa el día antes de nuestra boda?".

"La decoración aún no está lista". Me mordí los labios para no desvelar nada más. Me había costado horas de planificación y una buena docena de canas, pero había merecido la pena. No podía parar ahora, tan cerca del final.

"Pues que lo haga la organizadora de bodas". Se encogió de hombros como si no se tratara del acontecimiento más importante de nuestras vidas.

"Sabes muy bien que la decoración era mi única condición", dije enfurruñada y ladeé la cabeza.

"Y si hubiera sabido cuánto tiempo llevaría, nunca habría aceptado tu trato".

"Bueno, tendrás que superarlo". Le di una palmada en el hombro, que él devolvió con una mirada severa. "Y yo que pensaba que sólo me casaría con tu humor y tu encanto".

"¡Idiota!" Le golpeé contra el pecho con la palma de la mano. "En primer lugar, aún no estamos casados. Y en segundo lugar, sólo puedes tenerme con paquete completo".

"Y que no cambiaría por ningún dinero del mundo".

Me acercó a su pecho y escuché los latidos de su corazón. Cada vez que pensaba en el hecho de que su corazón sólo latiría para mí para siempre, se me ponía la piel de gallina.

Podría haber pasado una eternidad en sus brazos, pero tenía obligaciones que cumplir. "Tengo que irme, Mia me está esperando".

"¿Lleva mucho tiempo esperando?" El trasfondo de su voz no presagiaba nada bueno. Dijera lo que dijera, lo utilizaría en mi contra, eso estaba claro.

"En realidad, lleva esperando desde que me metí en la ducha".

"Entonces puede esperar un poco más". Sin malgastar más palabras, Eben me echó al hombro y me llevó al dormitorio.

"¡Eh! No puedes arrastrarme así a nuestro piso", protesté. Mis puños tamborilearon contra su espalda, pero no causaron ninguna impresión.

Mientras sonreía para sí y disfrutaba de mi débil posición, abrió el albornoz y me lo quitó de los hombros. "¡Eben!" Mi tono era una mezcla de horror y rabia, tan despectivo hacia Eben como mis anteriores intentos de protestar.

"Ahora mismo no estás en condiciones de negociar". La diversión de su voz me puso a cien. "Da la casualidad de que mi futuro marido tiene una horda de abogados que pueden llegar a ser muy incómodos". No sé por qué no se me ocurrió una amenaza mejor, pero me estaba agarrando a un clavo ardiendo. "Podrías intentarlo, pero como yo les hago los cheques, probablemente se quede en nada". "Entonces los pagaré yo misma", respondí enfurruñada.

Cuando llegó a la cama, Eben me dejó suavemente en el suelo. Al momento siguiente se inclinó sobre mí y quedé atrapada bajo sus músculos.

"¿A sí? ¿Y con qué dinero?"

Todavía no sabía nada de mis ganancias. Aún no había conseguido contárselo. En el fondo, nada cambiaba, el dinero nunca fue importante para mí y eso no iba a cambiar ahora.

"Ya verás". Solté una risita y puse cara de tonta hasta que contagié a Eben. "Hablo en serio, por cierto, Mia está esperando".

"Yo también hablo en serio".

Se apoyó con una mano mientras me masajeaba el pecho con la otra. Mi cuerpo reaccionó de inmediato. Cuando apretó su erección contra mi montículo de Venus, ya no me importaba llegar tarde a mi cita. Mi centro empezó a palpar violentamente mientras me seducía en nuestra cama. *Nuestra* cama. Sólo ese hecho me hizo estremecer, porque había algo que nos pertenecía a los dos. Me había ido a vivir con él después del compromiso y había sido la mejor decisión de mi vida. Era como si conociera a Eben de toda la vida y él me conociera a mí.

Eben sabía exactamente dónde tenía que tocarme para hacerme perder la cabeza.

"Te quiero", susurré asombrada.

"Te quiero". La sinceridad de sus palabras hizo que mi corazón latiera más deprisa. "Estoy deseando demostrarle al mundo que eres mía".

Sonreí feliz porque yo sentía lo mismo. Quería que el mundo viera que estábamos unidos el uno al otro. Eben jugueteó con su lengua alrededor de mis yemas, que se volvieron muy sensibles por la excitación. Tanto que sólo su aliento bastaba para hacer vibrar mi cuerpo. Apenas podía creer lo fácil que le resultaba mirar dentro de mi alma.

"¡Fóllame por favor!", supliqué.

"¿Para que puedas llegar a tu cita?". Sus movimientos se hicieron aún más lentos, sólo para provocarme más. "¡No, porque necesito tu pene dentro de mí!". Era la verdad. No me importaba nada más fuera del dormitorio. Lo único que importaba ahora era Eben, yo y el hecho de que ardería de calor si no me liberaba de una vez. "Si es así, accederé encantado a tu encantadora petición". Sonriendo, se abrió los pantalones de modo que su erección asomó y apuntó directamente hacia mí. Llena de expectación, me lamí los labios porque me moría de ganas de sentirlo por fin dentro de mí.

El sexo siempre había sido estupendo, pero desde que tenía ese pequeño -enorme- anillo de diamantes en el dedo, la química entre nosotros había cambiado. Estábamos aún más profundamente conectados, era casi como si yo pudiera leer su mente mientras él escuchaba los susurros de mi corazón.

Eben frotó su punta arriba y abajo entre mis piernas. Cada vez que me tocaba el clítoris, era como si una descarga de electricidad recorriera mi cuerpo.

"¡Por favor!". Pero él disfrutaba demasiado oyéndome suplicar. Sólo por eso, no se merecía ni una palabra más de mi boca.

Me mordí los labios provocativamente, pero mi protesta sólo fue respondida con una sonrisa que me hizo darme cuenta de lo impotente que era. Y si era totalmente sincera conmigo misma, disfrutaba cuando me llevaba al límite y me mostraba hasta dónde podía llegar por él.

Mis uñas se clavaron en su camisa, que para mi disgusto estaba abotonada. Pero estaba tan temblorosa que no conseguí quitársela. Qué pena, me encantaba ver el cuerpo tonificado de Eben.

Cuando se percató de mi mirada, se desabrochó lentamente la camisa. Dios mío, ¿cómo podía alguien tener unos músculos tan definidos? La parte superior de su cuerpo era como mármol cincelado, impecable y hermoso. Mi punto más sensible casi explotaba sólo por la presión de su

erección deslizándose sobre él. Quería tumbarlo, tirarme encima de él y cabalgarlo hasta correrme. Por desgracia, estaba atrapada entre sus brazos, de lo que Eben era muy consciente.

No podía hacer otra cosa que saborear las sensaciones que me inundaban e inhalar su aroma masculino. ¿Había habido algún hombre en la historia de la humanidad que oliera tan bien como Eben? Difícilmente. Suplicante, rodeé su cintura con las piernas. El intento de no suplicar había fracasado estrepitosamente. "Me encanta cuando me miras con tanta rabia". Me apartó un mechón de pelo de la cara para poder verme mejor los ojos.

"¿Sabes lo que me gusta?", pregunté seductoramente, ante lo cual Eben me miró con curiosidad. "Cuando me follan. Fuerte y profundo".

"Touché, Chloe. Buena jugada". Mi respuesta le hizo sonreír.

"Un movimiento bastante bueno en realidad, no puedes hacer nada contra él", dije con toda la confianza que pude.

Se inclinó hacia delante, me besó la mejilla y me hizo cosquillas con la sombra de su barba. "Si es así, deberías ser recompensada".

"¡Oh, sí, por favor!", le supliqué. Mis manos vagaron hambrientas por su torso desnudo mientras él me penetraba con dos dedos y sonreía satisfecho. Estaba más que preparada para él. No sabía cómo había conseguido mojarme las bragas en cuestión de segundos, pero me encantaba.

Eben mojó su longitud con mi lujuria antes de presionarse contra la entrada y hundirse dentro de mí. Exhalé aliviada porque no habría podido aguantar ni un segundo más. Empujé las caderas hacia él para demostrarle que estaba preparada para sus embestidas.

Me tomó exactamente como yo había deseado, duro y profundo. Apenas podía esperar a nuestra noche de bodas porque, sin duda, iba a ser la noche más intensa de nuestras vidas y, de todos modos, Eben sobrepasaba los límites casi todos los días.

"Quedémonos en la cama esta noche", siguió susurrando Eben. Para ser sincera, no había nada que hubiera preferido hacer, pero aún tenía preparativos que hacer para la boda de mañana.

"Tenemos el resto de nuestras vidas para quedarnos en la cama", respondí y exigí otro beso, que conseguí. Sabía tan bien que estuve a punto de cambiar de opinión. ¿Qué eran unas cuantas esculturas de hielo cuando tenía un dios cincelado en mi cama?

"Te prometo que me tendrás toda para ti en tu luna de miel. Sólo tú, yo y tu móvil". Le sonreí irónicamente. "Como si fueras a desprenderte de un frigorífico con función de hielo", replicó Eben. "¡Puedo!", respondí rápidamente y añadí entre dientes: "Probablemente".

"Te quiero". Me besó la sien antes de volver a concentrarse en follarme el alma.

La forma en que me miraba hizo el resto. Sentí que realmente era la única mujer del mundo que él quería. Eso era bueno, después de todo, era el único hombre por el que sentía algo.

Acurruqué la mejilla contra su pecho mientras un orgasmo me invadía. Eben observó fascinado cómo mis sentimientos me arrasaban, y luego él también se corrió.

Me permití tomar un rápido respiro y salté de la cama.

"Tengo que irme ahora, antes de que Mia envíe un escuadrón de policía".

Eben me miró contrito, pero no dijo nada.

"Sea lo que sea de lo que querías hablar, aún hay tiempo, ¿verdad?".

"Creo que sí", respondió pensativo.

Sonriendo, le lancé un beso al aire, luego cogí la siguiente mejor ropa que había por ahí y desaparecí fuera para preparar las últimas esculturas para la boda.

Aún no podía creer que mañana me casaría con el hombre más hermoso del universo. Mi vida era perfecta y yo era más feliz que nunca. Tenía un hombre a mi lado y los medios para perseguir por fin el trabajo de mis sueños. Ya nada podía salir mal.



Capítulo 18 - Eben

Por primera vez en mi vida, sentí que la corbata que llevaba quería estrangularme. Me paseé inquieto por el enorme lugar de la boda que había elegido. Y Chloe no había prometido en vano, la decoración era impresionante. Sobre todo las enormes esculturas de hielo, cuya materia prima debía de costar media fortuna. Pero había algo que pesaba en mi corazón más de lo que me hubiera gustado. Chloe se había comportado de forma extraña de los últimos días. Tan extraña que me preocupaba que su comportamiento no fuera sólo una actuación. Desde que nos comprometimos, su actitud hacia el dinero había cambiado radicalmente. De hecho, ayer quise hablar con ella sobre el tema, pero cuando llegó a casa anoche, estaba demasiado alterada para poder hablar de temas sensatos.

Papá me recibió en el pasillo. Llevaba puesto su mejor traje, que sólo sacaba del armario para las ocasiones festivas importantes y las vacaciones.

"Tu madre y yo estamos muy orgullosos de que por fin asumas tus responsabilidades", me dijo, dedicándome una sonrisa paternal.

"Siempre he asumido la responsabilidad". Entrecerré los ojos y miré a Happy, que estaba de pie en el otro extremo del pasillo, intentando equilibrar las copas de champán con el dorso de la mano. "Responsabilidad por el legado familiar", se corrigió. Papá hablaba de planificar hijos que se convirtieran en sucesores del imperio Valentine. Inmediatamente, un escalofrío helado recorrió mi espina dorsal, porque Chloe y yo no habíamos hablado mucho de este tema. Diablos, ni siquiera yo mismo sabía si quería tener hijos o no. "¿Entonces no crees que nos estemos precipitando?", le pregunté a papá. En realidad me estaba haciendo la pregunta a mí mismo, pero no encontraba respuesta.

"Creo en ti, hijo. Ten fe en tus decisiones". Me dio una palmada en el hombro, lo que me tranquilizó un poco. Papá nos había educado estrictamente y a veces aún lo hacía, pero si había

algo que apreciaba de él era que realmente creía en nosotros.

"Confío en mis decisiones", respondí en voz baja.

Tenía claro que Chloe era la mujer adecuada para mí. Pero había una cosa que tenía que aclarar con ella antes de caminar hacia el altar. ¿Era yo el hombre adecuado para ella?

Ya no sabía qué Chloe era la auténtica. La que había conocido y que detestaba el dinero, o la Chloe que compraba esculturas de hielo por miles de dólares y pedía consejos sobre inversiones.

"Perdona, papá". Hice un gesto con la cabeza en dirección a Happy. "Podrías abordar el tema de la *responsabilidad* con Happy antes de que nos quedemos sin vasos para los invitados". "Nunca puedes perder la fe en tu hermano". Sonriendo, papá se dirigió hacia Happy mientras yo caminaba hacia la habitación de la novia.

"¿Chloe?" Llamé a la puerta. El nudo en la garganta se me hacía cada vez más grueso. "¿Qué pasa?", preguntó aterrada. Tragué el bulto hasta que me pesó en el estómago.

"Tenemos que hablar". Me esforcé por mantener la calma. Era una simple pregunta que necesitaba hacerle, no había necesidad de alarmarse. Sólo necesitaba saber si realmente no le importaba mi dinero. "¿Ahora? ¿No hay tiempo hasta más tarde?" Oí la excitación en la voz de Chloe porque intuía que algo iba mal. Una buena señal, porque ésta era *mi Chloe*, de la que me había enamorado.

No", insistí. Tenía que estar absolutamente segura de que Chloe no estaba mutando en Sharon Hayes. "Eso no suena bien. Espera un momento".

Oí susurros, luego Mia abrió la puerta y me lanzó una mirada de muerte.

"¿Qué es tan importante?"

"Tendré que hablar de eso con Chloe". Mi respuesta avivó aún más sus miradas, pero me mantuve firme. Me había criado en un tanque de tiburones donde Chloe y Mia no eran más que pececillos de colores. Cuando no retrocedí, Mia resopló suavemente.

"Ya lleva puesto su vestido de novia".

"¿Y?", pregunté encogiéndome de hombros.

"Da mala suerte que el novio vea a la novia vestida antes de la boda", dijo Mia en voz alta.

"Pues que se lo quite", respondí pragmáticamente en mi mejor tono de San Valentín.

Mia se puso pálida, cerró la puerta y empezaron más cuchicheos antes de que volviera a asomarse por la puerta. "Se está cambiando. Pero pobre de ti, si no es nada superimportante, ¡tardamos veinte minutos en meterla ahí!". Es importante", le aseguré. Luego me apoyé contra la pared y esperé a que Chloe estuviera por fin dispuesta a hablar.

Sacudiendo la cabeza, Mia salió de la habitación nupcial y me dejó entrar.

"¿Va todo bien?" Se puso delante de mí en ropa interior blanca y me miró con preocupación.

"Creo que sí", dije pensativo.

"Entonces, ¿por qué tanto esfuerzo?" Frunció el ceño y me cogió las manos.

"¿Sólo te casas conmigo por mi dinero?", pregunté sin rodeos.

"¿Qué?" Chloe se echó a reír. "Eben Valentine, me caso contigo por muchas cosas, pero desde luego no por tu dinero. Deberías saberlo".

La miré, buscando signos de mentira o algo que explicara su comportamiento de los últimos días. Pero no encontré nada, excepto el brillo de sus ojos cuando le sonreí.

"Si no es por el dinero, ¿por qué?"

"Me encanta tu seco sentido del humor, Eben", soltó ella.

"No tengo sentido del humor", respondí sin pensarlo.

"Eso es". Soltó una risita y le volvieron a salir los hoyuelos de la risa que tanto me gustaban. "Y me encanta tu ingenio cuando se trata de demostrarme algo. No puedo decir nada de tus dotes de cocina, pero... ". "¡Son excelentes!" La interrumpí porque tuve que escuchar durante mucho tiempo el incidente del piso compartido.

"Te creo. Al menos creo que te lo crees". Me dio una palmada en el hombro.

"Tú, Mia y yo. Tenemos una comida antes de la luna de miel que voy a cocinar".

Chloe sonrió. "Trato hecho. Espero que eso calme a Mia, estaba a punto de estrangularte con el velo de novia". "No lo ocultó".

"¿Va todo bien ahora?" Se puso más seria.

"Sí". No se casaba conmigo por mi dinero. Irónicamente, eso me alegraba, porque normalmente estaba muy orgulloso de mi maldito dinero y había querido demostrarlo. Ese dinero abría todas las puertas sin excepción. "Bien, me has hecho entrar en pánico por un momento".

La tensión había endurecido su cuerpo, así que tiré de ella hacia mí y la apreté contra mi pecho. La música orquestal del exterior vibró en la habitación y empecé a bailar con ella.

"¿Bailar? ¿Ahora?", jadeó Chloe.

"¿Eso también da mala suerte?" No tenía ni idea de tradiciones nupciales, pero desde luego no quería volver a asustar a Chloe.

"No. Pero por si no te has dado cuenta durante los ensayos, tengo dos pies izquierdos".

"Afortunadamente, tengo pies de acero y una mano fuerte que puede guiarte a través de cualquier caos". Se acurrucó contra mí y siguió mi ritmo. Lenta pero segura, se calmó y mis pensamientos también se calmaron. Chloe era la peor mentirosa que conocía, si me hubiera mentido me habría

dado cuenta. Menos mal que lo habíamos solucionado antes de la boda, ahora podría ponerle en el dedo el segundo anillo más caro del mundo sin ninguna duda.

"¿Soy yo o Mia está hoy más excitada que yo?". Chloe me miró interrogante.

"¿Por qué me lo preguntas? Es tu mejor amiga".

"Sí, pero a veces hay puntos ciegos. Mi mente está en otra parte en este momento. Mi boda y todo eso". "Supongo que sólo quiere que tengas el día de tu boda que mereces". Extendí los brazos y dejé que hiciera una pirueta antes de que volviera a mis brazos.

"Puede ser. No quería salir de la habitación de la novia". Chloe miró la puerta cerrada. Había casi trescientas personas esperando fuera a que nos casáramos pronto.

"¿No es ése el deber de la primera dama de honor? ¿Estar con la novia y leer de sus labios todos sus deseos?", pregunté, y Chloe soltó una risita.

"Confundes damas de honor con doncellas".

"¿Ah, sí?" La miré seriamente porque lo que decía iba en serio.

"Sí". Asintió enérgicamente antes de acercarme de nuevo y apretar su mejilla contra mi pecho. Apoyé la cabeza en la suya e inhalé su dulce aroma.

"¿Y cuáles son las diferencias sustanciales entre ambos?", seguí preguntando.

Cloe guardó silencio un momento. "La criada cobra por ello".

"¿Ese es tu argumento contra el mío?". Me reí a carcajadas, por si a Cloe no se le había notado la burla en mi voz.

"Sí, sí, está bien. Yo mismo me he dado cuenta, has ganado".

Le besé la frente. Normalmente saboreaba mis victorias, pero con ella era diferente. No quería que se sintiera mal, al contrario, quería alegrarle el día.

"¿Te he dicho lo bonitas que me parecen las esculturas que has elegido?".

"No las he elegido, las he hecho".

Vacilé. "¿Qué?"

"De ahí todo el secretismo. Quería hacer las esculturas de hielo más bonitas del mundo para que estuvieran a la altura de tu *boda de ostentación y glamour*".

Me reí a carcajadas: "Ha sido bastante caro, ¿verdad?". No necesitaba ser el Director Técnico de la mayor empresa de Nueva York para saber que estábamos hablando de cifras de cinco cifras.

"Sí, es cierto. Pero era como si el precio fuera secundario para ti".

Si algo no era secundario para Chloe Rush, era el precio. Sobre todo cuando no lo había pagado con mi tarjeta Mastercard, de la que no había gastado ni un céntimo hasta el momento.

"Espero que no hayas pedido un préstamo dudoso del que no puedas salir hasta que tengan todo tu dinero, tus sueños y tus órganos internos".

Chloe soltó una risita. No me apetecía nada reírme.

"Digamos que he tenido una ganancia inesperada. Hablaremos de ello más tarde, ahora quiero disfrutar de nuestro baile".

Me separé de ella y la aparté.

¿*Ganancia inesperada*? Sí, claro, así lo habría dicho si hubiera ganado una apuesta contra Happy. Puede que no quisiera mi dinero, pero no había rechazado el de mi hermano. No sé por qué siguió fingiendo delante de mí, pero me di cuenta de que Chloe era igual que todas las demás mujeres: sólo quería el dinero, pero lo ocultaba mejor.

"¿Qué te pasa?" Me miró como si hubiera perdido la cabeza. Sin embargo, era ella la que había cambiado de opinión. Por supuesto, yo lo había provocado. Al fin y al cabo, quería demostrarle que se podía comprar a todo el mundo. Así que fue aún más decepcionante descubrir que, después de todo, Chloe no era una mujer excepcional.

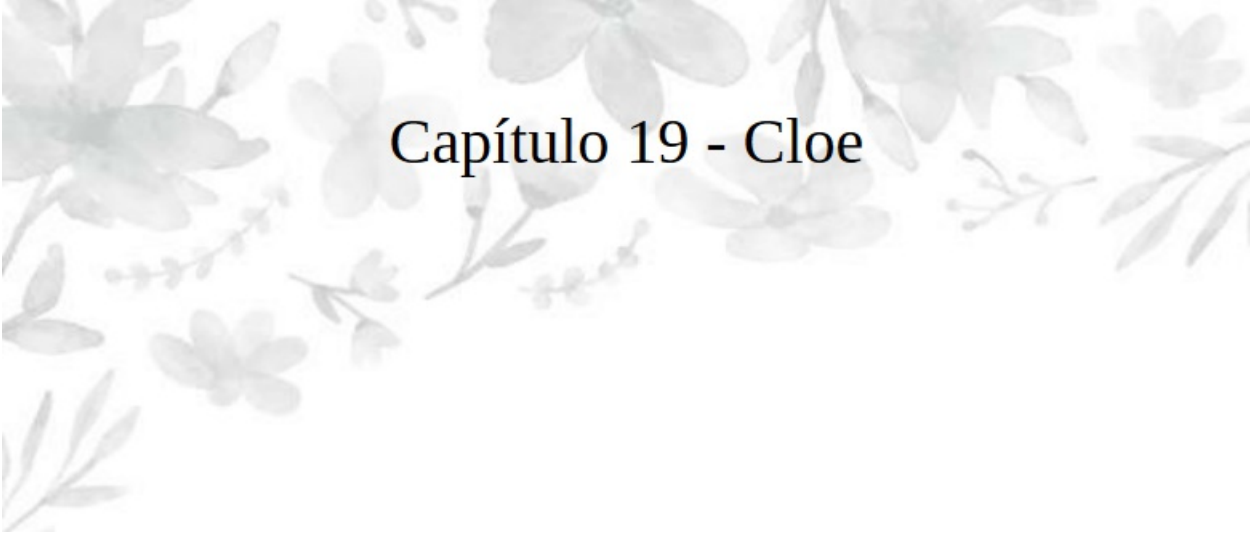
"Lo sabes muy bien, Chloe", gruñí. Mis mandíbulas rechinaron una contra otra y estuve a punto de destrozar todo el lugar.

"¡No, no sé que te pasa!" Intentó agarrarme del brazo, pero retrocedí.

"Déjame en paz, necesito pensar".

"¿Pensar? ¿O desaparecer?" Su voz temblaba y quise estrecharla entre mis brazos. Pero tenía que mantenerme fuerte. Me había engañado y ahora tenía que aceptarlo.

Dejé su pregunta sin respuesta mientras desaparecía por la puerta.



Capítulo 19 - Cloe

Destrozo con rabia el mazo contra la escultura más cercana. Volaron fragmentos de hielo por todo el almacén, pero no me importó. No podían matarme, Eben ya lo había hecho. Fuera lo que fuese lo que se le había metido, era imperdonable que me hubiera arrancado el corazón del pecho y lo hubiera pisoteado. Las lágrimas volvieron a arder tras mis párpados, que hasta entonces había reprimido con éxito con el mazo. Destrocé una figura tras otra que había creado con cariño durante los últimos días. *Mis* esculturas, en *mi* sala, que pertenecían a *mi* recién fundada empresa que me había metido en todo esto. No era así como había imaginado mi primer encargo.

No sé qué tenía Eben contra *Fantasías Congeladas*, pero fue suficiente para cortar el vínculo que nos unía. Quizá nunca había existido. ¿Qué probabilidades había de que Eben y Damian hubieran hecho una apuesta sobre si me llevarían al altar y todo fuera una gran estafa?

Bastante alto, si lo pensaba. Los días anteriores a la boda, Eben se había vuelto de repente muy silencioso y retraído. Siempre estaba malhumorado y pensativo, pero no *así*. En el peor de los casos, mi corazón había sido víctima de una apuesta, en el mejor, sólo había sido frialdad. En realidad no importaba, tenía el corazón roto, pero seguía sin poder dejar de pensar en Eben.

"¡Dios mío! Este lugar parece como después de la batalla de Invernalía", oí decir a Mia detrás de mí. "Dios no existe. Me dejaron en el altar por un dinero que no quería", respondí secamente. Me abrazó por detrás y me sentí un poco mejor. Pero hasta que se curara el enorme agujero de mi corazón, probablemente necesitaría abrazos como ése para siempre y un poco más.

"Oh, Chloe". Mia suspiró, luego me soltó y se plantó en una de las cajas del campamento. "Sí, lo sé. Yo tampoco tengo palabras para lo que ha pasado", dije, aún respirando agitadamente. Bajé el mazo al suelo y respiré hondo. Como había estado tan enfadada, había subestimado lo agotado que estaba mi cuerpo. Me temblaban los brazos y un enorme nudo crecía y crecía en la boca del estómago.

"¿Has hablado ya con Eben?" Mia intentó pronunciar su nombre con la mayor neutralidad posible. Pero estaba claro que estaba de mi parte. Si yo odiaba a Eben con toda mi alma, Mia también lo odiaba. "No me quería, no hay necesidad de correr tras él". Mis manos se apretaron inmediatamente alrededor del mango del martillo. Aún quedaban algunas estatuas.

"Preguntarle por su cambio de opinión es completamente distinto a perseguirle".

"¿Por qué no le preguntas si te interesa?", respondí con más cinismo del que deseaba. Mia era mi amiga y no se merecía la ira que estaba recibiendo. "Lo siento".

"No pasa nada, a veces las emociones sacan lo mejor de nosotros, nos guste o no", respondió conciliadora. Me mordí la lengua porque aún recordaba demasiado bien su último *clímax emocional* del martes pasado. Lo había desencadenado un anuncio de comida para perros que, desde entonces, siempre nos habíamos quitado de la cabeza.

"Volvamos al tema". Mia se palmeó los muslos.

"¡Por favor, no!", le regañé en tono agónico.

No quería hablar de ello. No quería sentir nada. Y no quería volver a pensar en mi boda cancelada. "¿Así que vas a cerrar el capítulo así como así?". Mia me miró con reproche, casi como si fuera culpa mía. "No hace falta, ya lo ha hecho él por mí". Me encogí de hombros y me armé del odio que bullía en mi interior. No, en realidad no era odio. Si era sincera, no había más que dolor, tristeza y la pregunta candente de por qué Eben me había abandonado. Ojalá hubiera podido odiarle sin más, pero no era tan fácil desconectar mis sentimientos hacia él.

"¿Y eso por qué?" Mia formuló la pregunta que tanto temía. Pensar en ello por dentro era una cosa, pero decirlo en voz alta hacía que mi situación fuera atterradoramente real.

"Ojalá lo supiera. Se puso completamente fuera de sí cuando le dije que lo había pagado todo yo". Me mordí el labio inferior con tanta fuerza que saboreé la sangre, porque el siguiente torrente de lágrimas era inminente. Pero no quería llorar. Ya había llorado demasiado y cada lágrima me dolía.

"¿Quizá se sintió herido porque no lo compraste con *su dinero*?", concluyó Mia, a lo que yo negué con la cabeza.

"Eso tampoco le ha molestado en las últimas semanas".

Me levanté y pateé unos cuantos trozos de hielo por el pasillo, frustrada.

"¿Qué estás tramando ahora, Chloe?"

"¿Qué me pregunto? Voy a vender la empresa y donar el estúpido dinero del Powerball". "No puedes hablar en serio". Mia se puso pálida, como si hubiera visto un fantasma.

"Sí, hablo muy en serio. El dinero me metió en estos problemas en primer lugar". Miré breve pero decididamente a Mia. "Eso significa que si quieres parte del dinero porque sólo estás en paro por mi culpa...". "Ni lo digas, quiero valerme por mí misma". Levantó las dos manos y las apartó con un gesto exagerado. Asentí con la cabeza porque comprendía demasiado bien a Mia.

"Y si vuelves a estar en la indigencia porque quemas tus miles de millones así como así, ¿qué pasará después?". Me había devanado los sesos durante horas. Por desgracia, sólo había encontrado dos soluciones con las que no estaba nada contenta.

"Opción uno, voy con Vásquez con el rabo entre las piernas y le ruego una segunda oportunidad". Mia se sobresaltó y se agarró la cabeza.

"Por supuesto que no. ¿Cuál es la segunda opción?"

Respiré hondo antes de poder continuar.

"Vuelvo a Mobile con mamá hasta que me recomponga, aunque no tengo ni idea de cómo volveré a mirarla a ella o a Henry a los ojos".

"Ni hablar". Mia sacudió la cabeza con vehemencia. "De todas formas, ¿qué quieres en Mobile? Sólo hay pantanos y caimanes".

Solté una risita que me sentó de maravilla. "Tienes una idea equivocada de Alabama". "¿Cuántos cocodrilos has tenido en el jardín?", preguntó ella con insistencia.

"¡Ninguno!", respondí con prontitud, y luego me mordí los labios, lo que no pasó desapercibido para Mia. "¿Pero?" Me miró exigente.

"Quizá alguna que otra pitón", murmuré mansamente. "¡Pero ellos se encargarán de las serpientes venenosas!". "¿Lo ves? Casi todo lo que hay en el pantano quiere matarte. Alabama es como Australia, pero más húmeda". Puso las manos en las caderas para enfatizar su argumento.

"Debería invitarte a mi país de origen para que te dieras cuenta de que Mobile no es un pantano", le dije con una sonrisa, porque ella tenía una imagen completamente equivocada de mi país.

"No, gracias. Estoy apegada a mi vida. Y yo estoy apegada a ti, así que no te atrevas a dejarme sola en Nueva York". Se aferró a mi brazo y me miró con ojos de cachorro.

"Yo tampoco quiero ir, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?". Mi voz tembló de desesperación porque la pregunta me echó para atrás de nuevo. Eben me había convertido en un desastre emocional. ¿Cómo iba a seguir adelante cuando de repente había desaparecido una gran parte de mí?

Quizá Eben pudiera cerrar su pasado, pero yo no.

"¿Qué te parece esto? Te quedas con tu dinero y tu empresa y haces lo que te gusta. Haz esculturas. No es que tengas que aceptar cada estúpido encargo con un trillón de dólares".

"Sólo son miles de millones", la corregí.

"*Sólo miles de millones. ¿Y me estás diciendo que no eres una Valentine?*". Soltó una risita y me contagió por un momento.

"Sin embargo, no quiero ser una persona cuya vida gira en torno al dinero".

"No, tú no". Mia puso los ojos en blanco y no ocultó la burla en su voz.

"¿Qué significa eso?", pregunté frunciendo el ceño.

"No lo sé, dímelo tú, *señorita-que-me-corta-todos-los-cupones-de-descuento-que-hay-en-los-periódicos-gratis*". Me quedé con la boca abierta. Intenté no tomármelo como algo personal, pero fracasé. ¡Yo, Cloe Rush, no era una persona a la que sólo le interesara el dinero!

"¿Desde cuándo me tienes ese apodo?". Crucé los brazos delante del pecho para prepararme para la siguiente respuesta.

"Desde que vi tu álbum de recortes de cupones".

"Todo el tiempo se trataba de su riqueza y de que tiene una estúpida llave universal para todas las puertas. Yo sólo intento ahorrar dinero".

Pateé más trozos de hielo por el pasillo hasta que pude volver a pensar. La cabeza me daba tantas vueltas que me sentía mareada.

"Chloe, eres tan autosuficiente que nunca te regalas nada. Básicamente, también lo haces por dinero, pero de forma negativa".

"En absoluto". Hice un mohín, pero Mia se mantuvo firme en su respuesta y me miró seriamente. Permaneció en silencio, obligándome a pensar en sus palabras.

Dicho así, de algún modo era verdad. Tardé unos segundos en darme cuenta. Realmente era como Eben, pero en sentido contrario.

"Cambiemos de tema, la cabeza me da vueltas y primero necesito digerir bien todo esto". Me sentía miserable, pero aún tenía suficiente sentido común para darme cuenta de que no debía tomar ninguna decisión importante en este momento. Miré suplicante a Mia, que me sonrió.

"Claro. ¿Te resultaría más fácil digerir uno de los perritos calientes de Hank?".

"Probablemente no, pero tampoco puede hacer daño", respondí. Entonces me enganché a ella y salimos del campo de escombros.

Al marcharme, apagué el aire acondicionado para que la última prueba de mi casi boda se hubiera derretido para la siguiente visita. *Adiós y otra vez adiós.*



Capítulo 20 - Eben

Descontenta, me bebí el resto de mi café tibio. No sé cuánto tiempo llevaba encerrada en mi despacho, pero no podía volver a mi loft. Todo olía a Chloe y en cada rincón me acechaban recuerdos de los que podía prescindir fácilmente.

Hice una mueca porque el *viejo* café de la Milano de acero inoxidable sabía fatal, pero la máquina roja de la casa de empeños de Abe había visto sus mejores días. ¿Cómo lo sabía? Porque estaba tirada en pedazos en el callejón lateral junto a mi oficina y había tenido una caída bastante larga. Quizá fuera infantil, pero ya no soportaba aquel adefesio rojo.

Suspirando, me serví otra taza porque hacía siglos que no dormía y necesitaba la cafeína para no perder la cabeza por completo. Solía quedarme toda la noche en la oficina, pero nunca por motivos como éste. Ni siquiera me atrevía a pensar en *el porqué* de mis decisiones para mantener alejado de mí el fantasma de Chloe. Veía su cara por todas partes, oía su risa y olía su aroma.

La echaba de menos. Y la quería. Sólo me di cuenta realmente del alcance de esto después de haberla dejado. ¿Habría vuelto a actuar así? No sé si habría tenido la fuerza suficiente. Chloe, como todas las demás mujeres, sólo buscaba mi dinero, pero lo único que nunca podría perdonarme era haberla llevado a ello. Sin mi estúpida apuesta, seguiría siendo la persona impecable y perfecta de la que me había enamorado. "Hermano querido". Happy entró en mi despacho sin llamar.

"Si vuelves a aparecer por aquí sin avisar, te colgaré una campana". Le clavé miradas de muerte porque me había encerrado aquí para estar solo.

"Claro, como si pudieras".

"¿Le hago la sugerencia a papá? Si derribas una puerta más que la mía, es la suya".

"Paz, hermano". Hizo el signo de la paz y tomó el café que le había preparado. Mientras lo sorbía, hizo una mueca. "Asqueroso".

"No hay nada más", gruñí.

"Si no te hubieras comportado como una adolescente superada por las hormonas, aún habría buen café". Asqueado, devolvió la taza llena a la máquina y se dirigió a su asiento habitual frente a mi escritorio. "No me arrepiento de nada" -respondí sin moverme. Estaba tan agotado que no me atrevía a mirar a Happy a los ojos sin traicionarme a mí mismo.

"¿Nada? ¿Absolutamente nada?", preguntó Happy, como si supiera más. Como tantas otras veces, mi hermano pequeño no sabía una mierda del mundo.

"No", respondí tercamente.

"Es bueno que estés tan en paz contigo mismo. Si yo fuera tú, me sentiría al menos un poco mal por haber dejado al amor de mi vida en el altar". Se encogió de hombros para acentuar su tono irónico. "Vete a la mierda, ¿qué sabes tú de amor?". Mis manos se cerraron en puños que se clavaron en la madera de la estantería del café.

"¿Qué sabes tú de eso?", replicó. ¿Por qué tenía que empezar con eso? Si había algo que no necesitaba ahora era la bronca de papá y las lecciones de vida de Happy.

"Duele, y en algún momento te decepcionará". Escupí las palabras sobre el amor, el mundo y todo lo demás con tal disgusto que Happy frunció el ceño. En realidad, controlaba mejor mis emociones porque no solía tener ninguna.

"¿Te ha decepcionado?", preguntó con seriedad. No había burla en su voz, sólo un serio asombro. Permanecí en silencio. Que interpretara mi silencio como quisiera, no podía hablar de Chloe. Apenas me atrevía a pensar en ella porque me dolía demasiado. Yo no era el tipo de hombre que se lamía las heridas en público, era el tipo de hombre que no mostraba sus heridas en absoluto para ser visto como invulnerable. "No voy a hablar de Chloe", refunfuñe.

"Vale, entonces hablemos de papá". Happy se sentó, como habría hecho yo si hubiera tenido la sartén por el mango en esta discusión. Yo estaba demasiado tenso para sentarme, así que me quedé de pie junto a la ventana y fingí interesarme por el horizonte que se extendía a lo largo del Hudson.

"¿Tienes que hacer eso?", pregunté, molesta.

"Está preocupado". La respuesta de Happy me provocó una risa cínica.

"¿Preocupado por las acciones? ¿Nuestra reputación?"

"Sobre ti, completo idiota". Sacudió la cabeza, desconcertado. "A veces, tu *"escroogeidad"* es realmente digna de lástima".

"¿Por qué iba a preocuparse papá? Pensaba que creía en mis decisiones".

"Precisamente por eso está preocupado. No sólo él, sino también Addam y yo. No eres de los que de repente toman decisiones precipitadas".

"Me eché atrás en el trato con el Sr. Johnson", repliqué para demostrarle que se equivocaba.

"Por culpa de Chloe. Es más extraño que ahora también la dejes". Happy me miró con reproche.

"Debe de sentirse fatal".

"¿Se siente fatal? Aquí la víctima soy yo!"

Furioso, salí furioso de la oficina hacia los ascensores. No tenía por qué montar este espectáculo, y menos siendo yo el protagonista. ¿De verdad nadie se había dado cuenta de que yo sólo quería paz y tranquilidad? Esperé impaciente a que el ascensor bloqueado de Valentine llegara hasta mí desde el piso cincuenta. Sólo tardó unos segundos, pero fue tiempo suficiente para que Happy me alcanzara y entrara conmigo en el ascensor. Genial, durante los siguientes cincuenta segundos estaba encerrado con él.

"¿Qué quieres de mí?", pregunté secamente. Mi pulso se aceleraba dolorosamente y estaba tan enfadado que quería convertir el mundo entero en escombros. Sólo un silencioso susurro en el fondo de mi mente me detuvo. "¡Quiero entenderte a ti y a tus estúpidas acciones, idiota!" Happy se agarró la cabeza. Por primera vez, me di cuenta de que Happy había heredado la mirada seria y preocupada de papá. En realidad, no era alguien que se preocupara a menudo, lo que hacía que su expresión fuera aún más significativa.

"¿Así papá no te obligará a buscarte una esposa?", pregunté cínicamente. No podía aceptar que mi hermano estuviera preocupado por mí. O por Chloe.

"¿Estás perdiendo los papeles ahora? Chloe y tú sois la pareja perfecta. Hasta un ciego lo vería claro como el agua. Sólo estás haciendo que los dos os sintáis desgraciados".

"Muy bien, *doctor Phil*, ¿alguna otra palabra sabia para mí?". Es cierto que Happy ya había elegido profesiones más irracionales. Sin embargo, me costaba creer que no tuviera otros motivos ocultos. Estaba arraigado en los genes de los Valentine que siempre intentábamos conseguir el mejor trato posible.

"Quizá no te habría venido mal ver uno o dos episodios *del Doctor Phil*. El de cómo tratar a la gente que quieres, por ejemplo".

"¡Por el amor de Dios, déjame a solas con Chloe! Se acabó, se acabó, se acabó. ¿Entendido?" Por fin se había dicho lo que tanto había pesado en mi corazón. Se había acabado y me sentía fatal. Pero había tomado mi decisión porque, después de todo, Chloe y yo no estábamos destinados a estar juntos. "Vamos, Scrooge. ¿Por qué la abandonaste? ¿Porque no le interesaba tu dinero?"

"Deberías saber exactamente en qué dinero estaba interesada", contraatac6. Debería odiar a Happy por aceptar mi sugerencia y apostar con Chloe, pero era mi hermano y siempre lo ser6. Adem6s, nadie pod6a adivinar c6mo acabar6an las cosas.

"No tengo ni idea de lo que quieres decir con eso", respondi6 Happy, confuso.

"Seguro que despu6s te fuiste de fiesta y se te cay6 una lagrimilla de pel6cula".

"¡Eh! ¡Recuerdo todas y cada una de mis escapadas!", se defendi6 Happy con orgullo. La puerta del ascensor se abri6 de golpe y por fin era libre. Sal6 furiosa de la Torre Valentine y respir6 sin parar el aire fresco del verano.

Mis pies me llevaban una y otra vez, mientras Happy trotaba tras de m6 como un perro fiel, ladr6ndome una lecci6n de vida tras otra.

No aminor6 la marcha hasta que vi el puesto de perritos calientes de Hank al otro lado de la calle. No s6 por qu6 mis pies me hab6an llevado hasta all6, pero all6 estaba, con el est6mago rugiendo tan fuerte que podr6a o6rse hasta Staten Island.

"¿Tambi6n tienes hambre?", le pregunt6 a Happy mientras sacaba una nota del bolsillo del pantal6n. "¿Desde cu6ndo comes comida callejera?". Me mir6 como si hubiera visto un fantasma. "No es importante", gruñ6. "¿Tienes hambre o no?"

Claro", respondi6 con indiferencia. Pero su expresi6n seria me indic6 que sab6a exactamente qui6n me hab6a tentado a comer comida callejera.

"Eh, Hank, dos perritos calientes con salsa especial secreta", dije, agitando mis cincuenta.

"¡Vuelve all6, vengas de donde vengas!", me grit6. Estaba tan enfadado que una vena de su frente empez6 a palpar.

"¿Perdona?", pregunt6, at6nito.

"¡Aseguraos de ganar tierra!", grit6 a6n m6s fuerte, haciendo que la mitad del parque se diera la vuelta para mirarnos.

"T6o, Scrooge. ¿Has jodido a todo el mundo en los 6ltimos d6as?". Happy puso los ojos en blanco, negando con la cabeza, por lo que le di un codazo en el costado.

"Eso no ayuda", murmur6 a Happy.

"T6 tampoco ayudas", repliqu6.

"¿Estaba aqu6 Chloe?", le pregunt6 a Hank. S6lo pensar que acababa de echarla de menos me dejaba sentimientos encontrados.

"¿Qu6 te parece?" La vena de su frente lat6a con tanta fuerza que me preocup6. Puede que incluso mereciera su enfado, despu6s de todo, Chloe y 6l eran amigos.

"Claro que estaba aquí". Sonreí porque Chloe era tranquilizadamente predecible en algunos aspectos. Lo que hacía aún más hiriente el hecho de que me hubiera engañado tan brutalmente en un aspecto. "¿Supongo que te lo ha contado todo?"

"Al contrario, no me dijo nada. Absolutamente nada, y eso lo decía todo. Razón suficiente para odiarte". "Pues ódiame por lo que más quieras. Puedo seguir siendo cliente".

"En algún sitio, seguro. Pero ya no eres mi cliente". Se volvió hacia Happy. "¿Y tú qué quieres?" Esto dejó aún más claro el punto de Hank cuando incluso atendió a mi hermano, que obviamente me pertenecía. "¿Supongo que dos perritos calientes serían uno de más?". Happy sonrió demasiado para mi gusto. Quizá le gustaba el hecho de que no era el único que pensaba que mi decisión era equivocada. Pero, con toda probabilidad, sólo le encantaba mi cara de desprecio.

"Puedes apostar tu vida a que lo haré", respondió Hank de forma tan convincente que decidí no volver a comer comida callejera, sólo por precaución.

"Entonces un perrito caliente para mí".

"Traidor", gruñí a Happy y retrocedí.

Happy me había alcanzado a mitad de camino y estaba masticando su perrito caliente con fruición. "Está bastante bueno", dijo con la boca llena.

"Es una revelación", respondí. Sólo el olor era suficiente para traerme recuerdos que ya no podía reprimir. "Quizá Chloe tenga una maldición", me oí decir en voz alta. Quería cortarme la lengua por eso, porque en realidad no quería hablar de ello.

"¿De qué estás hablando?"

"Me dijo entonces que su padre se volvió loco después de ganar dinero. ¿Quizá a ella le pasó lo mismo? Al menos sería una explicación con la que podría vivir."

"Estamos en el siglo XXI, ya no creemos en maldiciones". Happy se desentendió y, en realidad, yo era demasiado listo para creerme mi teoría.

"Entonces no es una maldición, sino algo biológico y genético", dije, aferrándome a la última paja que me quedaba.

"Con la mano en el corazón, hermano. ¿Por qué dejaste a Chloe? ¿Qué hizo?", volvió a preguntar. No cejaría hasta que se lo hubiera contado todo. ¿Por qué prolongar más mi sufrimiento cuando podía acabar con él aquí y ahora?

"Por tu estúpida apuesta", gruñí enfadado. Tenía tanta hambre que no podía pensar con claridad.

"Soy Happy Valentine, tienes que ser más específico cuando hablas de apuestas".

"Sabes exactamente de qué apuesta estoy hablando". Happy me miró, sacudiendo la cabeza porque tenía la boca demasiado llena para hablar. "Chloe.Gastar. Mil millones de dólares. ¿De

boda?"

Me pareció una eternidad antes de que Happy respondiera por fin.

"No aposté con Chloe". Tardé un momento en procesar sus palabras porque esperaba algo completamente distinto. Quizá un *lo siento* arrepentido o un soy *como soy*, pero no lo que había respondido en realidad. "¿No había ninguna apuesta?" Hice una pausa. "¿Y con qué dinero pagó las esculturas? No era mío". "¿De verdad no te lo ha dicho?". Happy ya había sacudido la cabeza tantas veces que su pelo era historia. "¿Decirme qué? Acaba de decir algo sobre una ganancia inesperada". Mi respiración se aceleró porque de repente hubo un atisbo de esperanza. Al principio no me atreví a reconocerlo porque no podía soportar otra decepción, pero luego me sobrepuse.

"Bendición de dinero es una palabra demasiado pequeña para el mayor bote de Powerball jamás conseguido". Happy formó un arco iris con las manos, significara lo que significara.

"¿Chloe ha ganado el premio gordo de la Powerball?" La confusión se reflejaba en mi rostro y mis pensamientos se aceleraban.

"Sí. Quería cederme el dinero. Hasta el último céntimo", dijo Happy con seriedad. Ahora no entendía nada. ¿Primero Chloe me oculta sus ganancias y luego quiere darle el dinero a Happy, pero él se niega? ¿Qué demonios me había perdido entre ellos dos?

"¿Por qué querría hacer eso?", pregunté con suspicacia.

"Porque antes era mi lote, pero se lo di a ella. Un regalo es un regalo y yo soy un jugador justo, así que oficialmente es su dinero". Se encogió de hombros como si *no pasara nada* por haber regalado un billete de lotería de mil millones de dólares.

"Mierda", susurré, y entonces Happy se dio cuenta de lo que había hecho.

"Un momento, ¿dejaste al amor de tu vida en el altar porque no te dijo que le había tocado la lotería?". Su boca se formó en un grito silencioso.

"Dicho así, suena bastante estúpido", dije resignado.

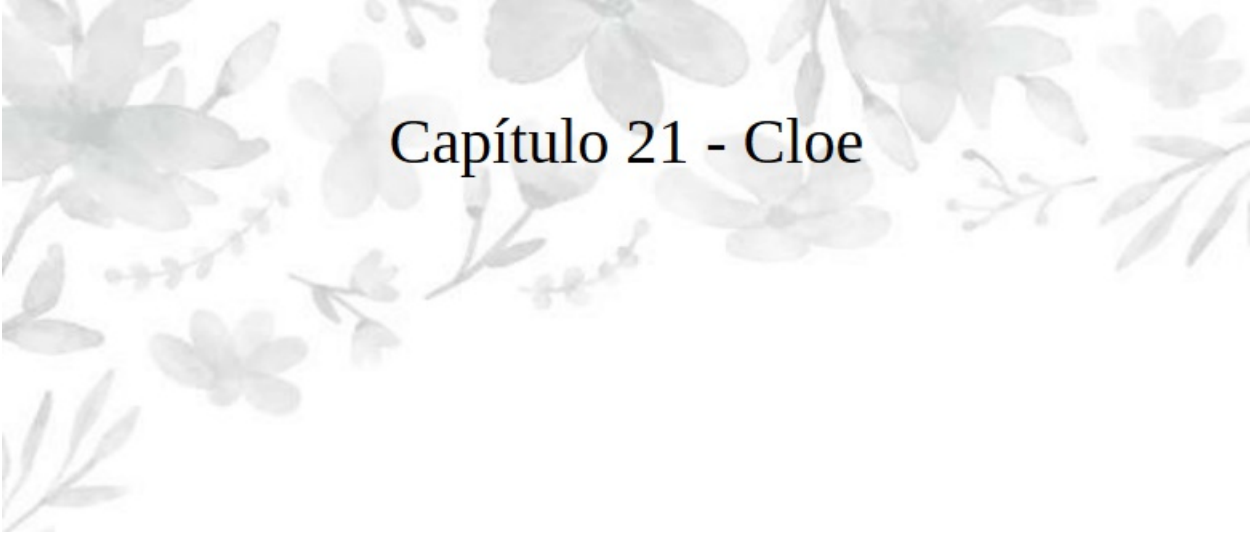
"Lo pongas como lo pongas, ¡es bastante estúpido! Puede que incluso hayas tomado la decisión más estúpida de la historia de la humanidad".

"Después de lo de los pingüinos", recalqué tajantemente. Pero sí, tenía razón, era la segunda decisión más estúpida.

"¡Tengo que ir enseguida a mi despacho, organizar algo!". Volví a la Torre Valentine. "¡No, deberías llamar a Vic y que te lleve a su piso!", gritó Happy tras de mí, porque se arriesgaba a derramar salsa sobre su traje si iba más deprisa.

"¿Aparecer allí con las manos vacías? Olvídalo".

Si pudiera recuperar a Chloe, tendría que ser con una disculpa que no pudiera rechazar. "Bien, entonces corre a tu próxima perdición. Pero no digas que no te lo he dicho".



Capítulo 21 - Cloe

Inmediatamente me sentí mucho mejor después de la comida, porque los perritos calientes de Hank eran una cura milagrosa para todas las dolencias, pero también peor, porque comer perritos calientes se había convertido en una de las tradiciones de Eben y mías.

De vuelta al almacén, me sorprendió comprobar que la temperatura seguía rondando los cero grados y que los restos de la escultura no se habían derretido ni un poco.

"¿Qué demonios hacemos ahora?", pregunté.

"Ni siquiera sé cuál es el problema", dijo Mia, encogiéndose de hombros.

"Sólo he alquilado la sala hasta esta noche. Ya sabes, porque se suponía que las figuras iban a brillar en mi boda cancelada". Oculté mi dolor tras un sarcasmo punzante, o al menos lo intenté.

"¿Por qué no alquilas la sala durante más tiempo?"

La miré con reproche porque esta vez no se trataba del dinero. "Quiero deshacerme cuanto antes de todo lo que me recuerde a Eben". Era inútil detenerse en sentimentalismos. Tenía que trazar una línea clara, era la única forma de poder mirar al futuro y olvidar a Eben.

"Vale, comprensible, yo también querría deshacerme de los recuerdos. ¿Y si lo golpeamos todo aún más pequeño?" Cogió el mazo y se lo echó al hombro como un leñador con un hacha.

"No te ofendas, pero tardará una eternidad". Con las bajas temperaturas, todo podría tardar días, incluso semanas, en derretirse.

Mia se mordió los labios pensativamente. "¿Cómo vamos a bajar el helado?"

Hice un poco de examen de conciencia. "¿No había una trituradora de madera para tocones de árboles en una de las salas?"

"¿Es posible?" Escrutó los trozos de hielo que teníamos delante.

"¿Por qué no? Puedo cortar el hielo con una motosierra".

"Bien, pues vamos". Mia dio una palmada y buscamos por el recinto a los dueños de la trituradora de madera. El vestíbulo estaba abierto, así que era muy probable que lo encontráramos.

Unos minutos -y lo que me parecieron cientos de kilómetros- después, encontramos a alguien en el almacén, que era idéntico al que yo había alquilado.

"¡Eh, señor!", le llamé.

"¿Señor? Hace veinte años que nadie me llama así. Me llamo Tuck, señoras". Con su bigote de herradura, no sólo parecía el típico camionero sureño, sino que también hablaba como tal.

"Hola, Tuck. ¿Me prestas la trituradora un momento?", pregunté libremente, señalando la gran máquina que normalmente se utilizaba para trabajos forestales. Toda la sala estaba llena de grandes máquinas cuya función sólo podía adivinar.

"¿Por qué dos chicas como vosotras necesitan una trituradora de pinos?", preguntó, confuso. Se acarició el pañuelo USA, que le cubría la mitad de la frente y la nuca.

"Necesito deshacerme de mi helado", respondí.

"¿Quieres triturar hielo? Puedo hacerlo yo solo". Puso las manos en las caderas.

"¡No es una broma, es superimportante!", intervino Mia.

Tuck no parecía impresionado, pero miró a su alrededor: "Berry, si ésta es una de tus estúpidas bromas, ¡vete a tomar por culo!".

Mia y yo nos quedamos boquiabiertas porque no estábamos acostumbradas a ese tono de voz en Nueva York. Levanté los brazos aplacadoramente e intenté parecer lo más seria posible.

"No sé quién es Berry, sólo sé que necesito que me prestes esta máquina urgentemente. Por una, quizá dos horas, eso es todo. Juro que es la verdad".

Tuck masticaba pensativo un trozo de tabaco de mascar.

"Hablas muy en serio, ¿verdad?".

"Sí. Y si no estuviéramos tan desesperadas, ni siquiera preguntaríamos", respondí, esperando que Tuck tuviera un corazón blando bajo su ruda conducta.

"¡Ella! Está desesperada, yo sólo intento que no haga ninguna estupidez", dijo Mia, señalándome con los dos dedos. La fulminé con la mirada, lo que hizo reír a Tuck.

"Los neoyorquinos siempre son buenos para las sorpresas".

Me di cuenta de que quería darse una sacudida y sólo necesitaba uno, tal vez dos argumentos conmovedores para que ocurriera.

"Realmente me ahorraría muchos disgustos".

"¿Sabes siquiera manejar esta cosa? Las cuchillas tan afiladas no son para niñas".

Intenté no tomármelo como algo personal, pero busqué en la habitación una motosierra. Era un poco más grande que la motosierra que estaba utilizando, pero no más difícil de manejar. La cogí y me acerqué a un montón de tocones de árbol.

"¿Necesitas eso?", pregunté, señalando uno que estaba en el borde y tenía el tamaño perfecto. "Es una tontería", dijo cruzándose de brazos. Su rostro, sin embargo, mostraba que sentía curiosidad. Puse en marcha la motosierra y, unos cuantos cortes después, pude distinguir la silueta de un lobo. Y unos cuantos cortes más tarde, nadie podía negar que yo podía manejar maquinaria pesada. "Vale, me has impresionado de verdad. Aun así, mi jefe me matará si presto sus máquinas así como así". "Trae tú mismo el aparato a nuestra sala, por mí puedes quedarte de vigía", le sugerí. Realmente estaba luchando consigo mismo. "Te doy cien pavos y te pago la comida".

Me costaba creer que estuviera utilizando las tácticas de Eben para deshacerme de él. Resultaba casi irónico que Tuck nos tendiera la mano para sellar nuestro trato con un apretón de manos.

Veinte minutos más tarde, la trituradora estaba en el vestíbulo, zumbando y esperando para triturar en pedacitos todos los recuerdos de Eben.

El primer trozo me costó mucho esfuerzo, el siguiente se hizo más fácil y con cada nuevo trozo de hielo que atravesaba las afiladas cuchillas, la presión sobre mi corazón mejoraba un poco.

Mia dijo entusiasmada que era una pena porque eran preciosas, mientras empujaba los grandes trozos hacia mí. "Oh, vamos, no ha sido nada", dije avergonzada. "Cualquiera puede hacerlo con práctica". "¿Con mucha práctica? ¿Quieres ver lo que he conseguido en los últimos diez años con mucha práctica?". Mia me sonrió desafiante, así que no tuve más remedio que responder a su pregunta retórica. "¿Qué? Me detuve un momento, tras lo cual mi espalda me lo agradeció de inmediato. Los trozos de hielo eran bastante pesados y la máquina estaba hecha para leñadores enormes como Tuck, no para neoyorquinoas menudas.

"¡Presta mucha atención a lo que hago con el hielo triturado! En realidad es nieve. ¿Verdad que sí? ¿Sólo puedes llamarla nieve si viene del cielo?" Mia siguió parlotando imperturbable.

"No lo sé, pero cuanto más lo pienso, más equivocado me parece todo".

"Sí, ¿verdad?", coincidió conmigo Mia, horrorizada. "Llamémosla nieve triturada. Estará bien".

"Vale, eso resuelve la importantísima cuestión de cómo se llama el hielo picado".

"La pregunta está justificada, sobre todo si la haces a mediados de junio".

Cierto, resultaba paradójico que estuviéramos hablando de nieve y escarbando en ella mientras fuera hacía un sol de veinticinco grados.

Mia formó primero una bola grande y luego otra un poco más pequeña. Mientras trabajaba en la tercera bola, me di cuenta de lo que estaba haciendo.

"¿En serio estás construyendo un muñeco de nieve?". Incliné la cabeza.

"Sí. De niña construía docenas cada año. Esa es toda la experiencia que tengo".

También recogí nieve triturada, la moldeé en una pelota del tamaño de una pelota de tenis y se la lancé a Mia. "¡Eh!", protestó, riéndose, y me lanzó la cabeza del muñeco de nieve, dándome justo en la pierna. "¡Aguanta, Mia!" Le lancé una bola de nieve tras otra, asegurándome de darle en las piernas desnudas porque se le estaban enfriando especialmente.

Jugábamos y reíamos como niñas y, por un momento, yo también me sentí como una de ellas. El peso del mundo cayó de mis hombros y sólo importaba el aquí y el ahora. Me sentí bien riendo a carcajadas. Para ser sincera, me liberó mucho más de lo que jamás podría hacerlo un grito de rabia.

Eben, junto con mi corazón roto, se convirtió en un recuerdo lejano. Lo único que quedaba era Chloe, cuyo mayor problema era ser una completa fracasada en el lanzamiento largo y perder a lo grande en una lucha de bolas de nieve contra una reina del lanzamiento.

Corrimos por el pasillo y nos perseguimos mutuamente con los restos de mi relación. Mientras yo estaba ocupada buscando una buena cobertura, Mia corría despreocupada como si fuera invulnerable. Sólo cuando nos quedamos sin suministros agité la bandera blanca.

"¡Igualdad de oportunidades en la próxima ronda!", jadeé tras salir de debajo de mi cubierta.

"¡Venga, echad las cosas a la trituradora, quiero ponerme a ello!", exigió Mia con impaciencia.

"Y luego lo organizaremos una vez al mes como un evento para compartir piso. Una guerra de bolas de nieve en verano". "¡Es la idea más brillante que has tenido desde el martes de tacos!", elogí a mi mejor amiga. "¿Y qué pasa ahora?", pregunté después de haber pesado un gran trozo en la máquina. "¿Estamos triturando hielo y tirándonoslo unas a otras?". Mia pateó la pequeña pila de trituración que se había creado mientras tanto.

"No me refería a *ahora*, sino a dónde va mi vida a partir de ahora". Eché el siguiente terrón en la máquina y lo miré con nostalgia porque había formado parte de mi estatua favorita.

"Igual que antes, comemos más Ben & Jerrys de lo que nos conviene, esperamos con impaciencia la próxima temporada de *El cantante enmascarado* y odiamos a un hombre cuyo nombre no debe volver a mencionarse en nuestro piso". Cruzó los brazos delante del pecho y, aunque no dijo el nombre de Eben, supe exactamente cómo lo demonizaba por dentro. Yo también, pero al mismo tiempo no.

"No sé si podré seguir adelante como si no hubiera pasado nada", admití con un suspiro. Parecía imposible volver a mi antigua vida y fingir que nada de esto había ocurrido. Era imposible negar que Eben había cambiado algo en mí, y para mejor.

"¿Qué quieres hacer en su lugar?". Mia se sentó en una caja de madera y apoyó los codos en las rodillas. Era su *postura de "estoy lista para hablar de una crisis seria"*.

"Debería quedarme con el dinero", le dije. Inmediatamente se levantó de un salto y levantó los puños con alegría.

"No me digas que el soborno de Tuck te ha hecho cambiar de opinión".

Solté una risita. "Sí, en cierto modo, pero no como tú crees".

"Chica, no quieres saber lo que pienso". Me miró con ojos enormes.

"Si lo enfatizas así, sin duda quiero saber lo que piensas al respecto", la reté indirectamente a que me respondiera.

"No desvelaré ningún detalle, sólo esto: no quiero ser el próximo villano de Superman siguiendo los pasos de Lex Luther. Somos mejores amigas, lo que significa que yo también tengo que convertirme en supervillana, lo quiera o no. Y definitivamente no quiero".

"Eso está por ver. Pero me he dado cuenta de que sólo puedo conseguir cosas si tengo dinero para ello. Mi propia empresa, por ejemplo".

Por fin comprendí lo que le había pasado a mi padre. Nunca había sido el dinero, sino *él*. No me había convertido en una mala persona tras ganar la lotería y, si era sincera conmigo misma, Eben tampoco era una mala persona. Había tomado decisiones estúpidas, sin duda, pero eso era humano.

Mia me aplaudió. "¡Por fin has entrado en razón!"

"Y me di cuenta de otra cosa". En realidad no fue hasta el segundo en que lo dije en voz alta, pero eso no hizo que mi decisión fuera menos valiosa. "Mi mundo es mejor cuando Eben y yo estamos juntos". "Vale, después de todo has perdido la cabeza", dijo Mia sacudiendo la cabeza. Desde su punto de vista, debía de parecer una loca, pero mis pensamientos estaban más claros que nunca.

"Escúchame", dije con calma.

"Ha sido un error mío". Resopló despectivamente y la comprendí. Acababa de romperme el corazón, tenía todo el derecho a odiarle. Pero yo era la víctima, así que podía decidir por mí misma si me conformaba con ser la víctima o si quería cambiar la situación.

"¿Y si sólo fue un malentendido?". Con ello, había lanzado a la sala la pregunta que había temido todo el tiempo rumiando dentro. La pregunta que podía volver loca a la gente, pero que con la

misma frecuencia les daba esperanza.

"Abandonar a alguien el día de tu boda no es un malentendido. Sólo te quería mientras eras pobre, eso es realmente espeluznante incluso para un Valentín".

"Bueno". Me mordí los labios. "En realidad nunca le expliqué cómo conseguí el dinero". Mia se quedó con la boca abierta.

"¿No le contaste a tu ex futuro marido que te había tocado la lotería más grande de la historia?"

"Es que no era importante", dije encogiendome de hombros.

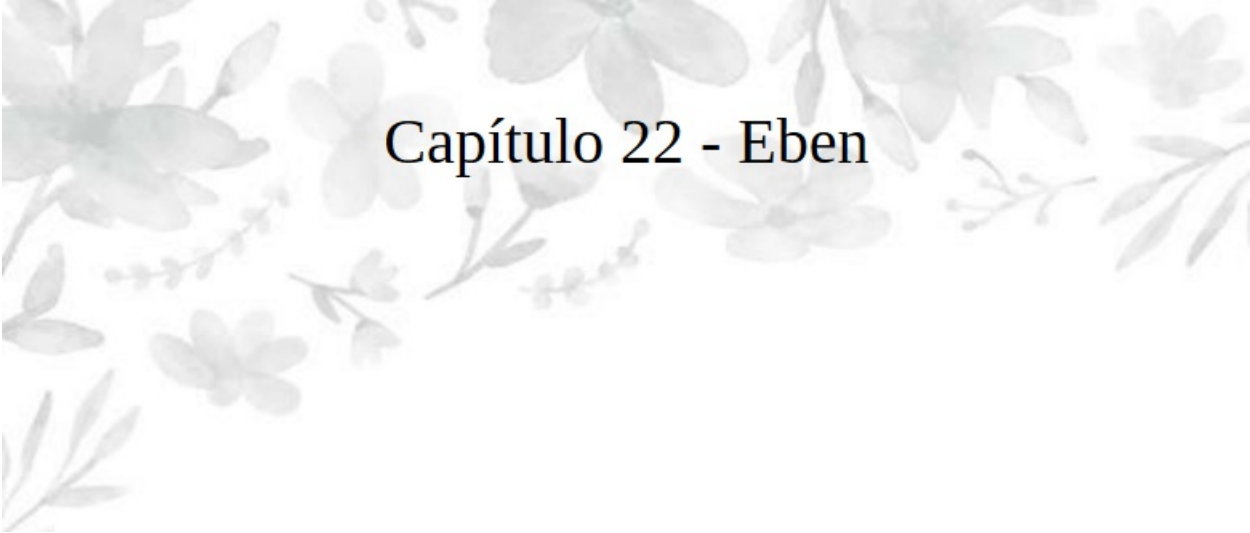
"Hasta que se volvió importante, después de todo". Utilizó mis propias palabras contra mí y se agarró la frente. "¡Chloe, esto podría cambiarlo todo!"

Ahora comprendía por qué me aferraba a la esperanza.

"¡Eso es lo que he dicho! ¿Así que estás de mi parte?"

"Siempre. Pero, ¿y si sale mal?"

"Entonces al menos tendré respuestas a por qué me dejó". Yo misma me sorprendí de lo adulta que sonaba. No sé si podría seguir siendo tan adulta cuando Eben estuviera delante de mí. Mi corazón temía que me diera otra patada, pero me pasaría la vida agonizando sobre la *pregunta de qué pasaría* si no lo intentaba ahora.



Capítulo 22 - Eben

Las olas de un metro de altura aún persistían en mi mente cuando bajé del autobús. Si hubiera sabido lo lejos que estaba el glaciar de hielo más caro del mundo, habría volado y navegado por medio mundo con menos ingenuidad.

Exhalé y traté de sacudirme los restos de mi mareo, que se había abierto paso obstinadamente en mi estómago. Si no hubiera sido por Chloe, ya me habría dado la vuelta tres veces. Pero emprendí el arduo viaje por ella. Y para ser sincero, realmente me merecía olas de ocho metros en un barco pesquero, por la forma en que había tratado a Chloe.

Para mí era aún más importante regalarle algo que realmente significara algo para ella. No había pegado ojo desde que salí de la Torre Valentine. No tenía ni idea de qué hora era en Nueva York. Ni siquiera sabía qué hora era en Noruega, porque siempre amanecía en verano.

Mi mirada vagó por el panorama de postal hasta que vi humo ascendente, que esperaba fuese mi destino. Avancé penosamente por la nieve de los caminos rurales sin limpiar.

Ojalá hubiera llevado a Chloe conmigo, le habría encantado el paradójico telón de fondo de verdes árboles y las blancas laderas de los fiordos.

Cuando descubrí el origen del incendio, respiré aliviado. Ahora sólo me faltaban unos kilómetros para recuperar a Chloe.

El pequeño pueblo que era mi destino parecía aún más noruego en la vida real que en las fotos. En realidad, pueblo era demasiado decir, había unas cuantas casas y cobertizos de madera al rojo vivo, unos cuantos prados vallados y un enorme lago parcialmente helado al fondo.

Si algo había aprendido en las últimas semanas era que sólo se podía sentir el valor de algunas cosas. Y la visión de este idilio no tenía precio.

Por primera vez comprendí profundamente lo que Cloe había intentado explicarme todo este tiempo. De repente, mis sentimientos por ella se hicieron aún más profundos, casi podía

sentirlos, palpitaban tan intensamente por mi cuerpo.

"¿Y ahora qué?", me pregunté en voz alta mientras permanecía desierto y solitario en el centro del pueblo y no veía ni un alma. Se suponía que alguien debía darme la bienvenida y guiarme hasta los glaciares. De algún modo, al menos. La mayoría de los noruegos con los que había hablado por teléfono parecían simpáticos, pero no se fiaban mucho de las citas fijas y las promesas.

Joder, sí que soy tonto.

"Buenos días, forastero", me saludó una voz grave desde detrás de mí cuando ya había perdido toda esperanza de civilización. Su acento noruego era tan cálido y amable que enseguida me sentí como en casa. "Sólo se pone bueno después de una taza de café caliente", respondí, frotándome las manos de forma demostrativa. Cuanto más al norte viajaba en Noruega, más frío hacía.

"¿Café? Entonces has venido al lugar adecuado, ¡ven conmigo!". Seguí al hombre barbudo con camisa de leñador mientras avanzaba. Para mi asombro, no se detuvo en la última casa del pueblo, sino que continuó hacia el lago helado.

"¿Estás perdido?", preguntó sin aminorar la marcha.

"No, estoy aquí por los bloques de hielo".

"Ah, interesante". No tenía ni idea de cómo interpretar esta expresión, pero no parecía estar en el lugar equivocado. Por suerte, podía prescindir de un largo camino de vuelta.

"¿Seguro que no nos hemos equivocado de camino?", pregunté cuando dejamos atrás la última casa. "No, hemos venido al lugar adecuado". Tenía una sonrisa traviesa en los labios que fácilmente le hacía parecer treinta años más joven.

Caminó infaliblemente hasta el agujero redondo del lago helado y se desnudó hasta los pantalones. Al menos eso explicaba por qué llevaba toallas.

"¿Qué pasa, forastero? ¿No quieres un café?" Me miró desafiante.

"Tomaré el café", respondí, pero negué con la cabeza mientras miraba el agua helada. "La vida aquí es bastante sencilla, forastero. Ni baño matutino, ni café". Se metió en el agua helada y se apoyó en el borde, como yo sólo hacía en los jacuzzis que estaban al menos a treinta y cinco grados. "Entonces no hay café para mí. ¿Y los bloques de hielo?", seguí preguntando. Mi humor estaba empeorando porque necesitaba cafeína desesperadamente. Desde Chloe, sólo había un café que me gustara, todo lo demás eran brebajes amargos. Pero no había dormido desde que salí de la Torre Valentine, así que cualquier medio era bueno.

"Ni café de la mañana, ni helado". Dio un golpecito a su lado para indicarle que había espacio suficiente para los dos.

Me lo podía haber imaginado.

No servía de nada, si no quería volver con las manos vacías, tenía que superarme. Me quité lentamente la ropa de invierno. El aire sin viento era suficiente para hacerme temblar. Me costó mucho esfuerzo colgar siquiera un dedo del pie en el agujero, pero ¿con todo el cuerpo?

Me hundí en el agua del fiordo con los dientes apretados. Sentía la piel como si alguien estuviera trabajando en ella con mil agujas al rojo vivo.

"¿Cómo te llamas, forastero?", preguntó el noruego con una sonrisa.

"Valentine", respondí, castañeteando los dientes.

"Lo estás haciendo bien, puedes llamarme Torvik". Había respeto sincero en su voz, lo que no me hizo mucha gracia.

"Encantado de conocerte, Torvik. ¿Cómo le va a la gente a la que no le va bien?". Mi cinismo quedó ahogado por el temblor de mi voz.

"Se están ahogando", respondió mortalmente serio, ante lo cual me atraganté.

"Es broma, claro que sacamos a la gente cuando pierde el conocimiento". Torvik se rió a carcajadas y me dio una palmada en el hombro, lo que hizo que me recorriera un temblor de dolor que casi me llevó al borde de la inconsciencia. Si de mí dependía, no quería averiguar si realmente sacaban a la gente inconsciente del agua helada.

"Qué tranquilizador", murmuré. "Al menos ahora estoy despierto".

Nunca había estado tan despierta como ahora. Ni siquiera después de que Happy me diera una de sus *pastillas* en la universidad.

"Eres gracioso". Torvik se frotó el estómago riendo, luego se apoyó en el borde del hielo y abandonó el infierno de hielo líquido.

"No, en absoluto". No sé si realmente no entendía mi cinismo o si se estaba burlando de mí, pero me dio una palmadita en la espalda y siguió repitiendo lo gracioso que era.

"Entremos y tomemos un café caliente, amigo".

Sus palabras me calentaron más de lo que podría haberlo hecho el café.

"Con mucho gusto". Me envolví en una de las toallas y seguí a Torvik al interior.

El repentino calor del fuego abierto hizo que las agujas incandescentes trabajaran mi piel una vez más, pero el gorgoteo del café de filtro hizo que el dolor se desvaneciera.

Me ofreció una taza, que acepté agradecido.

"Bastante bueno", dije asombrado mientras tomaba un sorbo. Casi como una señal de que era lo correcto estar aquí.

"Pareces sorprendido". Torvik se pasó los dedos por la barba.

Sólo ahora me di cuenta del matiz de mi voz.

"Sólo hay otro café que me gusta de verdad", le expliqué. Qué pena que hubiera tirado la máquina de la Torre Valentine. A pesar de toda mi previsibilidad, a veces me comportaba como el mayor tonto del planeta. "¿Cuándo podremos cortar los bloques del hielo del glaciar?", pregunté antes de que mis dedos se hubieran descongelado por completo.

"Tienes un poco de prisa, ¿verdad?". Se hundió lentamente en su silla y se echó hacia atrás. "Sí. Cuanto antes vuelva a Nueva York, mejor". No quería hablar de la estupidez de dejar marchar a Chloe. Sólo de pensar en lo mucho que había llorado por mí me dolía el corazón.

"Ya veo. Entonces deberías ayudarme a cortar la leña, será más rápido".

Me reí. "Empiezo a entender el humor noruego".

"No bromeaba", respondió Torvik secamente, lo que me hizo reír aún más.

Tardé un momento en darme cuenta de que lo de cortar leña iba en serio.

"Pues no me digas", murmuré. Y aunque tuviera que despejar un maldito bosque para llegar a los bloques de hielo de Cloe, ¡lo haría! "Empecemos".

"Primero tomaremos el café. Sin café no hay leña".

Empecé a preguntarme si Torvik se estaba burlando de mí o si realmente era como era. El hombre no hacía las cosas a medias. Bebió su café tan relajadamente como había nadado en el infierno de hielo. Agonizantemente despacio.

Cuando por fin nos vestimos, yo estaba más que preparado. Torvik cogió dos hachas, me entregó una y se colgó la otra al hombro. Luego caminamos hasta el borde del claro y señaló una conífera de tamaño mediano. "¿Tenemos que talar un árbol?", pregunté sacudiendo la cabeza.

"Creía que sólo íbamos a cortar leña". "Lo hacemos", dijo encogiéndose de hombros.

"Maldita sea, no puedo creer que esté haciendo esto de verdad". Sacudiendo la cabeza, apoyé el hacha en el tronco del árbol y di un golpe.

Bajo ninguna circunstancia permitiría que Happy se enterara de la existencia de Torvik. Me costó unos cuantos golpes aclimatarme a la situación, pero luego se hizo más fácil. El árbol fue derribado en un santiamén y saludé con orgullo a Torvik.

"¿Podemos coger ya los bloques de hielo?", pregunté impaciente. Estaba lleno de energía y cuanto más tiempo me retenían, más ganas tenía de volver con Chloe.

"Aún faltan algunos árboles". Señaló toda una hilera de árboles.

Estupendo. Tuve que conjurarlo. Para colmo, los vecinos estaban junto a sus casas y nos observaban. "Un momento", dijo, me dio una palmada en el hombro y corrió hacia los curiosos.

"Estoy literalmente en el fin del mundo, cortando leña porque he dejado a la única mujer que ha significado algo para mí", me dije. "No puedo caer más bajo".

Decirlo en voz alta abrió un canal del que brotó más ira. Por primera vez desde que había dejado a Chloe en el altar, permití mis sentimientos. ¡Y cómo los permití! Derribé un árbol tras otro mientras ordenaba mis pensamientos.

Si esto fallaba, estaba jodido. Tenía que recuperar a Chloe y estaba dispuesto a pagar cualquier precio. Mis miles de millones no me servían de nada si no tenía a alguien a mi lado. No quería a alguien para la Gala de San Valentín, quería a alguien para el resto de mi puta vida y estaba clarísimo que Chloe era la indicada para mí. Sólo cuando me quedé completamente sin aliento -y el claro se había despejado- bajé el hacha. Torvik terminó la vuelta en la que estaba parado y volvió hacia mí con una sonrisa.

"Enhorabuena, nos has hecho quinientas coronas más ricos".

Contó los billetes y me dio la mitad.

"No, gracias. Las apuestas me metieron en esta situación en primer lugar", dije y le devolví el dinero. Calculé mentalmente el tipo de cambio, Torvik había apostado unos cincuenta dólares, luego sospeché porque quería compartir sus ganancias. Desde luego, no por la bondad de su corazón.

Incluso en Noruega, estaba constantemente persiguiendo apuestas.

"¿Qué tipo de apuesta era ésa?", pregunté con suspicacia.

"Cuántos árboles podías derribar. No es frecuente ver que los habitantes de las ciudades sean capaces de ello. Especialmente los habitantes de ciudades americanas. Impresionante".

Le miré, frunciendo el ceño. "Creía que los iban a talar a todos".

"Sólo esos dos, en realidad". Señaló los primeros árboles que habíamos talado.

"¿Así que he limpiado la mitad del bosque para nada?". Durante medio segundo me quedé sin habla y pensé que mi ira volvería. Pero no pasó nada porque mi ira se había esfumado.

"Parece que te ha sentado muy bien, amigo mío". Me dio una palmada en el hombro, me quitó el hacha y corrió de vuelta a la casa. Le seguí en silencio porque no quería confirmar ni negar lo que me pasaba por dentro. "¿Preparado para los bloques de hielo?", preguntó Torvik, y apenas me atreví a albergar esperanzas de llegar por fin al hielo del glaciar.

"¿Podemos irnos por fin?" Apenas podía creer que mi viaje a casa fuera inminente después de haberse convertido en un recuerdo lejano. Desde que cortaba leña, había renunciado a llegar a

casa antes del próximo *Midsommar*.

"Aún queda una cosa por hacer", dijo seriamente.

Sabía que había gato encerrado.

"¿Y qué?" Respirando hondo, esperé la siguiente mala noticia.

"Los perros de trineo son como una manada de lobos, tienes que ganarte su respeto". Torvik pasó el siguiente filtro de café.

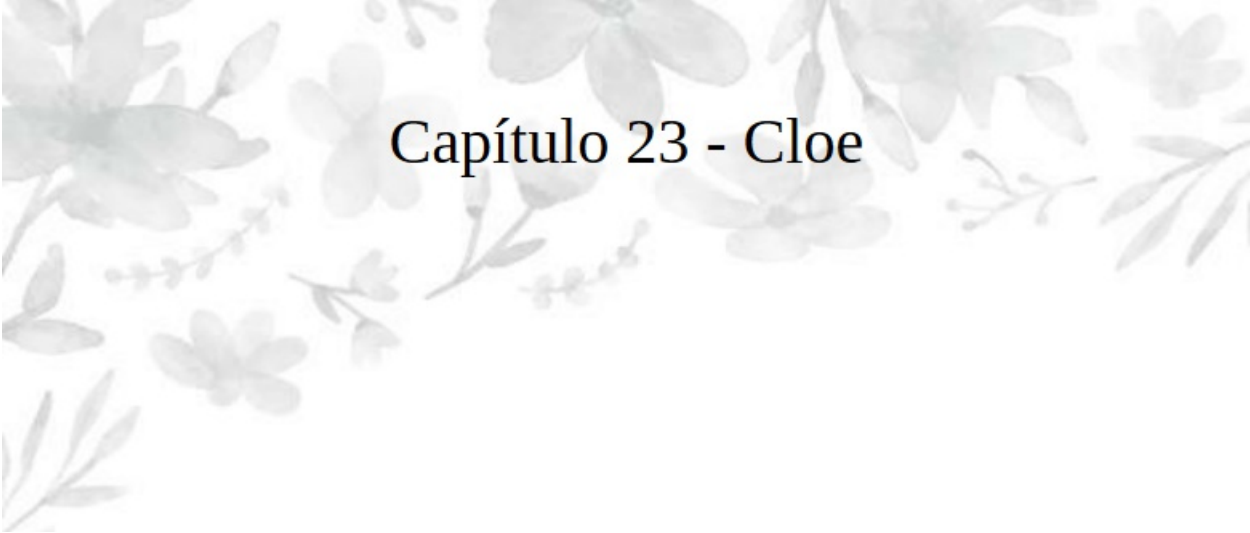
"¿Y cómo?", pregunté.

"Cantas una canción a cada uno de ellos".

"¿Qué canción?", pregunté, intentando ocultar mi tono molesto. Me había dado cuenta de que los relojes marcaban las horas de forma distinta en Noruega que en América. Y si al final me ayudaba a salvar mi relación, estaba dispuesta a todo.

Torvik se rió a carcajadas, sacó una botella de whisky del armario y la vertió en nuestras tazas de café. "Empiezas a entender nuestro sentido del humor". Repartió el café entre las dos tazas y me dio uno de los cafés irlandeses.

"No, no tengo ni idea de lo que dices en serio y lo que no -respondí con naturalidad, lo que hizo reír aún más a Torvik.



Capítulo 23 - Cloe

La Torre Valentine parecía hoy aún más grande de lo habitual. ¿O era sólo Eben el que parecía inalcanzable? Como su smartphone estaba apagado, lo busqué aquí.

Si Eben estaba escondido en algún lugar, ese era su despacho de la cuadragésimo novena planta, refunfuñando y recaudando miles de millones.

Fui sola a la Torre con el corazón encogido, pero Mia tenía toda la razón al decir que ella no tenía nada que ver en el asunto.

"Hola, me gustaría hablar con Eben Valentine", dije, apoyándome en el mostrador de recepción.

"¿Y a quién puedo anunciar?", preguntó la recepcionista, pero titubeó cuando levantó la vista. "Ah".

"Sí, así es. Ésa soy yo -respondí, encogiéndome de hombros. Si a algo me había acostumbrado en los últimos días era a las miradas de lástima de todos los que sabían lo que había pasado.

"El Sr. Valentine no está en la casa, pero puedo enviarle un mensaje".

Me pregunté si realmente no estaba en casa, o si simplemente no estaba para mí.

"No pasa nada. ¿Está aquí alguno de los otros dos Valentines?"

Tecleó algo en el ordenador y luego asintió. "Sí, el señor Damian Valentine acaba de entrar en la torre".

Seguía sin saber si había mentido a Eben o no, pero al menos ahora tenía una excusa para la sala de juntas.

"Gracias". Me bajé de la recepción y me dirigí hacia los ascensores privados, porque había una pequeña posibilidad de que mi tarjeta llave aún funcionara. El hecho de que la recepcionista me mirara con curiosidad no mejoró las cosas.

La Torre Valentine no era el mejor lugar para resolver nuestras diferencias, pero si el Profeta no venía a la montaña...

Acerqué la tarjeta al sensor y el ascensor bajó inmediatamente a la planta baja. Al menos fue algo que salió bien y me dio esperanzas. Para ser sincera, no creía que tuviera muchas posibilidades de éxito. Eben me había abandonado en el altar, que era la afirmación más clara que se podía hacer.

Pero mi corazón creía firmemente que mi mundo con Eben era un mundo mejor. Si él lo veía de otro modo, que así fuera, pero entonces nadie podría decir que yo no lo había intentado.

Entré en el ascensor y, a cada piso que recorría, se me iban escapando más argumentos y refranes que se me habían ocurrido hoy en la ducha caliente. Cuando llegué arriba, mi cabeza estaba completamente vacía. Sólo estaba el martilleo de mi corazón y el miedo a que finalmente se rompiera.

Mi corazón sólo latía por Eben y si él ya no lo quería, yo ya no lo necesitaba, así que podía arriesgarme.

Caminé decidida hacia el despacho de Eben, que estaba vacío. Tan vacío que la máquina de café que faltaba me llamó inmediatamente la atención. Parpadeé con valentía para ahuyentar las lágrimas que me ardían tras los párpados porque Eben simplemente había borrado mi identidad.

¿En qué estaba pensando cuando vine aquí?

Personificaba todo lo que odiaba, así que ¿por qué me sorprendió el final?

Estaba tan ensimismada que choqué con Damian, que salía de su despacho.

"Me alegro de verte, Chloe". Me sonrió y me sentí bien al ver por fin una sonrisa genuina, sin compasión.

"Hola Damian. Me voy otra vez", le dije y le saludé con la mano.

"¿Qué hacías aquí? ¿Algún documento para Scrooge?"

Le miré, frunciendo el ceño. "¿Por qué demonios iba a estar Eben conmigo? Me dejó en el altar. Esta semana".

"Porque es un completo imbécil, pero quería compensarte". Damian me empujó a su despacho, cosa que agradecí. Nunca pasaba nada en la suite ejecutiva, pero no quería tener conversaciones tan íntimas en público. Nunca se sabía quién estaba escuchando.

Su despacho era el reflejo exacto de su personalidad. Caótica y con redes de baloncesto sobre la papelería.

"Realmente quería enmendarse", dijo Damian con rotundidad.

"Quizá dejó a otras mujeres el día de la boda, pero no se presentó en mi casa", dije contrita. ¿Debía alegrarme de haberme encontrado a su hermano en vez de a Eben, que podía informarme de todo?

"Vamos, la mayoría de las mujeres ni siquiera llegaban a su cama en casa". Sacudiendo la cabeza, se desplomó en la silla de su despacho, que ya había visto sus mejores días.

"Por supuesto. No lo hagas. Útil". Le lancé una mirada de reproche que le picó como cualquier cosa que le lanzaran.

"Como quieras. ¿No ha estado contigo?" Su voz temblaba de curiosidad. ¿Era una buena o una mala señal? No lo sabía. Lo único que sabía era que tenía el corazón acelerado y me estaba mareando de tanto caos. Si la situación no se aclaraba pronto, Mia iba a tener que internarme antes de que me volviera loca.

"¿Estaría aquí buscándole si hubiera estado conmigo?" Respondí a su pregunta con una contrapregunta.

"Dame un segundo". Levantó el dedo índice, cogió su smartphone y tecleó un número.

"¿Vic? ¿Tienes idea de dónde está Scrooge?". Hubo una breve pausa, y luego Damian hizo una mueca. "¿Y te lo has llevado así? Sí, ya sé que eres nuestro chófer, ¡pero eso no significa que tengas que escuchar todas tus locuras! Gracias de todos modos".

Damian apoyó los codos en la mesa y enterró la cara entre las manos.

"Y le dije que no corriera hacia su perdición".

"¿Qué ocurre?", pregunté preocupada. Era la primera vez que veía al hermano de Eben tan serio, lo cual era preocupante teniendo en cuenta que me cruzaba con él casi todos los días.

"Scrooge ha volado a Noruega".

"¿Qué tiene en Noruega?", pregunté asombrada. ¡Noruega estaba a miles de kilómetros!

"¿Por qué me preguntas eso?" Damian se encogió de hombros mientras empujaba la silla de un lado a otro. El sonido raspante de dos ruedas rotas me volvió medio loca.

"Porque eres su hermano", respondí, poniéndome las manos en las caderas.

"Y tú eres la mujer con la que intenta hacer las paces". Vale, su contraataque me había puesto los pelos de punta, así que respiré hondo dos veces antes de intentar encontrar una solución al problema.

"¿Hay alguna forma de llegar hasta él?"

"Tal vez, dame un segundo".

Mientras Damian enumeraba sus contactos, yo me paseaba inquieta de un lado a otro del despacho. Eben acababa de huir a otro continente sin decírselo a nadie.

¿Y si sólo fingía que quería compensarme y esta fuera, en algún lugar de Europa?

Espera, Chloe. El dinero no siempre convertía a la gente en monstruos. Me había convertido en el uno por ciento del uno por ciento de la noche a la mañana y seguía siendo yo misma. Si Eben

estaba realmente en Noruega, tenía una razón importante.

Sin embargo, no podía desprenderme por completo de mis dudas, la angustia aún estaba demasiado fresca para eso.

"Dime, ¿sabes si Eben me dejó realmente en el altar porque ahora soy rica? ¿O sólo intentaba demostrarme que me casaría con él?", pregunté entre llamada y llamada. Por fin necesitaba saber la respuesta a la pregunta más importante de mi vida. ¿Había sido sólo un juguete para él?

"¿Ni siquiera lo aclaró? ¿Cómo demonios consiguió que tuvieras una segunda cita?". Se volvió de un lado a otro y, si no conocieras a ninguno de los Valentine, habrías apostado a que Damian estaba haciendo honor a su apodo. Pero reconocí la expresión inequívocamente seria de Eben.

"Quería demostrarle que el dinero no es importante y no importa, ésa es la única razón por la que acepté su oferta en primer lugar". Me apoyé en el escritorio porque ya no podía soportar la inquietud de mis pies.

"El estúpido de mi hermano pensaba que habías ganado el dinero de las esculturas en una apuesta".

Puse los ojos en blanco. "¿Así que ni siquiera se trataba del dinero en sí, sino de su procedencia? ¿Fue todo un malentendido?".

"Una verdadera estupidez que se habría aclarado en una frase".

Mi corazón dio un cauto salto de alegría. Eben no me había dejado plantada ante el altar. Al mismo tiempo, me sentí enferma, porque podría haberme ahorrado todo el dolor si hubiera cedido.

Damian siguió enumerando sus contactos hasta que por fin tuvo toda la información que necesitaba.

"Menos mal que media Torre Valentine me debe un favor", murmuró mientras anotaba algo con papel y bolígrafo.

"Piensa que estás sobornando a la gente", dije despreocupadamente, porque sentía que tenía que responder a algo.

"Típico de Scrooge. No, tengo una moneda de cambio mucho más valiosa que el dinero: los favores que me he ganado". Me sonrió irónicamente y me pregunté cuántos cientos de personas le debían algo si sólo ganaba un tercio de sus apuestas.

"Nos estamos desviando del tema, ¿qué le pasa ahora a Eben?", pregunté impaciente. Me encantaría saber qué se le había perdido a Eben en Noruega, sobre todo si realmente se trataba de disculparse conmigo.

"Parece que compró un teléfono por satélite con la tarjeta de crédito de la empresa. Y por suerte, un pajarito de la administración me envió el contrato y el número de teléfono correctos". Agitó el número de teléfono y me lo puso en la mano. "Aquí tienes".

Irritada, cogí la nota. "¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?".

"¿Qué me preguntas? Llámale". Damian me miró como si estuviera loca.

"Llámale tú, es tu hermano". Apreté la nota contra su pecho hasta que retiró el papel.

"Y tú su antiguo amor. No me gustaría interponerme en vuestro romántico, dramático y kitsch reencuentro". De forma demostrativa, puso el número sobre la mesa y me lo devolvió. Crucé los brazos provocativamente para enfatizar mi protesta.

"Es un teléfono, Damian. No puedes ver a nadie con él".

"Ya sabes lo que quiero decir".

"Lo siento, el cinismo es lo único que me queda".

En realidad, no era una protesta en absoluto, sólo me atenazaba el miedo desnudo a que no hubiera un final feliz después de todo, sino que el malentendido fuera un malentendido.

"Lástima que no tenga excusa. ¿Llamamos los dos y cambiamos a megafonía y cuando esté claro que Eben no está reproduciendo *Midsommar*, me voy antes de que se ponga sensiblero?".

"¿La película no está ambientada en Suecia?", pregunté.

"De todos modos, ya sabes lo que quiero decir. ¿Tenemos un trato?"

"Trato hecho. Asentí, aunque estaba indecisa. Por un lado, necesitaba saber que Eben estaba bien, pero por otro, solía haber más malentendidos por teléfono.

Damian marcó el número y la llamada tardó media eternidad en ser atendida.

"¿Diga?" La voz de Eben sonaba rasposa y metálica y crepitaba como una señal estática. Sin embargo, mi corazón se aceleró cuando lo oí.

"Scrooge, ¿qué demonios haces en Noruega?", preguntó Damian, arruinando el momento. Pero no había podido ser de otra manera. Estar sola ahora era lo último que deseaba.

"¡No es asunto tuyo, Happy!"

Por su tono de voz, me di cuenta de que estaba a punto de ahogar la llamada.

"¡Por favor, no cuelgues!", solté.

"¿Chloe?" La conexión era desastrosa, pero no cabía duda de su asombro.

"Sí". Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando dijo mi nombre. "¿Vas a contarnos qué haces al otro lado del mundo?".

"Recuperar tu corazón".

Me reí porque su respuesta era muy típica de él.

"¿Y cómo se supone que funciona eso?"

"Ofreciéndote el mejor hielo glaciar del mundo".

"Has perdido completamente la cabeza", dije, atónita.

"Sí, porque apenas puedo soportar la idea de haberte perdido para siempre".

Yo era incapaz de responder a nada. Eben me quería y emprendió un viaje tan enorme sólo para demostrarlo. Mi corazón se volvió de repente toneladas más ligero porque el amor verdadero existía.

"¡Scrooge, vuelve antes de que experimentes tu propio *Midsommar*!", intervino Damian.

"Estoy en Noruega, no en Suecia", le corrigió Eben secamente.

Happy lo ignoró. "Sí, sí, me doy cuenta. Los dos tenéis el mismo sentido del humor. Te doy un clásico y tú estropeas el chiste antes de la primera carcajada".

"¿Has visto siquiera la película?", pregunté negando con la cabeza.

"No importa si conozco toda la película o sólo el tráiler, ¡es evidente que los del norte tienen verdaderos problemas!".

"Tú tienes problemas, hermanito", dijo Eben secamente.

"Sí, por ejemplo papá, que está dando vueltas porque el CTO de su empresa ha desaparecido loco de cabeza".

"Por favor, ven a casa", dije conciliadora. Lo único que deseaba era acurrucarme a su lado y olvidar todo lo malo de los últimos días. Ya arreglaríamos todo lo demás más tarde.

"¡No hasta que tenga tu hielo glaciar! No tienes ni idea de lo que he tenido que pasar para conseguirlo".

"Eres muy amable, Eben. Pero una taza de tu helado y una disculpa habrían bastado".

Vaciló, así que aproveché que se había quedado mudo para compartir con él todos mis sentimientos.

"A estas alturas ya deberías conocerme lo suficiente como para saber que no necesito hielo glaciar caro ni miles de millones en mi cuenta bancaria. Hay cosas mucho más valiosas que puedes darme".

"¿Me estás diciendo que me di un baño de hielo a temperaturas bajo cero para nada?". Respiró hondo y me pregunté qué más habría experimentado en su viaje a Noruega, pero eran preguntas de importancia secundaria. De hecho, había pasado un tiempo arduo sólo para darme algo. Lo que significaba que había estado pensando en mí durante todo el viaje, prueba suficiente de su amor por mí.

"¡Digo que eres idiota y que deberías volver a casa antes de que se te congelen los dedos de los pies!".

"Me alegro de oír a otra persona decir lo idiota que eres, hermano. Ya que tú no me crees -volvió a interrumpir Damian.

"Ven a casa, Eben". El ruido era cada vez más fuerte. "Apenas puedo oírte. Casi parece que esté cayendo una ventisca".

"¡Aquí está cayendo una tormenta de nieve!"

Entonces se rompió la conexión y como no sabía si reír o llorar; hice las dos cosas a la vez.



Capítulo 24 - Eben

Ni el oleaje en una cáscara de nuez ni la tormenta de nieve del siglo que me había sorprendido en Noruega hicieron que mi corazón latiera tan deprisa como la llamada a la puerta del piso compartido de Chloe.

Ni siquiera mi primera reunión con inversores como director financiero de Industrias Valentine me había hecho sudar tanto.

En un brazo sostenía la compra de la tienda de la esquina, la otra mano estaba en los pantalones, agarrando el paquete de la *casa de empeños de Abe*, que pesaba más que el mundo, al menos eso me parecía a mí.

El inconfundible rumor de Chloe la anunció y me arrancó una sonrisa. Echaba de menos los viejos tiempos, antes del mayor error de mi vida, y esperaba haber conseguido por fin demostrarle mi amor.

"¡Hola!" Abrió la puerta de un tirón y, al verme, se quedó helada como una estatua de sal.

"¡Comprueba enseguida si esta vez *sí que hay* guindillas de más!", llamó Mia desde detrás.

"No es la pizza", respondió Chloe en voz tan baja que era imposible que Mia la hubiera oído.

"Exacto, ¿qué haces aquí? No te esperaba desde hace unos días".

"He hecho todo lo posible porque no puedo soportar otro día sin ti", le dije. Ella seguía sin moverse, lo que aproveché para arremeter aún más.

"Chloe. Fue un maldito error estúpido dejarte en el altar". No oculté que me demonizaba por ello. La rabia y la amargura de mi voz sólo iban dirigidas a mí mismo.

"Puedes repetirlo", intervino ella con amargura. "Me has roto el corazón, Eben".

Necesité todas mis fuerzas para seguir mirándola a los ojos, que brillaban húmedos. El dolor que había en ellos era casi palpable y deseé poder quitárselo.

"Lo siento. Ojalá pudiera deshacer la situación -respondí con voz débil. Ambos sabíamos que no se podía deshacer el pasado. Ésa era la única razón por la que había hecho el estúpido viaje a Noruega. Quería algo valioso que significara algo para ella, para compensar el dolor que le había causado.

Respiró hondo. "Me sentí mal y estuve a punto de volver con mamá y Henry a Mobile".

Maldita sea, no tenía ni idea del daño que había hecho. Si hubiera sabido antes sus planes, no se me habría ocurrido la idea del chasquido de Noruega.

"Gracias a Dios que sigues aquí", dije con una sonrisa. Le di crédito por haber abierto la puerta. Por teléfono, parecía capaz de perdonarme. Pero por teléfono, después de darme por desaparecido, era diferente que en la vida real.

"Eso fue cosa de Mia, no tuya". Asintió detrás de ella. No veía a Mia por ninguna parte, pero sabía que no estaba tumbada en el sofá, sino de pie en la esquina, escuchando. Una palabra equivocada mía y me saltaría a la cara con las garras afiladas, eso estaba claro. Los dos eran como brea y azufre.

"¿Me odias?", pregunté. Mi voz sonaba extrañamente llena y por primera vez en mi vida tuve miedo de oír la respuesta.

"¡Vaya pregunta, claro que te odio!", soltó Chloe. Sus palabras provocaron una sacudida casi mortal en mi corazón, que sólo se suavizó con el brillo de sus ojos. "Pero eso no significa que no pueda perdonarte".

"¿Me perdonas?", fue mi siguiente pregunta. Hope me sacó el cuchillo del pecho.

"No saldrás de ésta tan fácilmente. Pero si estás la mitad de motivado que cuando intentabas demostrar lo grande que es tu riqueza, tienes una buena oportunidad". Incluyó la cabeza, lo que desencadenó el impulso inmediato de besarla. Me contuve con todas mis fuerzas. Aún no me había ganado sus besos. Y aún quedaban algunos asuntos por resolver antes de que nuestras heridas pudieran cicatrizar.

"¿Por qué no me has dicho de dónde has sacado el dinero?"

La pregunta me había estado quemando la piel desde que Happy me había iluminado.

"Pensé que no era importante. El dinero no es importante. Y si no estás de acuerdo, puedes marcharte ahora mismo. Ya estamos bastante rotos, no necesitamos destruirnos mutuamente una segunda vez porque nuestros mundos no son compatibles."

Chloe cruzó los brazos delante del pecho y me pareció oír un *hmph* de aprobación procedente del interior piso compartido.

"El dinero no es importante. Me llevó mucho tiempo entenderlo, pero ahora lo tengo dentro. No hay nada más valioso que pasar tiempo contigo". Mis palabras eran sinceras. Si algo había aprendido en Noruega era que ni siquiera ser multimillonario te llevaba a ninguna parte. Sólo entonces fui consciente de las lecciones de Chloe, pero las había interiorizado tan profundamente que nunca más podría olvidarlas.

"Te agradecería mucho que dedicaras tu tiempo a mí y te ocuparas gradualmente de mis lagunas educativas fundamentales".

Recogí de forma demostrativa el paquete familiar de Ben&Jerrys y la caja de DVD de Juego de Tronos que había comprado en la tienda de veinticuatro horas de la esquina.

Chloe soltó una risita. "Tú sí que lo entiendes".

"Espero no haberlo entendido demasiado tarde". El corazón me martilleaba dolorosamente contra las costillas.

"Podría haber sido antes... pero lo principal es que ahora estás aquí y lo haces lo mejor que puedes". Me agarró por el cuello y tiró de mí hacia el interior del piso compartido, tirando el helado y la caja del DVD al sofá. "Claro que te perdono".

Nuestros labios se encontraron y el mundo se detuvo de repente. Sólo estaba Cloe y el hecho de que me había perdonado.

Ella me había convertido en el hombre más feliz del mundo. El hombre más feliz y el más rico, porque para mí no había nada más valioso en el mundo que Chloe Rush.

La rodeé con los brazos y di vueltas con ella, lo que le provocó un chillido. Cuando volví a dejarla en el suelo, fui a por todas. Mejor dicho, me arrodillé y la cogí de la mano.

Sonreí brevemente al darme cuenta de que aún llevaba mi anillo de compromiso.

"¿Qué pretendes?", me preguntó mientras me quitaba el anillo de diamantes.

"Quiero corregir algo", dije con una sonrisa.

Dejé caer el anillo en el bolsillo del pantalón y saqué el anillo de la *casa de empeños de Abe*, por la que me aseguraron que Cloe nunca pasaba sin suspirar suavemente.

"Chloe Rush, eres la mujer más extraña que he conocido".

"Antes se te daba mejor hacer cumplidos", se burló Mia desde el fondo, ganándose miradas de reproche por parte de Chloe.

"Desestabilizaste fácilmente mi mundo y pusiste mi vida completamente patas arriba. No puedo imaginarme volver a un mundo en el que todo es riqueza y normalidad después de saborear la vida contigo: estoy enganchado a más Chloe Rush, ¿quieres casarte conmigo? ¿Y por *nosotros* esta vez, no por el resto del mundo?".

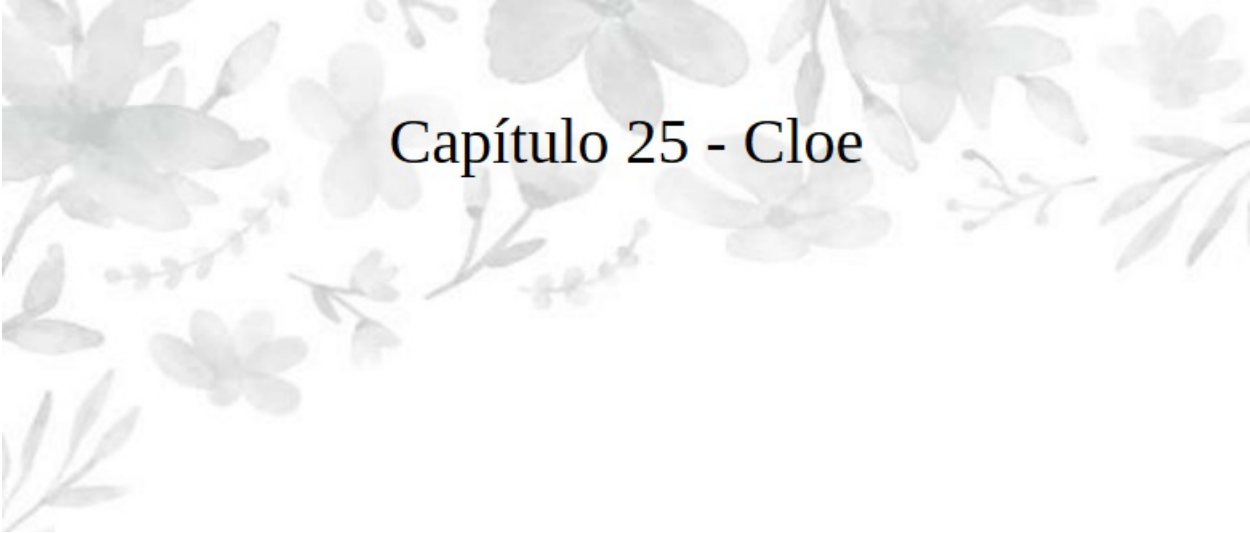
Levanté el anillo de la casa de empeños, lo que provocó en Chloe el suspiro que Abe me había prometido.

"Mi mundo es mejor cuando estás conmigo. Sí, quiero casarme contigo". Asintió y dejó que le pusiera el anillo en el dedo, que la hizo brillar como nunca podría hacerlo el anillo de diamantes.

Cayó en mis brazos antes de que me hubiera levantado de nuevo.

"¡Te quiero, Eben Valentine!"

"Yo también te quiero, Chloe *Rush-baldige-Valentine*".



Capítulo 25 - Cloe

Inspiré y expiré profundamente porque apenas podía soportar la tensión. El corsé me cortaba el aire y busqué frenéticamente las correas que lo sujetaban.

"¡Chloe Rush, no te me vas a acobardar ahora!", me reprendió Mia con tono maternal y me dio una palmada en los nudillos.

"Al fin y al cabo puede que me desmaye, pero aún estoy segura de mí misma". Me abaniqué aire fresco con las manos. Aunque la temperatura rondaba el punto de congelación, yo brillaba de calor. El hotel de hielo me estaba calentando de verdad. ¿O era la excitación porque estaba a punto de llegar al altar?

"Bien". Mia sonrió satisfecha. "Eben también está listo. Hemos tenido otra pequeña charla".

"¿Una en la que afilabas demostrativamente el machete de tu padre?", pregunté con una sonrisa. El piso entero del padre de Mia estaba lleno de recuerdos exóticos de todo el mundo que había traído de sus viajes de negocios. Entre ellos había un machete considerable, que había demostrado a cada una de las citas de Mia, junto con una mirada cargada de intenciones.

"No, está en el muro de los recuerdos, como siempre, pero a lo mejor lo he mencionado". Mia soltó una risita mientras me ajustaba el velo.

"Esta vez todo irá bien, ¿verdad?". La miré por encima del espejo.

"Claro que sí. Eben y tú estáis hechos el uno para el otro, eso lo ve hasta un ciego".

Sonreí. "Gracias".

"¿Por qué? ¿Por decir lo obvio?"

"Sí". Asentí con la cabeza. "A veces necesitamos oír las cosas obvias para hacerlas realidad".

Dio una palmada de satisfacción cuando mi velo estuvo en su sitio, y luego volvió a ponerse los guantes.

"Puedo confirmar que esto no es un sueño. Y también puedo confirmar que será la boda más bonita del mundo".

"El autoelogio apesta", dije con una tos artificial. Nadie más que Mia había planeado la boda. Si alguien sabía lo que me hacía vibrar, era ella.

"No, huele más a helado de masa cocida". Se encogió de hombros y se alisó el vestido, que era del mismo estilo que mi vestido de novia, pero menos ostentoso.

"Si tú lo dices", murmuré, poco convencida.

"Sí, resulta que soy un experta en este campo".

Su respuesta me arrancó una sonora carcajada.

"¿Cómo engullir helado en tres segundos?".

"¡Cómo organizar una boda para la mejor amiga del mundo!", respondió ella en tono de protesta.

Las dos soltamos una risita cuando llamaron a la puerta.

"¿Chicas?" La voz apagada de Happy sonó a través de la puerta cerrada.

"¡Entra!", le pedí y le saludé con la mano. En retrospectiva, el gesto me pareció estúpido porque él no podía verlo.

"¡No!", soltó Mia.

"¿Por qué no?", pregunté, irritada. No se me ocurría una buena razón para que Happy no entrara en la habitación. Era el padrino de Eben y se había convertido en un verdadero amigo.

"Porque da mala suerte", balbuceó Mia para sus adentros.

"No es el novio". Fruncí el ceño.

"Pero el padrino, es casi lo mismo". Se apoyó en la puerta para mantenerla cerrada.

"¿Va todo bien ahí dentro?", preguntó Happy.

"¡Todo va bien!", gritó Mia un poco demasiado alto. Sacudí la cabeza y crucé los brazos delante del pecho. Puede que yo también estuviera un poco agotada, pero tenía motivos para estarlo: era la novia.

"Empiezo a tener la sensación de que intentáis evitaros el uno al otro", dije en voz tan baja que sólo Mia me oyó.

"¿Qué? ¡No! Sólo quiero eliminar todos los imprevistos y asegurarme de que tengas una boda de ensueño sin presagios desafortunados".

"Por ejemplo, ¿no hay espejos que te dan siete años de mala suerte si se rompen?". Señalé uno tras otro los enormes espejos que nos rodeaban.

"¿Qué clase de respuesta quieres que te dé ahora?", preguntó, sonriendo irónicamente porque la había pillado.

"Como queráis, chicas. Eben se está impacientando y yo me estoy congelando el culo", gritó Happy.

"Pasa, es una tontería hablar a través de una puerta cerrada". Puse los ojos en blanco.

"Está bien, está bien. No quiero causar ningún desastre!" Happy se negó claramente. Entonces sus pasos se alejaron. Si no lo supiera, habría supuesto que ambos se odiaban, pero ninguno de los dos se atrevía a decírmelo. Cuando lo pensé un momento, descarté la idea. Mia era dulce, descarada y divertida. Y Happy tenía ese buen humor que contagiaba a todo el mundo. No me parecía posible que no se cayeran bien. Eran el tipo de personas que caían bien a todo el mundo, aunque al principio intentarías odiarlas.

Antes de que pudiera seguir pensando en su relación, sonó la música de marcha.

"¿Lista?", preguntó Mia.

"Me tiemblan las rodillas, me siento mal del estómago y el corsé me ahoga", resumí mis sentimientos.

"Famosas últimas frases antes de que la novia se fugue", respondió Mia secamente.

"¡Mia!", la miré con gesto de reproche.

"¡Una bromita! Parece que estás preparada". Me empujó hacia la salida.

"Estoy deseando pasar el resto de mi vida con Eben", dije en voz baja.

"Me lo imagino, sois tan monos juntos. Pero si te vuelve a romper el corazón..."

"Dejarás que conozca el machete de tu padre", acabé la frase por ella.

"Peor aún", susurró Mia misteriosamente y me apretó el ramo contra el pecho como si fuera una pistola cargada.

"¿Qué podría ser peor?" La miré, frunciendo el ceño.

"No querrás enterarte". La locura brilló en sus ojos, lo que me asustó mucho, y luego me hizo un gesto para que cogiera el ramo.

"Te tomo la palabra", dije y, como no tenía otra opción, sujeté el ramo con fuerza.

Mia sacudió la locura de su mirada, luego me abrazó y avanzó.

"Te veré dentro de un momento".

"Hasta pronto", respondí.

Cuando Mia, mi primera y única dama de honor, llegó al altar, la música cambió. Ésa era mi señal.

Mis uñas arañaron el ramo de lirios blancos al entrar en la capilla, a la que se podía acceder directamente desde el hotel de hielo.

La habitación me dejó sin palabras. Allí estaban las figuras en las que había estado trabajando los últimos días. Pero no como las había dejado, sino decoradas con luces de hadas. Algunas habían sido vaciadas por debajo y brillaban en cálidos tonos desde el interior.

Mia se había puesto las pilas y, cuando la vi, mis labios formaron un silencioso "wow". Me hizo un gesto con la mano y señaló a Eben. Estaba en el altar, con mi traje favorito y el pañuelo rojo que le había regalado.

Una locura. Allí estaba él, el amor de mi vida, dejándome boquiabierto con su sonrisa.

Avancé hacia el altar al ritmo de la música. Saludé a todos los invitados individualmente. La reunión era tranquila, tal como había esperado. Sólo estaban las personas más importantes. Mamá, Henry y Mia a la izquierda. Y a la derecha estaban los padres de Eben, su hermano mayor y su mujer. Happy estaba junto al altar como padrino y no habría deseado a nadie más. Happy había dado el pistoletazo de salida, por lo que le estaba eternamente agradecida.

Aún no podía creer que nos *diéramos el sí* aquí. Aquí, donde nos dimos cuenta por primera vez de que se trataba de algo más que una apuesta. Se trataba de mucho más... de todo.

Eben me cogió de la mano cuando llegué al altar.

"Estás preciosa", susurró.

"También tú estás sexi", respondí.

El discurso del predicador fue hermoso y breve, porque yo le había dicho con insistencia que apenas podíamos esperar para casarnos. Y cuando por fin llegó el momento decisivo, contuve la respiración.

"Chloe, me has dado lo más preciado que tienes: tu corazón. Me llevará toda la vida estar a la altura de este regalo, pero juro por Dios que lo intentaré cada día".

Sus palabras me hicieron llorar y me costó recuperar el aliento.

"Exacto, has puesto el mundo a mis pies y me has mostrado lo diverso que puede ser. Haces de mi mundo un lugar mejor y te estaré agradecido por ello cada día".

Eben apretó un poco más mi mano. Intentó ocultarlo, pero reconocí la lágrima en el rabillo del ojo, que apartó parpadeando.

"¿Eben Valentín? ¿Te gustaría tomar a Chloe Rush como esposa?".

"Sí, quiero", respondió con firmeza y un enorme peso cayó de mis hombros.

"Chloe Rush, ¿aceptas a Eben Valentine como esposo?"

"Sí", respondí, sintiéndome ligera como una pluma.

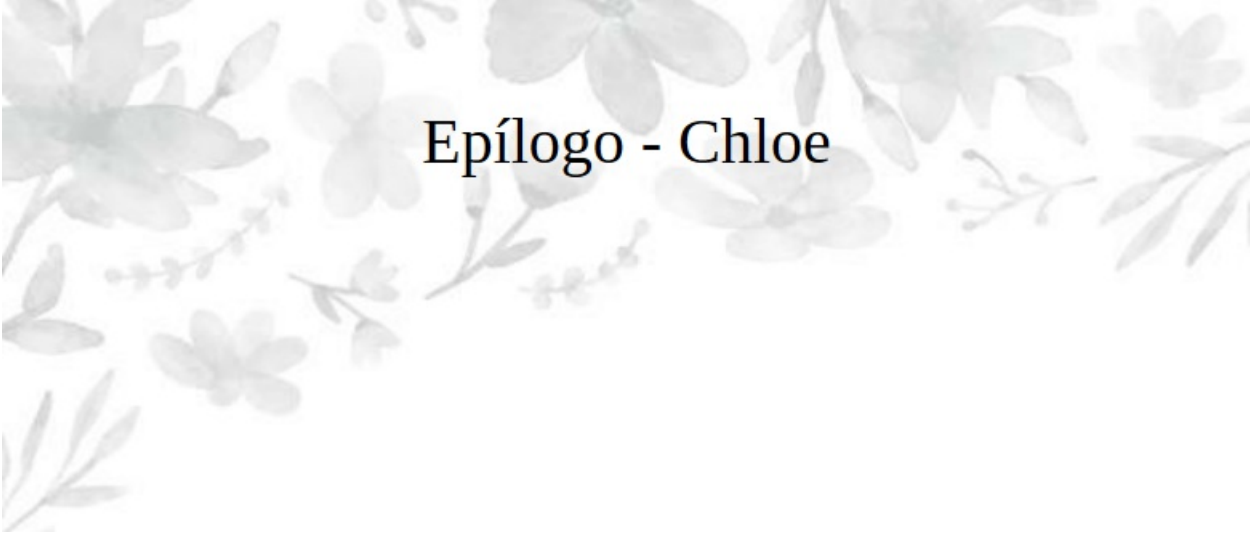
"Ya podéis besaros", nos pidió el predicador con una sonrisa.

Eben me agarró y me besó como nunca antes habían besado a una mujer. Mia y Happy vitoreaban de fondo, nuestras familias aplaudían y mi corazón latía tan fuerte que sólo notaba el resto del mundo entre los latidos.

"Te querré siempre, Sra. Valentine".

"Eso está muy bien, Sr. Valentine, porque tengo los mismos planes para ti", respondí con una sonrisa.

Y eso lo hizo oficial. Habíamos encontrado un final feliz que nunca acabaría.



Epílogo - Chloe

Cuando Mia y yo entramos en la cocina, el aire ya estaba impregnado de deliciosos aromas, que inhalé profundamente: romero y un toque de limón. Fuera lo que fuera lo que Eben estaba conjurando, ya se me hacía la boca agua.

"Huele divinamente", ronroneé como una gatita.

"Espera y verás", respondió Mia con escepticismo y cruzó los brazos delante del pecho. Con su expresión seria, me recordaba a uno de esos policías duros de la tele que no eran moco de pavo. Sólo pensar en Mia golpeando con la palma de la mano una mesa metálica para sonsacarle a Eben sus recetas secretas me hizo sonreír.

"Vamos, dale una oportunidad a Eben", dije y le di un beso a Eben a modo de saludo.

"¿Te ha dado la vuelta?", preguntó Mia con la boca abierta.

"Soy su mujer", repliqué en un tono seco digno de un Valentín.

"Así que te dio la vuelta, claro que debes estar de su parte". Mia dejó que sus cejas bailaran significativamente.

"Estoy de su parte porque huele delicioso". Por supuesto, yo también estaba de su parte porque era mi marido, pero ahora que sólo podía oler su comida, estaba segura de que Eben sabía cocinar de verdad. Llevaba toda la mañana encerrado en la cocina para demostrárnoslo.

"¿Y cómo sabes que no hizo traer sopa desde Italia?".

"Podrías decírmelo a mí", respondió Eben guiñando un ojo. "Además, hoy tenemos cocina francesa".

"Escucha esto. Hoy hemos quemado plástico de Francia".

Le di un codazo a Mia y la castigué con miradas de reproche.

"No pasa nada, hoy aguantaré tus estúpidas bromas". Eben se desentendió y no dejó que aquello estropear su buen humor.

"¿Mañana no?", preguntó Mia señalando.

"Mañana sólo hablarás maravillas de mi comida".

"Grandes palabras". Le abracé por detrás y le besé el cuello. Inhalé su aroma mientras lo hacía. Masculino, ácido, con un toque de hierbas que él había cortado.

"Palabras ciertas", me corrigió Eben y me besó la sien. "Siéntate, enseguida estoy listo".

Mia y yo nos sentamos a la mesa del comedor y esperamos el primer plato. La mesa ya estaba puesta y había una botella de vino blanco.

Mientras me servía un vaso de vino, Mia cogió el agua.

"Estoy muy emocionada", dije en voz baja.

"¡Y yo! Tengo un hambre voraz". Mia se frotó el estómago.

Eben nos sirvió el primer plato con una sonrisa orgullosa.

"Sopa de cebolla gratinada con queso de cabra de Burdeos y hierbas de Provenza".

"¿Ves? Te dije que lo haría todo volando", murmuró Mia medio en voz alta. Pero cuando tomó la primera cucharada, se le borraron todas las facciones. "Dios mío. Dios. Retiro lo dicho, Eben. Eres un dios de la cocina".

Esperaba muchas reacciones -y resultados-, pero no ésta. Tomé rápidamente una cucharada y tuve que darle la razón. Era la mejor sopa que había comido nunca.

"Mia lo resume todo". Asentí con la cabeza tan vigorosamente que casi me da un latigazo.

"Gracias señoritas", dijo Eben.

"Aun así, me temo que nunca te dejaremos olvidar lo del panecillo", dije con una sonrisa de disculpa. Aquella mañana, incluido el olor a plástico, quedó grabada en nuestros recuerdos para siempre.

"Espera y verás, hasta ahora sólo conoces a uno de los titulares", dijo Eben, confiado en la victoria.

"Espera, *¿uno de los entrantes? ¿Cuántos platos tiene esta cena?*", preguntó Mia con curiosidad.

"Tantos como sean necesarios para borrar de tu cabeza *el estúpido bagel-gate*".

"Oh Dios, Chloe. Vamos a quedarnos atrapadas aquí para siempre".

"Para mí, hay cosas peores que ser cocinada por el hombre más grande del mundo".

"¡Tanto peor si soy la quinta rueda!"

"No eres una quinta rueda", dije con una sonrisa.

"Así es", coincidió conmigo Eben. Pero cuando empezó a sonreír, supe que iba a soltar otra frase clásica de Eben. "Tú serías el niño quejica del asiento de atrás que convierte un viaje de cuatro horas en uno de doce".

Me quedé boquiabierta. "¡Eben Valentine!"

"Ja, ja, qué gracioso. No lo hagas". Mia le sacó la lengua antes de soltar una risita. "Pero si de verdad quieres un viaje de doce horas, se puede arreglar".

Seguimos sirviendo la sopa con la cuchara mientras Eben y Mia se peleaban una vez tras otra. Sólo se calmaron cuando los platos estuvieron vacíos.

"Prepararé el siguiente plato", dijo Eben y se levantó.

"Ésa es una débil versión oficial de tu huida extraoficial", replicó Mia por última vez.

Ya me dolía el estómago de la risa. Me alegraba mucho de que los dos se llevaran tan bien. Mia había tardado en perdonarle por la boda que salió mal, pero también veía lo feliz que me hacía.

Eben nos sirvió un plato tras otro, cada uno más delicioso que el anterior. Hizo que me resultara muy difícil seguir burlándome de él por los panecillos quemados después de haber conjurado tantos platos perfectos.

Y la crème brûlée me dio el resto. Era como si me hubiera dado a probar el paraíso.

"Vale, has ganado. No volveré a darte cuerda". Honor de explorador". Me puse la mano en el pecho y estiré dos dedos en el aire.

"¿Estuviste alguna vez en los scouts?", preguntó Mia, señalándome con el tenedor. "Tomaré tu silencio como un *no*. Si no, habrías aprendido allí que no debes apuñalar por la espalda a tus mejores amigos".

"Me temo que este capítulo oscuro de mi vida existe de verdad", confesé. Para ser sincera, el capítulo duró más de lo que quería admitir. Mi casa no tenía mucho que ofrecer. O eran los scouts o el bingo multigeneracional del centro comunitario.

"¿De verdad estuviste en los exploradores?", preguntó Eben.

"Sí", admití a regañadientes, "ahora que estamos casados, puedo admitirlo".

"¿Con faja, venta de galletas y todos los adornos?", siguió preguntando Mia. Había decidido no sólo meter el dedo en la llaga, sino hurgar hasta conocer todos los detalles.

Asentí y enterré la cara detrás de las manos, avergonzada.

"Te habría comprado unas galletas", dijo Eben con una sonrisa. Me agarró la mano y la apretó con fuerza. "Te quiero, a pesar de este oscuro capítulo".

"Gracias, yo también te quiero".

"Ahora preferiría ser la quinta rueda que el niño pequeño, así no tendría que aguantar todo esta cursilería". Mia se rió y nos contagió.

Justo cuando estaba recogiendo la mesa, sonó el timbre de la puerta.

"¿Esperamos a alguien más?", pregunté. Eben sacudió la cabeza y en ese momento supe exactamente quién estaba en la puerta. "Ah".

"¿Oh?" preguntó Mia, pensándose un momento y dándose cuenta ella misma de nuestro error. "¡Oh!"

"¿Qué habéis tramado y a quién tengo que sobornar para encubrirlo?", preguntó Eben, frunciendo el ceño.

"¡Nadie! Vuelve a la cocina -respondí rápidamente y salté hacia la puerta. Con un poco de suerte, podría destruir las pruebas antes de que Eben las viera.

Abrí la puerta, apreté un cincuenta al repartidor asiático, le susurré *gracias* y cerré la puerta tras de mí y me topé con Eben, que de repente estaba de pie detrás de mí.

"Así que es así", dijo Eben secamente.

"¿Y qué?" Intenté parecer lo más inocente posible, aunque las cajas de bento que llevaba en el bolsillo hablaban en mi contra. "Sea lo que sea lo que parece, no es lo que parece".

Me sentí débil cuando levantó una ceja en tono de reproche. ¿Por qué tenía que estar siempre tan sexy?

"¿Así que no pediste comida para estar segura?", resumió Eben la situación.

"Vale, es exactamente lo que parece. No teníamos forma de saber que se te daba muy bien cocinar", murmuré medio en voz alta.

"¿Y de quién fue la idea?", siguió preguntando Eben. Cuando cruzó los brazos delante del pecho como estaba haciendo, mi corazón revoloteó aún más excitado.

"¡Chloe! Todo ha sido idea de Chloe!", gritó Mia desde la cocina.

"Gracias, Mia". Mi tono no dejaba lugar a dudas de que me habría encantado estrangularla.

"Con mucho gusto. ¿Puedo ayudarte en algo más?" Me sonrió dulcemente.

"Podrías volver a sacarme el cuchillo de la espalda". Me volví hacia Eben: "¿Estás enfadado?".

Eben me acercó y me besó.

"Me casé con todo el paquete Chloe, me enfadaría si no actuaras como tú misma".

Me flaquearon las rodillas. Había tardado, pero desde que se había descongelado y había mostrado sus sentimientos, Eben era realmente el hombre perfecto para mí.

"Te quiero", susurré asombrada.

"Y yo a ti".